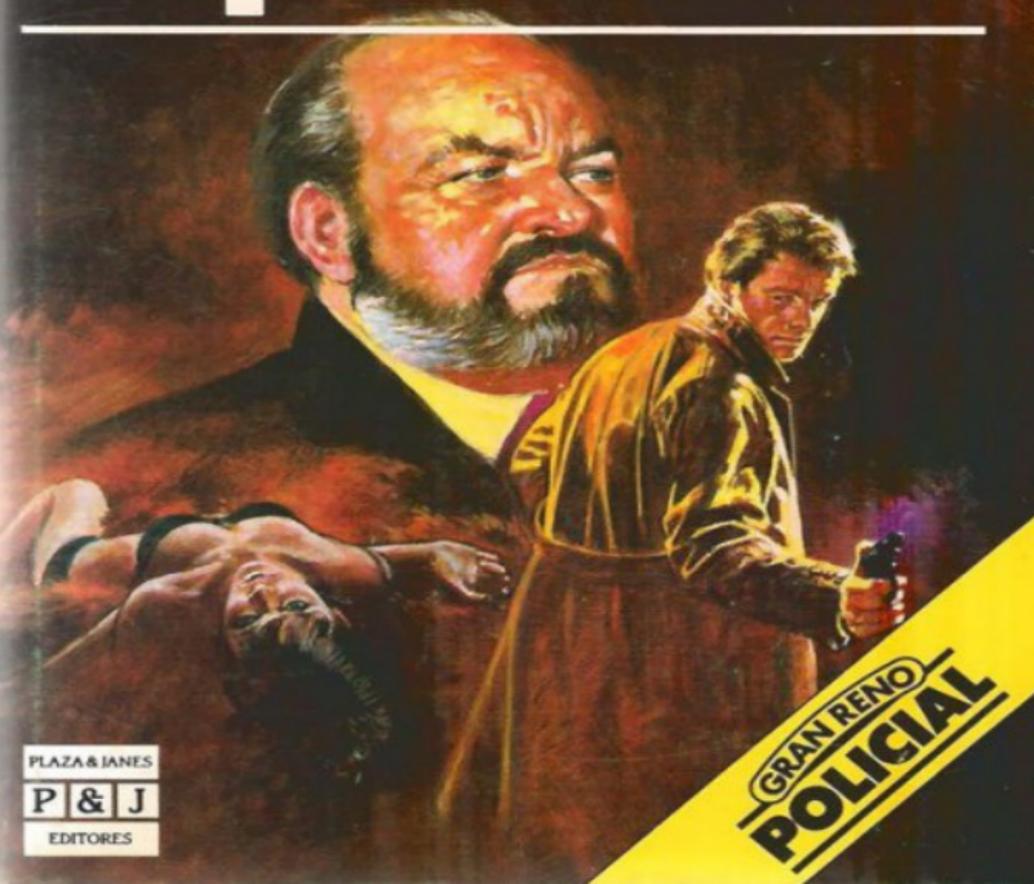




# REX STOUT

## La base del prisionero

---



PLAZA & JANES

P & J

EDITORES

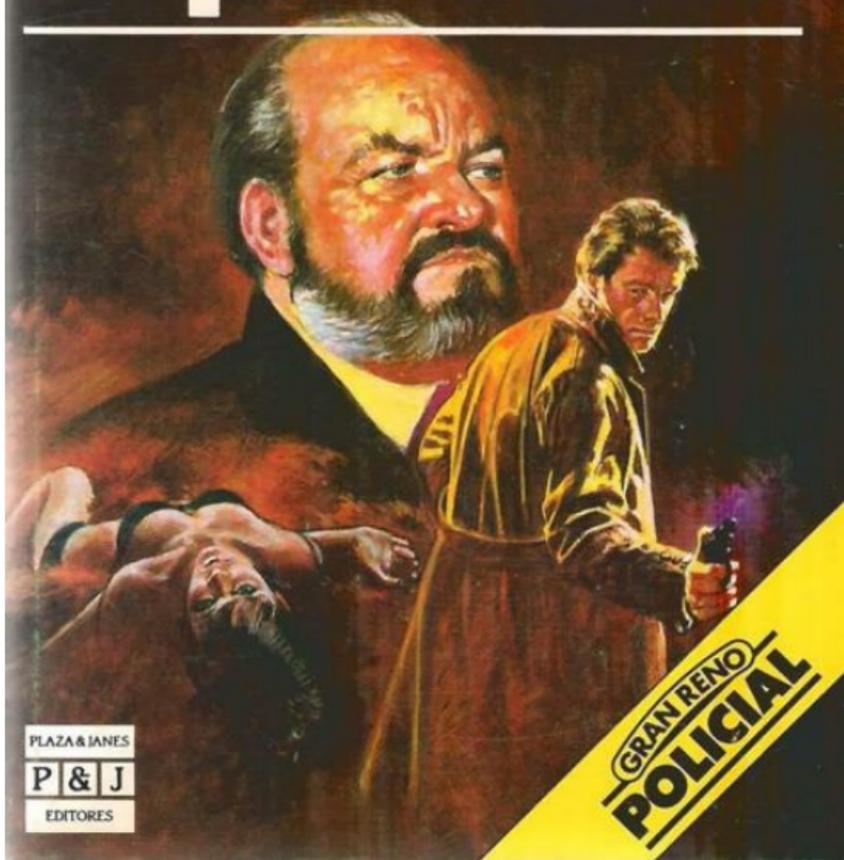
GRAN RENO  
**POLICIAL**



# REX STOUT

# La base del prisionero

---



PLAZA & JANES  
**P & J**  
EDITORES

**GRAN RENO**  
**POLICIAL**

# LA BASE DEL PRISIONERO

## REX STOUT



PLAZA & JANES EDITORES, S. A.

Título original: PRISIONER'S

BASE

Traducción de GLORIA PONS

Portada de MIRALLES

Primera edición: Setiembre, 1986

© 1952, Rex Stout Copyright da la

traducción: © 1986, PLAZA & JANES  
EDITORES, S.A. Virgen de Guadalupe,  
21-33 Esplugues de Llobregat  
(Barcelona)

Printed in Spain — impreso en  
España

ISBN: 84-01-90986-4 — Depósito  
Legal: B. 30.002-1986 impreso en T. G.  
Soler, S. A. — Esplugues (Barcelona)

# Argumento

Rex Stout ha alcanzado enorme popularidad con la creación de su inefable Nero Wolfe, investigador privado, llevado incluso a la Televisión. En este sugestivo relato, Wolfe y su no menos célebre ayudante Archie Goodwin tienen que resolver un caso singular. Ambos son invitados a participar en un party sorpresa. Aquella fiesta de cumpleaños prometía ser fuera de serie. Una chica, Priscilla Eads, figura central de la fiesta, esperaba un

gran regalo: iba a conseguir ocho millones de dólares... si antes no la asesinaban.

# 1

Aquella tarde de lunes, en junio, la atmósfera en la mansión de Nero Wolfe, situada en la Calle 35 Oeste, echaba chispas. No menciono este detalle para desprestigiar a Wolfe, sino porque viene al caso. Fue esa atmósfera la que nos trajo un huésped.

Lo que provocó esa tensión fue un comentario que Wolfe había hecho tres días antes. Cada viernes por la mañana —a las once— cuando baja a la oficina, en el primer piso, desde los

invernaderos de la azotea, Wolfe firma los cheques del sueldo de Fritz, del de Theodore y del mío. Me entrega el que me corresponde y se queda con los otros dos, ya que le gusta entregarlos personalmente. Aquella mañana, al alcanzarme el mío, hizo una observación.

—Gracias por esperar.

Mis cejas se arquearon.

—¿Qué sucede? ¿Parásitos en las orquídeas?

—No. Pero acabo de encontrar tu maleta en el vestíbulo y veo tus galas. Considerando tus prisas por marcharte, ha sido una amabilidad por tu parte esperar a cobrar esta miseria, el exiguo

pago a tus esfuerzos durante la semana que está a punto de terminar. Especialmente si tenemos en cuenta que el saldo del Banco está en el punto más bajo de los últimos dos años.

Tuve que controlarme.

—Esto merece una respuesta y aquí está. Por lo que concierne a las galas, me espera un fin de semana en el campo y voy vestido como corresponde. En cuanto a las prisas, nada de eso. —Miré mi reloj de pulsera—. Dispongo de tiempo más que suficiente para sacar el coche, llegar hasta la Calle 63 y recoger a Miss Rowan. Con respecto a la miseria, en eso estoy de acuerdo. En cuanto a los esfuerzos, últimamente he

tenido que pasar la mayor parte de mi tiempo laboral mano sobre mano, sólo porque a usted le ha parecido conveniente rechazar cuatro casos, uno tras otro. Con lo de la semana a punto de terminar, supongo que viene a decir que me largo de parranda antes de que finalice la semana laboral por la cual ya he recibido mi dinero. Usted ya sabía de esta salida desde hace un mes y ¿qué es lo que me retiene aquí? Ahora, vayamos por el saldo del Banco, en esto debo admitir que está en lo cierto. Soy el contable y lo sé y estoy ansioso por poder ayudar. De todas formas es una miseria, qué diablos.

Cogí el cheque entre los pulgares y

los índices y lo rompí por la mitad, lo doblé y volví a rasgarlo, dejé caer los pedazos en la papelera y me di la vuelta camino de la puerta. Me llegó su rugido.

—¡Archie!

Giré sobre mis talones y le miré con fiereza. Él me devolvió la mirada.

—¡Uf! —exclamó.

—Narices —repliqué, le di la espalda y me marché.

Y eso fue lo que creó el ambiente de tensión. Cuando regresé del campo, a altas horas de la noche del domingo, él ya se había acostado. El lunes por la mañana la tensión se hubiera disipado de no ser por el cheque rasgado. Ambos sabíamos que el talón debía ser anulado

y que habría que hacer un nuevo cheque, pero él no iba a decirme que lo hiciera si no se lo pedía, y yo no iba a hacerlo sin ser requerido para ello. Todo hombre tiene su orgullo. Con aquello entre nosotros, la tensión matinal se prolongó a la comida y primeras horas de la tarde.

Alrededor de las 16.30 estaba sentado tras mi mesa de despacho, trabajando en el registro de germinación, cuando sonó el timbre. Por lo general, a no ser que tenga otras órdenes, Fritz acude a abrir, pero aquel día necesitaba estirar las piernas y fui yo. Al abrir la puerta y echar un vistazo llegué a una agradable conclusión. La

maleta y la sombrerera podían haber contenido el muestrario de un vendedor, pero la chica con el vestido color melocotón y la chaqueta entallada no era con toda seguridad un buhonero. Si se presentaba en casa de Nero Wolfe con el equipaje, apostaría diez contra uno a que se trataba de un cliente potencial de fuera de la ciudad que venía directamente desde la estación o el aeropuerto. Así que era bienvenida.

Haciendo oscilar la sombrerera en su mano, cruzó el umbral, pasó delante de mis narices y dijo:

—Usted es Archie Goodwin. ¿Quiere hacer el favor de entrar mi maleta?

Así lo hice, cerré la puerta y deposité la maleta al lado de la pared. Ella colocó la sombrerera arrimada a la maleta y empezó a hablar.

—Quiero ver a Nero Wolfe; pero por supuesto siempre está de cuatro a seis en los invernaderos. Éste es el motivo de que haya elegido esta hora para venir, quería hablar primero con usted. —Desvió la mirada—. Ésta es la puerta de la sala principal. —Sus ojos volvieron a girar a todo lo ancho del vestíbulo—. Ésa es la escalera y la puerta del comedor está a la derecha y la del despacho a la izquierda. El vestíbulo es más amplio de lo que esperaba. ¿Vamos al despacho?

Nunca había visto unos ojos como los suyos. O bien eran gris pardusco moteado con dorado, o eran dorados moteados con gris pardo. Eran profundos, grandes y se movían con rapidez.

—¿Cuál es el problema? —preguntó ella.

Eso sonaba a fingido. Debía de estar acostumbrada a que la gente, al ver por primera vez sus ojos, se quedaran pasmados mirándolos; probablemente lo esperaba. Le dije que no había ningún problema, la conduje al despacho, le ofrecí una silla y me senté a mi mesa.

—Así que ya ha estado usted aquí — comenté.

Negó con la cabeza.

—Un amigo mío estuvo aquí hace mucho tiempo, y, además, he leído bastante sobre este lugar. —Miró a su alrededor, moviendo la cabeza de derecha a izquierda—. No hubiera venido si no hubiese sabido mucho sobre él, sobre Nero Wolfe y sobre usted. —Levantó los ojos hacia mí y como sería difícil encontrarme con ellos como por casualidad, los afronté de pleno. Ella prosiguió—. Pensé que sería mejor hablar primero con usted, porque no estoy segura de la forma en que debo exponer el caso a Nero Wolfe. Mire, trato de descubrir una cosa. Me pregunto... ¿sabe usted lo que necesito

ahora mismo?

—No. ¿Qué?

—Una «Coca-Cola» con ron, un poco de lima y algunos cubitos de hielo. ¿No tendrá «Meyer», por casualidad?

Me dio la impresión de que se había excedido un poco, pero dije que sí, que teníamos de todo y me levanté para ir hasta la mesa de Wolfe y pulsar el timbre para llamar a Fritz. Ella volvió a hablar después de que él hubiese tomado nota y yo me hubiera sentado.

—Fritz parece más joven de lo que esperaba —dijo.

Me recosté y crucé las manos sobre la nuca.

—Me parece espléndido que tome

una copa, aunque sea «Coca-Cola» con ron —comenté—. Y estoy encantado de su compañía; pero si desea que le diga cómo exponer algo a Mr. Wolfe, tal vez sería mejor que empezara.

—No hasta que tenga mi copa. — Respondió con firmeza.

No sólo tuvo su copa, se comportó como si estuviera en su casa. Cuando Fritz le sirvió el combinado y hubo tomado un par de sorbos, murmuró algo sobre el calor, se desprendió de la chaqueta y la dejó caer sobre el sillón de cuero rojo. Después se quitó el sombrero de paja, se alisó el cabello con los dedos, sacó un espejo del bolso y se echó una ojeada. A continuación,

con el vaso en la mano, del que tomaba sorbos de forma intermitente, se acercó a mi mesa para echar un vistazo a las fichas de *germinación*, se encaminó hacia el globo terráqueo y lo hizo girar y al llegar a la estantería se puso a mirar los títulos de los libros. Cuando el vaso estuvo vacío, lo depositó sobre la mesa, volvió a su silla, tomó asiento y me miró.

—Empiezo a encontrarme a gusto — dijo.

—Estupendo. No se precipite.

—No lo haré. No soy una atolondrada. Soy muy prudente, créame, lo soy. Nunca me he precipitado, excepto en una cosa, en toda mi vida y

ésa fue suficiente. No estoy segura de haberme recuperado. Me parece que tomaré otra copa.

Me negué a eso. No puedo negar que el efecto del cubalibre en ella había sido agradable, la había entonado y mejorado sus encantos, que ya eran muchos sin ninguna ayuda. Pero eran horas de oficina y quería descubrir si se trataba de un cliente potencial. Así que decidí esquivar el asunto del cubalibre con una sugerencia delicada, pero antes de que pudiera llevarla a cabo ella preguntó:

—La puerta de la habitación sur del tercer piso, ¿tiene un cerrojo por la parte interior?

—No. —Contesté—. ¿Por qué?

¿Cree usted que es necesario?

—Tal vez no. —Reconoció—. Pero creo que me sentiría mejor si lo tuviera. Verá, es allí donde quiero dormir.

—Oh. ¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo?

—Una semana. Puede ser que un par de días más, pero con toda seguridad una semana. Preferiría la habitación sur a la del segundo piso, ya que tiene baño propio. Ya sé la opinión de Nero Wolfe sobre las mujeres, así que llegué a la conclusión de que tenía que hablar antes con usted.

—Eso fue un detalle de inteligencia.

—Asentí—. Me gustan las bromas y apuesto a que esto es un juego. ¿De qué va?

—No es una broma. —No estaba acalorada, pero sí sería—. Debido a cierto motivo, he tenido que..., he tenido que escapar. Tenía que ir a algún lugar y quedarme ahí hasta el 30 de junio. Un lugar que nadie supiera y donde nadie pudiera encontrarme. No podía ser un hotel, y después de pensarlo mucho, decidí que no había mejor sitio que la casa de Nero Wolfe. Nadie sabe que estoy aquí, nadie me ha seguido. Estoy completamente segura.

Se levantó para ir hasta el sillón de cuero rojo a buscar el bolso, que había dejado allí junto con la chaqueta. De nuevo en su silla, lo abrió, sacó un billetero y me miró una vez más.

—Puede decirme una cosa —dijo de forma que no sólo pudiera sino que me viera obligado a ella— sobre el pago. Ya sé lo que cobra Wolfe por mover un dedo. ¿Es mejor que le ofrezca el dinero a él, o se lo doy ahora a usted? ¿Serán suficientes cincuenta dólares al día? La cantidad que usted diga. Pagaré en efectivo y no con un cheque, ya que de esta manera no tendrán que incluirlo en el impuesto sobre la renta y además porque el cheque debería ir firmado por mí y no quiero que sepan mi nombre. Se lo entregaré ahora mismo si me dice la cantidad.

—Esto no puede ser. —Objeté—. Los hoteles y casas de huéspedes tienen

que saber el nombre. Podemos inventar uno para usted. ¿Qué le parece Lizzie Borden?

Reaccionó de la misma forma que con el cubalibre... Se ruborizó un poco.

—¿Le parece divertido? —preguntó.  
Me mantuve firme.

—Hasta ahora, todo en conjunto me parece entretenido. ¿No va a decirnos su nombre?

—No.

—¿Ni dónde vive? ¿Nada de nada?

—No.

—¿Ha cometido algún delito, o ha sido cómplice de uno? ¿Escapa de la justicia?

—No.

—Demuéstrelo.

—¡Esto es una estupidez! ¡No tengo que demostrar nada!

—Tendrá que hacerlo si espera obtener cama y hospedaje en esta casa. Somos bastante especiales. En total cuatro asesinos han dormido en la habitación sur... La última fue Mrs. Floyd Whitten, hace unos tres años. Y yo estoy personalmente muy interesado, ya que ese dormitorio está en el mismo piso que el mío. —Negué desolado con la cabeza—. En estas circunstancias es inútil seguir charlando, lo cual es una pena, ya que no tengo nada mejor que hacer y usted no es precisamente un espantapájaros, a no ser que se decida

a...

De repente callé, ya que me di cuenta de que podía hacer algo mejor que mandarla con la música a otra parte. Aunque no sirviera como cliente, podría utilizarla.

La miré fijamente.

—Bueno, no sé. —Confesé dubitativo—. Dígame su nombre.

—No —contestó convencida.

—¿Por qué no?

—Porque... ¿De qué serviría, a no ser que lo comprobara? ¿Cómo podría saber que se trata de mi nombre verdadero? Y no quiero que lo compruebe. Durante una semana nadie debe tener la menor idea de dónde estoy.

Hasta el treinta de junio.

—¿Y qué pasa el día treinta?

Negó con la cabeza al tiempo que me sonreía.

—Es usted muy bueno preguntando, lo sé, así que no voy a responder, ni tampoco a Nero Wolfe, a menos de que me dejen estar en esa habitación durante una semana, incluidas las comidas. Creo que ya he hablado demasiado. Tal vez hubiera debido..., no, me parece que no habría funcionado. —Sonrió, apenas un esbozo—. Si hubiera dicho que había leído cosas sobre usted, que había visto una fotografía suya, que me había fascinado y que deseaba estar a su lado durante una maravillosa semana, usted

hubiera sabido que estaba mintiendo.

—No necesariamente. Millones de mujeres tienen ese deseo, pero no pueden pagar cincuenta pavos al día.

—He dicho que pagaría más. La cantidad que usted diga.

—Sí, lo sé. Vamos a aclarar las cosas. ¿Insiste usted..., ni nombre ni identificación?

—Con toda seguridad.

—Entonces será mejor que yo me encargue de Nero Wolfe. —Miré el reloj de pulsera—. Bajaré dentro de tres cuartos de hora. —Dejé mi asiento—. La llevaré arriba, la dejaré allí y cuando él venga le tantearé. Como usted no tiene etiqueta, probablemente será inútil, pero

tal vez pueda convencerle de que hable con usted. —Recogí su chaqueta y dije —: Puede ayudar que vea el dinero. Algunas veces el vil metal causa efecto en las personas. ¿Digamos trescientos cincuenta, tal y como usted propuso? Se sobrentiende, claro, de que no hay negocio hasta que Mr. Wolfe lo acepte.

Sus dedos fueron ágiles y cuidadosos al contar siete billetes de cincuenta del fajo que sacó del billetero. Todavía le quedaban bastantes. Guardé nuestra parte en el bolsillo, regresé al vestíbulo para recoger la maleta y la sombrerera y nos encaminamos a la escalera. Subimos dos pisos. La puerta de la habitación sur estaba abierta.

Introduje el equipaje, hice subir las persianas venecianas y abrí una ventana.

Ella miró a su alrededor.

—Es una habitación espaciosa — dijo con agrado. Levantó una mano como si fuera a rozar mi brazo, pero la dejó caer—. Se lo agradezco, Mr. Goodwin.

Gruñí. No estaba en condiciones de confraternizar con ella. Mientras depositaba la maleta a los pies de una de las camas gemelas y la sombrerera sobre una silla, le dije:

—Tengo que quedarme aquí para vigilarla mientras deshace el equipaje.

Abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Vigilarme? ¿Por qué?

—Para distraerme. —Estaba

ligeramente exasperado—. Al menos hay mil personas en el área metropolitana que creen que Nero Wolfe ya ha vivido demasiado y algunos de ellos pueden haber decidido echar una mano. Esta habitación, como usted debe saber, se encuentra justo debajo de la suya. Lo que espero encontrar es un berbiquí y una barrena en la maleta y una víbora o una serpiente de cascabel en la sombrerera. ¿Están cerradas con llave?

Me miró para saber si le estaba tomando el pelo, se dio cuenta de que no, se adelantó y abrió la maleta. Yo

estaba a su lado. En primer lugar apareció un salto de cama de seda azul que extendió sobre la cama.

—Para su distracción —comentó indignada.

—Me duele a mí más que usted —le dije—. Imagine que no estoy aquí.

No soy un experto en lencería, pero sé lo que me gusta, y aquello era una exposición. Había una prenda blanca doblada, tan fina como la gasa, con la malla más transparente que nunca había visto. Cuando la depositó sobre la cama pregunté con cortesía.

—¿Es una blusa?

—No. Un pijama.

—Oh. Excelente en climas

calurosos.

Cuando la maleta estuvo vacía la cogí para examinarla, presioné los dedos en todos los ángulos, tanto en el interior como los exteriores. No estaba exagerando; entre los artículos indeseables que se habían introducido en aquella casa en todo tipo de recipientes se podían contar un bisturí, una bomba de gases lacrimógenos, un cartucho de cianógeno. Pero no había nada anormal en la maleta ni tampoco en la sombrerera; en cuanto al contenido, no se hubiera podido pedir una colección más bonita ni completa de los objetos y prendas personales necesarios para una joven que se dispone a pasar

una tranquila e inocente semana en una habitación privada de la casa de un detective privado.

Me dispuse a marcharme.

—Creo que es suficiente —confirmé—. No he registrado el bolso ni su persona, así que espero que no le importe que cierre la puerta con llave. Si usted se deslizara hasta el dormitorio de Mr. Wolfe y pusiera una píldora de cianuro en su tubo de aspirinas y él la tomase y muriera, me quedaría sin empleo.

—Por supuesto. —Silbó—. Parece razonable. Ésa es la clase de cosas que suelo hacer a diario.

—Entonces necesita un vigilante y

yo voy a serlo. ¿Qué tal una copa?

—Si no es mucha molestia.

Le dije que no, salí de la habitación y cerré la puerta con la llave que había cogido del despacho. Ya abajo, después de pasar por la cocina para decirle a Fritz que teníamos un invitado encerrado en la habitación sur y pedirle que le subiera un combinado, le entregué la llave, entré en el despacho, saqué los siete billetes del bolsillo, los dispuse en forma de abanico y los dejé bajo un pisapapeles sobre la mesa de Wolfe.

## 2

A las seis y un minuto, cuando escuché el ascensor de Wolfe que bajaba, estaba tan ocupado en mi mesa que no tuve tiempo para girar la cabeza cuando él entró en el despacho. Le seguí con el oído. Llegó a su sillón, depositó allí sus cien kilos, llamó para pedir su cerveza y gruñó mientras cogía el libro que estaba leyendo, dejado allí dos horas antes, con el punto marcado por un billete falso de diez dólares, que había sido autografiado en tinta roja por un ex

secretario del Tesoro como reconocimiento por los servicios prestados. También oí que hablaba con Fritz cuando le trajo la cerveza.

—¿Has puesto tú este dinero aquí, Fritz?

Eso me obligó a darme la vuelta.

—No, señor, he sido yo.

—Ya. Gracias, Fritz. —Sacó del cajón su abridor de dieciocho quilates, destapó una botella y vertió el contenido. Fritz se marchó. Wolfe dejó que la espuma se asentara un poco, levantó el vaso y tomó dos sorbos a mi salud. Al dejar el vaso sobre la mesa señaló con la punta de los dedos los billetes de cincuenta dispuestos en

abanico y preguntó—. ¿Y bien? ¿Una buena racha?

—No, señor.

—Entonces, ¿qué?

Me desbordé con toda sinceridad.

—Debo admitir, señor, que lo que usted comentó el viernes sobre mis excesos laborales y el saldo del Banco me dolió. Sentí que no estaba haciendo mi parte, mientras usted sudaba sus cuatro horas diarias con las orquídeas. Estaba sentado aquí esta tarde meditando sobre ello, cuando sonó el timbre.

Estaba reaccionando a mi explicación tal y como había esperado. Tomó el libro y empezó a leer. Yo

proseguí.

—Era una mujer sobre la veintena, con ojos desconcertantes, buena figura, una impecable maleta de cuero y una sombrerera. Demostró su conocimiento de este edificio, de usted y de mí, jactándose de haber leído mucho sobre nosotros. La hice pasar aquí y estuvimos charlando. No quiso dar su nombre ni ningún detalle sobre ella. No quiere consejos, ni información, ni trabajo de detective, nada. Todo lo que pide es casa y comida durante una semana, que se le sirvan los platos en su habitación y especificó que fuera la sur, que como usted sabe, está en el mismo piso que la mía.

Hice un leve gesto de modestia. Con los ojos fijos en el libro no lo vio, pero lo hice de todas formas.

—Con su mente privilegiada, ya habrá usted llegado a la conclusión de que me he visto obligado a aceptar. No sólo había leído sobre mí, había visto mi fotografía y no podía resistir la tentación..., palabras textuales, de estar cerca de mí durante una maravillosa semana. Por suerte está bien provista de billetes verdes, y ha pagado la semana por anticipado. Cincuenta pavos diarios. Le he dicho que sólo aceptaba el dinero de forma provisional, ya que debía contar con su aprobación y la he llevado a la habitación sur. Después de ayudarla

a deshacer el equipaje, la he encerrado bajo llave. Allí está.

Había girado su sillón para tener más luz para leer y prácticamente me daba la espalda. Yo continué imperturbable.

—Dijo algo de ir a alguna parte y quedarse allí hasta el día treinta de junio, donde nadie pudiera encontrarla, pero naturalmente tenía que adornarlo un poco. No me he comprometido personalmente, pero no me negaré a sacrificar tiempo y comodidades, siempre que se me respeten mis ocho horas de sueño. Parece amable y refinada y es posible que me pida que le lea algo, así que tendré que tomar

prestado algún libro, por ejemplo *Los Progresos de Pilgrim* y los *Ensayos de Elia*. También parece cariñosa, natural y tiene unas buenas piernas, así que si nos gusta y nos acostumbramos a ella, uno de nosotros podría casarse con ella. De todas formas, lo más urgente es que, ya que soy el responsable de esa pequeña contribución a la caja, usted me firmara un cheque para reponer el que rompí el viernes.

Lo saqué del cajón, donde lo tenía ya preparado, y me levanté para ponerlo sobre su mesa. Dejó el libro, tomó la pluma, firmó el cheque y me lo entregó.

Me contempló con una mirada que me pareció afable.

—Archie —dijo— ha sido una actuación convincente. El viernes hablé y me comporté de forma irreflexiva y tú hiciste lo mismo, y el hecho consumado de ese cheque rasgado nos llevó hasta un callejón sin salida. Era un problema que has resuelto de forma admirable. Al idear una de tus invenciones pueriles y fantásticas, has hecho que el problema parezca absurdo e inexistente. Satisfactorio y digno de admiración.

Apartó el pisapapeles, cogió los billetes, los amontonó y alargó la mano para entregármelos, al tiempo que decía:

—No sabía que tuviéramos billetes de cincuenta en la caja de reserva. Será mejor que los devuelvas a su sitio. No

me gusta ver el dinero rondando por ahí.

No cogí la pasta.

—Nada de esto —dije—. Estamos a cero.

—¿A cero?

—Sí, señor. Esto no es de la reserva. Tal y como le he dicho, proviene de un visitante, que está en el dormitorio sur. No he inventado nada, sea o no pueril. Será nuestro huésped durante una semana, si usted la acepta. ¿La hago bajar para que tome una decisión?

Me estaba mirando fijamente.

—Bah —dijo y volvió a abrir el libro.

—Muy bien, voy a buscarla. —Me

dirigí hacia la puerta esperando que me detuviera con un rugido, pero no lo hizo. Pensaba que estaba bromeando. Decidí ir a la cocina y pedirle a Fritz que me dedicara un minuto. Volvimos al despacho. Wolfe no nos prestó atención.

—A título de información —dije a Fritz— Mr. Wolfe cree que estoy exagerando. Nuestra invitada, a la que subiste una copa a la habitación sur... ¿es vieja, ajada, deforme, fea y tullida?

—Caramba, Archie —contestó Fritz—. Es todo lo contrario. ¡Precisamente todo lo contrario!

—Muy bien. ¿La has encerrado?

—Sí, claro. Aquí tienes la llave. Has dicho que era probable que la

cena...

—Sí, ya hablaremos de esto.  
Gracias.

Fritz echó un vistazo a Wolfe, que no levantó la vista del libro, se dio la vuelta y salió. Wolfe esperó a que se cerrara la puerta de la cocina, después dejó el libro y dijo:

—Es cierto. —Lo hizo en un tono que hubiera sido el mismo si hubiera descubierto que yo hubiese puesto cochinillas en sus orquídeas—. ¿Has instalado una mujer en una habitación de mi casa?

—Instalado no es exactamente la palabra adecuada. Eso implicaría que tengo interés personal en...

—¿De dónde la has sacado?

—No la he sacado de ninguna parte.

Como le he dicho, ha venido ella. No estaba inventando, sólo informando.

—Informa de forma completa.

Palabra por palabra.

Esta orden era fácil, comparada con otras que había tenido que cumplir. Le proporcioné el diálogo y las acciones, desde que había abierto la puerta hasta que la había dejado encerrada en la habitación sur. Estaba reclinado con los ojos cerrados, tal y como hace siempre que el relato es largo. Cuando terminé, no hizo ninguna pregunta. Se limitó a abrir los ojos y conminarme.

—Sube y devuélvele su dinero. —

Miró el reloj de pared—. Dentro de veinte minutos será la hora de la cena, que abandone esta casa en diez. Ayúdala a hacer el equipaje.

Aquí me encontré con una dificultad. Bien mirado, lo lógico hubiera sido obedecer sus órdenes. Mi doble misión se había cumplido. Había conseguido ponerle en ridículo por ser tan puñeteramente especial en aceptar trabajos y clientes y también había logrado un nuevo cheque. Ella ya había servido para mi propósito, así que, ¿por qué no ponerla en la calle? Pero, era evidente que había algo en ella, tal vez la forma de hacer el equipaje, que me había causado impresión, ya que me

encontré buscando una excusa.

Le dije a Wolfe, actuando como su representante, que había prometido a la chica que él hablaría con ella. Se limitó a gruñir. Traté de convencerle de que con toda seguridad él conseguiría que ella le dijera su nombre y le explicara sus problemas y que entonces la tarifa resultante podría significar mi salario de un año. Otro gruñido.

Abandoné.

—De acuerdo —asentí—. Tendrá que ir a probar el bacalao a otra parte. Tal vez en East Harlem. Hay mucho portugués por allí. No hubiera debido mencionárselo a ella.

—¿Bacalao? —preguntó.

—Sí. Sucedió que le informé que eso era lo que íbamos a cenar, me preguntó qué era, se lo expliqué y me dijo que era imposible que ese pescado en salazón fuera comestible, aunque se tratara de una receta portuguesa adaptada por usted y Fritz. —Me encogí de hombros—. Bueno, no importa. Además, hasta podría ser una asesina. ¿Cuál es la diferencia si sentamos un precedente y la dejamos sin comer, justo a la hora de la cena? ¿Qué más da, si le he prometido bacalao y ahora tengo que desahuciarla en ayunas? ¿Quién soy yo?

Me levanté y recogí los siete billetes de cincuenta de la mesa.

—Esto —dije apenado— nos

devuelve al punto de partida. Ya que debemos devolverle su dinero, no he contribuido para nada a nuestras arcas, y la situación con respecto al cheque de mi sueldo retrocede hasta el viernes. No tengo otra alternativa. —Volví a mi mesa, cogí el cheque que él había firmado a cambio del otro, lo sujeté por una esquina con los pulgares e índices y...

—¡Archie! —rugió—. ¡No lo rompas!

Todavía no sé cuál hubiera sido la respuesta de nuestro huésped si hubiera tenido que dejarnos. Debido a que a Wolfe no le gustó la idea de echar a nadie de su casa sin comer, debido a su

reacción instintiva al reto de que el bacalao salado no podía ser comestible, y debido a mi amenaza de romper otro cheque, el huésped no iba a ser puesto de patitas en la calle sin cenar, y la bandeja preparada para la habitación sur fue inspeccionada personalmente por Wolfe antes de que Fritz la subiera. Pero, aparte de la preparación y el visto bueno a la bandeja, ninguna decisión fue tomada de forma verbal; se ignoró la cuestión. Wolfe y yo cenamos en el comedor como siempre; el bacalao a la portuguesa estaba tan sabroso que no me quedó sitio para la ternera y muy poco para el pastel de nueces. Cuando terminamos el café y seguí a Wolfe hasta

el despacho, di por descontado que el primer lugar de la agenda lo ocuparía Miss o Mrs. X. Pero ni siquiera lo mencionó. Después de una comida completa, como siempre es nuestra cena, le cuesta cuatro o cinco minutos acomodarse en su sillón. Aquel lunes por la noche, una vez que lo consiguió, abrió su libro y comenzó a leer.

No tenía de qué quejarme, ya que era su turno. Ella seguía allí arriba, alimentada y encerrada y le tocaba a él decidir. Podía dejarla quedarse, lo cual era impensable, o podía pedirme que la hiciera bajar para hablar con ella, lo que odiaría, o podía decirme que la pusiera en la calle, lo cual contaría o no con mi

inmediata cooperación. En cualquier caso, no tenía ninguna intención de darle una salida, así que cuando empezó a leer le miré durante un par de minutos en silencio y después me levanté y me encaminé hacia la puerta.

Su voz llegó a mis espaldas.

—¿No irás a salir?

Me di la vuelta y contesté con suavidad.

—¿Por qué no?

—Esa mujer que has metido de contrabando. Lo acordado era que te libraras de ella después de la cena.

Era una mentira descarada; no había existido nunca tal acuerdo y él lo sabía. Pero había empezado la partida, aunque

hubiera sido con una treta, y ahora era mi turno. La situación de nuestro huésped se hubiera solucionado con rapidez y de forma definitiva si no se hubiera producido una interrupción. Sonó el timbre. Me encontraba a dos pasos de la puerta y los recorrí.

Cuando es de noche nunca abro la puerta sin encender la luz del exterior y echar una ojeada por la mirilla. Aquella vez un vistazo fue suficiente. Estaba solo, me doblaba en edad, alto y delgado de mandíbula cuadrada, con un sombrero de fieltro oscuro encasquetado y un maletín bajo el brazo. Abrí y le pregunté qué tal estaba. Ignoró la fórmula de cortesía, dijo que se llamaba

Perry Helmar y que deseaba hablar con Nero Wolfe, con urgencia. Por lo general, cuando Wolfe está en el despacho y nos visita un extraño, dejo al visitante que aguarde en la sala con la excusa de ir a comprobarlo, pero, en aquellos momentos al ver una oportunidad para que Wolfe aceptara un caso y tal vez también para posponer una confrontación sobre nuestro huésped hasta la hora de ir a la cama, hice pasar al hombre, colgué su sombrero en el perchero y le acompañé hasta el despacho.

Durante un segundo pensé que Wolfe iba a levantarse y salir sin decir una palabra. Ya le había visto hacer eso más

de una vez, después de decidir que alguien, no siempre yo, era insoportable. Esa idea pasó por su mente..., conozco muy bien aquella mirada..., pero no tuvo la fuerza necesaria para dejar a un lado su poca predisposición a abandonar su sillón. Así que se quedó sentado y contempló al visitante con el ceño fruncido.

—Debo comunicarle —explicó Helmar—, que he venido a verle de inmediato, no sólo porque sé su historial y reputación, sino también porque conozco la buena opinión que tiene de usted mi amigo Dick Williamson. Richard A. Williamson, el agente de Bolsa. Dice que una vez usted hizo por

él algo milagroso.

Helmar hizo una pausa para permitir que Wolfe se diera por enterado de tan adulator preámbulo. Wolfe así lo hizo al inclinar la cabeza un par de centímetros.

—Yo no le pido un milagro — continuó Helmar—. Pero necesito rapidez, audacia y sagacidad. —Estaba sentado en el sillón de cuero rojo al otro extremo de la mesa de Wolfe, con el maletín a mano sobre la mesita. Su voz era áspera, retórica, dura. Prosiguió—. Y discreción, esto es esencial. Usted la tiene, lo sé. Con respecto a mi persona, soy el socio fundador de una firma de abogados del más alto prestigio, con oficinas en el número cuarenta de Wall

Street. Una joven de la que soy responsable ha desaparecido, y hay motivos para pensar que está cometiendo alguna locura y que incluso puede hallarse en peligro. Hay que encontrarla lo antes posible.

Abrí uno de los cajones para sacar un bloc de notas y cogí la pluma. ¿Qué podía haber más estupendo? Una persona desaparecida, y un socio fundador de una firma de Wall Street del más alto prestigio tan preocupado que había llegado trotando hasta nosotros a altas horas de la noche, sin detenerse a telefonar primero. Miré a Wolfe y contuve una sonrisa. Sus labios estaban tirantes con aceptación resignada de lo

inevitable. Amenaza de trabajo, trabajo para el que probablemente no tendría ninguna excusa racional que oponer. ¡Y cómo lo odiaba!

—Tengo una proposición que hacerle —decía Helmar—. Le pagaré cinco mil dólares y gastos aparte si la encuentra y me pone en contacto con ella el veintinueve de junio, dentro de seis días. Le pagaré el doble, es decir diez mil, si la entrega en Nueva York, sana y salva, el treinta de junio por la mañana.

Le miré con admiración al oírle hablar primero de cinco de los grandes y después de diez; aunque al oír la fecha del 30 de junio mi interés volvió al bloc de notas. Podía tratarse de una

coincidencia, pero tenía el presentimiento de que no lo era, y había aprendido a no despreciar los presentimientos. Levanté la vista para observar a Wolfe; pero su rostro no dio ninguna señal de que la fecha le hubiera causado el mismo efecto que a mí.

Suspiró profundamente, rindiéndose con bastante elegancia a la necesidad de trabajo.

—¿Y la Policía? —preguntó sin mucha convicción.

Helmar negó con la cabeza.

—Tal y como le he dicho, la discreción es esencial.

—Generalmente lo es para las personas que contratan un detective

privado. Resúmame el caso. Como usted es abogado, ya sabrá lo que preciso para decidir si acepto o no el encargo.

—¿Por qué no tendría que aceptarlo?

—No lo sé. Hábleme del asunto.

Helmar se removió en su silla y se reclinó, pero estaba incómodo. Comprendí que aquel movimiento de enlazar y desenlazar los dedos no era sólo una costumbre; tenía los nervios de punta.

—De cualquier forma —dijo— es confidencial. El nombre de la joven que ha desaparecido es Priscilla Eads. La conozco desde que nació y soy su tutor y también el depositario de sus bienes

según el testamento de su padre, que murió hace diez años. Vive en un piso de la Calle 74 Este y tenía que ir allí esta noche para hablar de negocios con ella. Así lo hice y llegué allí poco después de las ocho, pero no estaba y la doncella se sentía muy preocupada, ya que esperaba a su ama temprano para la cena y no sabía nada de ella.

—Esto no me parece relevante — dijo con impaciencia Wolfe.

—Entonces resumiré. Sobre la mesa de su despacho encontré un sobre dirigido a mí. Dentro había una nota. — Alcanzó el maletín y lo abrió—. Aquí está. —Desplegó una hoja de papel azul, sacó un estuche de gafas de uno de los

bolsillos y se colocó unos lentes de montura negra—. Dice «Estimado Perry...».

Se detuvo, levantó la barbilla para mirarme y a continuación a Wolfe.

—Me llama por mi nombre de pila —aclaró—, desde que cumplió los doce años y yo tenía cuarenta y nueve. Su padre lo sugirió.

Al parecer eso invitaba a hacer un comentario y Wolfe contestó:

—No me parece reprobable —murmuró.

Helmar asintió.

—Sólo lo he mencionado. Dice así:

*Estimado Perry:*

*Confío en que no estés muy enfadado conmigo por haberte dejado plantado. No voy a hacer ninguna locura. Sólo quiero estar segura de dónde me encuentro. Dudo que sepas nada de mí antes del 30 de junio, pero entonces te lo explicaré. Por favor, es un ruego que te hago, no trates de encontrarme. Con cariño. Pris.*

Helmar dobló la nota y la colocó de nuevo en el maletín.

—Tal vez deba explicar el significado del día 30 de junio. Será el cumpleaños de mi pupila. Cumplirá veinticinco años y según las condiciones del testamento de su padre tomará plena

posesión de sus bienes. Éste es el punto básico, pero hay complicaciones, como suele ocurrir siempre. Una es que la mayor parte de la propiedad corresponde al noventa por ciento de las acciones de una firma comercial muy próspera y existe cierta oposición por parte del personal directivo contra el control de la firma por parte de mí pupila. Otra es el ex marido de ella.

Wolfe frunció el ceño.

—¿Vive? —preguntó. Siempre se niega a intervenir en asuntos matrimoniales.

—Sí. —Helmar también estaba ceñudo—. Ése fue un desastroso patinazo de la muchacha bajo mi

custodia. Se marchó a Sudamérica con ese hombre cuando ella tenía diecinueve años y le abandonó tres meses después. Se divorció de él en 1948. No hubo más contacto entre ellos, pero hace dos semanas recibí una carta suya dirigida a mí como administrador de los bienes, asegurando que según las condiciones de un documento que ella había firmado poco después de la boda, la mitad de los bienes le correspondían legalmente. Dudo que...

Intervine. Ya había soportado bastante la intriga.

—¿Ha dicho usted que su nombre es Priscilla Eads?

—Sí. Volvió a adoptar su nombre de

soltera. El apellido del marido es Hagh. Eric Hagh. Dudo que...

—Me parece que la conozco. ¿Tiene usted una fotografía de ella? —Me levanté y me encaminé hacia él—. Me gustaría verla.

—Faltaría más. —No prestó mucha atención a un subordinado que se entrometía, pero accedió a volver a abrir su maletín—. Tengo tres fotografías bastante buenas que he cogido de su apartamento. Aquí están.

Las tomé para contemplarlas.

Él continuó.

—Dudo que tal reclamación tenga alguna validez legal, pero moralmente... puede haber un problema. Ni qué decir

tiene que se trata de una cuestión de mi pupila. Esta carta llegó de Venezuela y yo creo que ella puede haber ido allí a verle. Tenía..., tiene la intención de estar aquí el día 30, pero, ¿cuánto se tarda en avión desde Nueva York a Caracas? No más de veinte horas, me parece. Esa muchacha tiene una vena alocada. Lo primero que habría que hacer es comprobar todos los pasajeros de los vuelos a Venezuela, y si fuera humanamente posible desearía llegar hasta ella antes de que vea a ese tal Hagh.

Le mostré las fotos a Wolfe.

—Vale la pena echarle un vistazo —le dije—. No sólo en las fotografías,

sino que tal y como pensaba, la he visto. Hace poco, he olvidado dónde y cuándo, pero recuerdo que fue el día que tuvimos bacalao para cenar. No...

—¿Qué diablos farfullas? —  
preguntó Wolfe.

Le miré fijamente.

—Ha oído lo que he dicho. —  
Contesté y volví a sentarme.

# 3

Una de las mejores actuaciones de Wolfe fue la forma de tratar a Perry Helmar después de mi revelación de que Priscilla Eads estaba arriba, en la habitación sur. El problema era conseguir que Helmar se marchara lo antes posible con la convicción de que precisaba los servicios de Wolfe, sin que hubiera ningún compromiso por nuestra parte para aceptar el caso. Wolfe inició la operación diciéndole que tenía que consultarlo con la almohada y que si

decidía a coger el caso yo pasaría por la oficina de Helmar a las diez de la mañana para obtener más detalles. Naturalmente Helmar se puso furioso. Quería acción de inmediato.

—¿Qué pensaría de mí —preguntó Wolfe— si únicamente con la información que me ha facilitado ahora aceptara el caso y empezara a trabajar en él?

—¿Qué tendría que pensar? ¡Es eso lo que quiero!

—Estoy seguro de que no. —Objetó Wolfe—. Estaría usted contratando a un asno. Nunca le había visto antes. Su nombre puede ser Perry Helmar, o puede ser Eric Hagh; sólo tengo su palabra. Lo

que me ha explicado puede ser cierto, pero también falso. Desearía que Mr. Goodwin pasara por su despacho y también que visitara el apartamento de su protegida y hablara con la doncella. Puedo ser audaz, pero no temerario. Si lo que desea usted es un detective que se lance con total despreocupación a la petición de un extraño, Mr. Goodwin le proporcionará algunos nombres y direcciones.

Helmar era muy testarudo y puso todo tipo de objeciones. En cuanto a su identidad y buena fe dijo que podíamos telefonar a Richard A. Williamson. Para visitar el piso de su representada aquella noche era tan buen momento

como el día siguiente. Wolfe le convenció de que yo no estaría disponible hasta la mañana, ya que estábamos discutiendo un asunto importante y cuanto antes se marchara Helmar y nos dejara resolverlo, mejor. Finalmente cedió. Guardó las fotografías en el maletín. Ya en el vestíbulo le entregué el sombrero y le abrí la puerta.

Regresé al despacho, pero no entré. Cuando iba a cruzar el umbral Wolfe me gritó.

—¡Hazla bajar inmediatamente!

Me detuve en seco.

—De acuerdo. ¿Se lo ordeno?

—No. Dile que baje.

Dudé unos instantes, sopesando

cómo decirlo.

—Es mía, usted lo sabe. El llevarla arriba y encerrarla fue una decisión mía. Usted la hubiera expulsado, si se lo hubiera consultado. Me ha dicho que le devuelva la pasta y que la saque de aquí. Es mía. Con la información que nos ha facilitado Helmar, es muy probable que usted sea demasiado difícil para ella. Me reservo el derecho de subir cuando lo crea conveniente, recoger su equipaje y acompañarla hasta la salida.

Se rió entre dientes. No lo hace muy a menudo y después de todos los años que llevo con él aún no he conseguido dar con la clave para provocar esa risa. Podía dar paso a cualquier cosa, desde

un triunfo a una rendición. Permanecí durante unos segundos para darle la oportunidad de que se manifestara si deseaba hacerlo, pero nada dijo, así que me di la vuelta y subí la escalera. En el segundo piso coloqué la llave en la cerradura, la hice girar y llamé. Dije mi nombre. Su voz contestó que podía pasar. Eso hice.

Parecía que estuviera en su casa. Una de las camas estaba abierta y la colcha, debidamente doblada, sobre la otra. Sentada en una mesa cerca de la ventana, a la luz de una lamparilla, atareada con sus uñas, ella vestía el salto de cama azul y estaba descalza. Me dio la impresión de encontrarla más

bajita que cuando llevaba el vestido color melocotón, y también más joven.

—Creía que no iba a venir. —  
Comentó sin lamentarse—. Dentro de diez minutos me acostaré.

—Lo dudo. Tendrá usted que vestirse. Mr. Wolfe desea que baje al despacho.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Por qué no sube?

La miré. Con tal vestimenta para mí era un placer; para Wolfe, en su propia casa, hubiera sido una insolencia.

—No hay ningún sillón lo suficientemente grande para él. La esperaré fuera.

Salí al descansillo y cerré la puerta. No estaba como para dar saltos de alegría. Ciertamente que había sido yo quien había tropezado con algo que para nosotros estaba valorado en diez de los grandes, pero no veía una forma aceptable de poder aprovecharnos de ello, y no tenía la menor idea de la línea de conducta que Wolfe adoptaría. Le había hecho saber mi punto de vista y él se había reído entre dientes.

No le costó mucho vestirse, lo cual anotaba otro tanto a su favor. Cuando apareció con el vestido color melocotón, preguntó:

—¿Está muy enfadado?

Le contesté que no se inquietara. La

escalera es amplia y descendimos uno al lado del otro con ella de mi brazo. Me pareció de lo más apropiado. Le había dicho a Wolfe que era mía, tanto aceptándolo como un servicio como para reivindicar un privilegio. Tal vez hinché el pecho al hacer nuestra entrada en el despacho, aunque se trató de algo involuntario.

Ella se acercó a la mesa con la mano extendida y dijo con toda cordialidad:

—Es usted tal y como le había imaginado. Me...

Calló. Se había quedado helada. Wolfe no había movido un músculo y la expresión de su rostro, si bien no beligerante, no podía decirse que fuera

amistosa. Retiró la mano.

—No le estrecho la mano, ya que después podría arrepentirse. Veamos. Tome asiento, Miss Eads.

Ella encajó bien, pensé. No es agradable que alguien rechace un apretón de manos, sea cual sea la explicación. Después de retirarla, se había sonrojado, boquiabierta me había mirado y después sus ojos habían regresado a Wolfe. Llegó a la conclusión de que debía mostrarse comedida y retrocedió hasta el sillón de cuero rojo. De pronto se dio la vuelta y preguntó:

—¿Cómo me ha llamado?

—Por su nombre. Eads.

Estupefacta desvió la mirada hacia

mí.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Por qué no me lo ha dicho? Pero...

—Mire —contesté—. Acaba de recibir un sobresalto, ¿qué más da que haya sido él o yo? Siéntese y tómelo con calma.

—Pero, ¿cómo es posible...? —Su voz se quebró. Tomó asiento. Aquellos ojos tan peculiares miraron a Wolfe—. No creo que esto cambie mucho la situación. Supongo que tendré que pagarle más, pero no me importa. Ya se lo dije a Mr. Goodwin.

Wolfe asintió.

—Y él le dijo que aceptaba el dinero de forma provisional,

condicionado a mi aprobación. Archie, haz el favor de devolvérselo.

Lo que había imaginado, naturalmente, y había decidido no discutir. Para mantenerse firme hay que ir sobre seguro. Me levanté, fui hasta la caja fuerte y la abrí. A continuación saqué los siete billetes de cincuenta y se los ofrecí a Priscilla. Ella no movió un dedo.

—Cójalos —le aconsejé—. Si tiene ganas de perder el tiempo, busque otro lugar. —Los dejé caer sobre su regazo y regresé a mi silla. Mientras me sentaba, Wolfe empezó a hablar.

—Su presencia aquí, Miss Eads, es absurda. Esto no es una casa de

huéspedes ni una clínica para mujeres histéricas, es mi...

—¡No soy una histérica!

—Muy bien, lo retiro. No es una clínica para mujeres no histéricas. Es mi oficina y mi hogar. Venir aquí, pedir alojamiento durante una semana, dormir y comer en el dormitorio justo encima del mío, sin querer revelar su identidad ni tampoco las circunstancias que la obligaban a ello, es sencillamente grotesco. Mr. Goodwin lo sabía, y hubiera sido expulsada de inmediato, si no hubiera preferido utilizarla a usted y a su descabellada petición como un medio para fastidiarme... y también, por supuesto, si no hubiera sido joven y

atractiva. Sólo por estos motivos, le facilitó un dormitorio, la ayudó a deshacer el equipaje, se le han servido bebidas y una cena, mi vida hogareña se ha visto desbaratada. Después...

—Lo siento. —El rostro de Priscilla se había teñido de rojo—. Le pido disculpas. Me iré ahora mismo. —Se levantó.

Wolfe le hizo un ademán para que volviera a sentarse.

—Por favor. Ha ocurrido algo. Hemos tenido una visita. Se ha marchado hace media hora. Un hombre llamado Perry Helmar.

Ella jadeó.

—¡Perry! —Se desplomó sobre el

sillón—. ¡Le dijo usted que yo estaba aquí!

—No. —Wolfe contestó en tono seco—. Había estado en su apartamento, no la encontró, pero sí una nota que usted había dejado para él... ¿Le dejó una nota?

—Yo..., sí.

—Al saber que se había largado, ha venido directamente aquí. Quería contratarme para que la encontrara. Me ha hablado de su próximo cumpleaños y de la carta que recibió hace poco de su ex marido, que ahora está en Venezuela, con respecto a cierto documento que usted firmó tiempo atrás entregándole la mitad de sus bienes. ¿Firmó usted tal

tipo de documento?

—Sí.

—¿No fue eso una necesidad?

—Sí, pero entonces yo era una necia y naturalmente hacía necesidades.

—Bien. Cuando Mr. Goodwin vio las fotografías de usted que Helmar traía consigo, está claro que la reconoció, y consiguió informarme sin que Mr. Helmar se diera cuenta. Pero, Mr. Helmar había hecho una propuesta. Había ofrecido pagarme diez mil dólares y los gastos si la entregaba en Nueva York, sana y salva, el día 30 de junio por la mañana.

—¿Entregarme? —Priscilla rió, pero no de alegría.

—Ésas fueron sus palabras. —Wolfe se reclinó y pasó un dedo por los labios —. En el momento en que Mr. Goodwin la reconoció en las fotos y me lo dio a entender, me encontré en una situación anómala. Me gano la vida y mantengo un establecimiento caro debido a mi trabajo como detective privado. No puedo permitirme el lujo de obrar de forma quijotesca. Cuando se me ofrecen unos honorarios apropiados por un trabajo legítimo dentro de mi campo, no los rechazo. Necesito el dinero. Un hombre que nunca había visto viene y me ofrece diez mil dólares para encontrar y entregar cierto sujeto en una fecha determinada y por casualidad,

sólo por casualidad, ese sujeto está encerrado en una habitación de mi casa. ¿Hay algún motivo por el cual no debiera decírselo y cobrar mis honorarios?

—Comprendo. —Apretó los labios. Durante unos instantes mostró la punta de la lengua, que se desplazó de derecha a izquierda y volvió a esconderla—. Eso es. Ha sido una suerte que trajera las fotografías para que Mr. Goodwin me reconociera, ¿verdad? —Me miró fijamente—. Supongo que debo felicitarle, Mr. Goodwin.

—No es el momento —refunfuñé—. Puede ahorrárselo.

—Debo reconocer —continuó Wolfe

—, que si hubiera aceptado un encargo por parte de usted, o si Mr. Goodwin, en mi nombre, hubiera aceptado su dinero de forma incondicional, yo me debería a la defensa de sus intereses y por tanto ni siquiera hubiera considerado la oferta de Mr. Helmar. Pero no existe tal caso. No tengo ningún compromiso con usted. No hay obstáculo legal, profesional o ético que me impida entregarla a ese hombre y solicitar el pago del servicio... pero, caramba, tengo amor propio. No puedo hacerlo. Y, además, está Mr. Goodwin. Le he reprendido por haberla instalado aquí y le he dicho que se librara de usted, y si ahora cobrara un rescate por su persona sería imposible e

insoportable seguir viviendo o trabajando con él.

Wolfe negó con la cabeza.

—Así que de ninguna manera puedo decir que haya sido una suerte que eligiera mi casa como refugio. Si usted se hubiera ido a cualquier otra parte, Mr. Helmar me hubiera contratado para buscarla, yo hubiera aceptado el encargo y seguramente me hubiera ganado los honorarios. Si mi amor propio no me permite aprovecharme de su presencia aquí, a través de la casualidad y de Mr. Goodwin, tampoco mi egoísmo tolera que sufra una pérdida por ello..., una pérdida tan sustanciosa... Por tanto, tengo dos sugerencias que hacer, dos

sugerencias alternativas. La primera es sencilla. Cuando usted estaba haciendo el trato con Mr. Goodwin para quedarse aquí, le dijo que no había ningún límite en lo que tuviera que pagar. Sus palabras, tal y como él me las transmitió fueron «la cantidad que diga». Usted le estaba hablando como a mi representante, por tanto conmigo. Ahora digo diez mil dólares.

Priscilla le miró con ojos desorbitados.

—¿Insinúa usted que le pague diez mil dólares?

—Sí, me permito hacerle este comentario: Sospecho que el dinero vendrá de usted de todas formas, ya sea

directa o indirectamente. Si, como administrador de sus bienes, Mr. Helmar tiene amplios poderes, como seguramente tiene, es más que probable que el pago por encontrarla y entregarla proceda de tales bienes, así que...

—¡Esto es un chantaje!

—No creo que pueda...

—¡Es un chantaje! ¡Me está diciendo que si no le pago diez mil dólares, le diré a Perry Helmar que estoy aquí y él se los dará!

—No he dicho tal cosa. —Wolfe se comportaba de manera paciente—. He dicho que tengo otra alternativa. Si no le gusta ésta, aquí está la otra. —Miró el reloj de pared—. Son las once y diez.

Mr. Goodwin la ayudó a deshacer el equipaje; puede ayudarla a hacerlo. Puede estar fuera de esta casa en cinco minutos, con sus maletas, y sin vigilancia. Ni siquiera espiaremos por una ventana qué dirección toma. Nos olvidaremos de su existencia durante diez horas y cuarenta y cinco minutos. Al finalizar ese plazo, a las diez de la mañana, telefonearé a Mr. Helmar, aceptaré su encargo en las condiciones que me propuso y empezaré a buscarla.

Wolfe agitó una mano.

—Ha sido desafortunado por mi parte tener que ofrecerle aceptar el dinero directamente de usted en lugar de a través de Mr. Helmar, pero he pensado

que merecía tal consideración. Me alegro de que lo calificara de chantaje, ya que me gusta creer que gano al menos una parte de lo que me pagan; pero la oferta se mantendrá hasta las diez de la mañana, usted debe decidir si la prefiere a este juego del escondite.

—¡No pienso pagarle diez mil dólares! —contestó con la barbilla erguida.

—Muy bien.

—¡Es absurdo!

—Estoy de acuerdo. Pero la otra alternativa es también ridícula para mí. Al salir de aquí, puede ir directamente a casa, telefonar a Mr. Helmar para decirle que está allí y que irá a verle por

la mañana. Después acostarse y dejarme esperar a que me crezca la barba. Tengo que arriesgarme a eso; no hay otro remedio.

—No voy a ir a casa, ni tampoco telefonaré a nadie.

—Como guste. —Wolfe echó un vistazo al reloj—. Son las once y cuarto y no tiene tiempo que perder si tiene la intención de dificultar mi tarea. Archie, ¿quieres bajar su equipaje, por favor?

Me levanté sin prisas. La situación no era nada satisfactoria, pero, ¿qué podía hacer para cambiarla? Priscilla no iba a esperar. Se puso de pie y dijo:

—Me arreglaré sola, gracias.

La contemplé cruzar el vestíbulo y

subir la escalera y después comenté a Wolfe:

—Me recuerda el «corre, ovejita, corre», como decimos en Ohio. Es lo que dice el pastor antes de atrapar a la oveja. Debe ser un juego apasionante y muy divertido, pero creo que debo decirle antes de que ella se marche de que no estoy seguro de que quiera jugarlo. Tal vez tendrá que despedirme.

Se limitó a murmurar.

—Sácala de aquí.

Subí con lentitud la escalera, seguro de que ella no querría que la ayudara a guardar sus cosas. La puerta de la habitación sur estaba abierta. Desde el descansillo dije:

—¿Puedo pasar?

—No se moleste —contestó—. Me apañó sola.

Se movía de un lado a otro. Me quedé en el umbral. La maleta estaba casi llena. Esa chica hubiera sido una magnífica compañera de viaje. Sin mirarme, terminó de hacer la maleta con rapidez y eficacia y se dedicó a la sombrerera.

—Vigile su dinero —dije—. Lleva mucho encima. Podría ser que algún tipo quisiera quedárselo.

—¿Mandando a la hermanita de excursión al campo? —preguntó sin mirarme. Podía haber sido una burla, pero no estaba muy desencaminado.

—Sí. Abajo ha dicho que debía felicitarme y le he dicho que podía ahorrárselo. ¿Le parece que lo merezco?

—Me parece que no. Lo retiro.

Cerró la cremallera de la sombrerera, se puso la chaqueta y el casquete y depositó la maleta en el suelo. Iba a recoger la sombrerera, pero yo la tenía en la mano y también tomé la maleta. Ella salió primero y la seguí. En el vestíbulo no miró el despacho, pero yo sí lo hice y vi a Wolfe sentado en su mesa, reclinado con los ojos cerrados. Al llegar a la puerta principal, Priscilla trató de recuperar el equipaje, pero no se lo di. Insistió e hice lo mismo y como tengo más fuerza gané. Al pie de la

escalera se encaminó hacia el Este, hacia la 10.<sup>a</sup> Avenida y cruzó la calle.

—No voy a tomar nota —dije—, de la marca y matrícula del taxi, y si lo hago no informaré de ello. De todas formas, no puedo prometerle que me olvide de su nombre. Algún día puede haber alguna cosa que quiera preguntarle. Si no vuelvo a verla antes del día 30, feliz cumpleaños.

De esta forma nos despedimos, no exactamente con efusión, pero tampoco con enojo. Cuando el taxi se puso en marcha, regresé a casa, esperando y no precisamente con alegría, una sesión exhaustiva con Wolfe. La situación era interesante. Deseaba seguir adelante,

pero no estaba seguro de que me gustara mi papel. Sin embargo, pensé que podría consultarlo con la almohada. Cuando volví, Wolfe se había acostado, lo que me fue como anillo al dedo.

A la mañana siguiente, martes, hubo una colisión. Estaba, como siempre, tomando zumo de naranja, tostadas, jamón de Georgia, miel, melón, café y más café en la cocina cuando Fritz entró después de haber subido la bandeja con el desayuno para Wolfe y me dijo que quería verme. Eso ya tenía precedentes. Como Wolfe no baja hasta después de visitar los invernáculos a las nueve de la mañana, su costumbre era hacerme llamar si tenía instrucciones para la

mañana que no quería comunicar por el teléfono interior. Fritz no había dicho nada de que fuera urgente, así que terminé mi segunda taza de café sin atragantarme y después subí al dormitorio de Wolfe, justo debajo del que Priscilla no había llegado a utilizar. Había terminado de desayunar y estaba de pie al lado de la ventana en su kilométrico pijama, rascándose la coronilla. Le di los buenos días y tuvo la gentileza de hacer lo mismo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Había dos relojes en la habitación, uno sobre la mesilla de noche y otro en la pared muy cerca de donde él se encontraba, pero accedí a su capricho y

miré mi muñeca.

—Las ocho y treinta y dos.

—Por favor, llama a Mr. Helmar a las diez en punto y pásame la comunicación arriba. No tiene sentido que vayas allí, ya que estamos más al corriente de los hechos que él. Entretanto, no estaría de más telefonar al apartamento de Miss Eads para saber si está allí. ¿No lo habrás hecho ya?

—No, señor.

—Entonces inténtalo. Si no está allí debemos saberlo para no perder el tiempo. Busca a Saul, Fred y Orrie de inmediato, y diles que estén aquí a las once si es posible.

Negué con la cabeza, pesaroso pero

firme.

—No, señor. Ya le advertí que tendría que despedirme. No me niego a entrar en el juego, pero no contribuiré a un chanchullo. Usted le dijo que nos olvidaríamos de su existencia hasta las diez de esta mañana. Esto es lo que he hecho. No tengo ni idea de qué o quién me está hablando. ¿Desea que suba a las diez en punto para saber si tiene instrucciones?

—No —espetó y entró en el cuarto de baño. Desde la puerta vociferó por encima del hombro—. ¡Es decir, sí! —y desapareció. Para ahorrar un viaje a Fritz, me llevé la bandeja.

Por lo general, a no ser que

tengamos un trabajo entre manos, yo no voy al despacho hasta que ha llegado el Correo, entre las ocho cuarenta y cinco y las nueve. Así que cuando sonó el timbre poco antes de las nueve estaba aún en la cocina, discutiendo el partido entre los Giants y los Dodgers con Fritz. Después de atravesar el vestíbulo y disponerme a abrir la puerta, me quedé de piedra al ver quién había al otro lado.

Me limito a informar. Por lo que sé, no había observado ninguna vibración cuando había visto por vez primera a Priscilla Eads, ni tampoco había sentido mareos ni perdido el conocimiento durante mi relación con ella, pero el

hecho es que nunca había sentido corazonadas tan rápidas y profundas como aquellas dos conectadas con ella. El lunes por la noche, antes de que Helmar hubiera dicho mucho más de veinte palabras sobre su pupila fugada, había dicho para mis adentros, «Está arriba» y estaba seguro de ello. El martes por la mañana, al ver al inspector Cramer de la brigada de homicidios de Manhattan, me dije, «Está muerta» y estaba seguro. Permanecí tres segundos titubeando antes de abrir la puerta.

Le saludé y él contestó:

—Hola, Goodwin. —Entró y se encaminó al despacho. Le seguí y tomé asiento detrás de mi mesa, notando que

en lugar de sentarse en el sillón rojo lo hizo en uno color crema, dándome a entender que se trataba de mí y no de Wolfe con quien quería hablar. Le dije que Wolfe no estaría disponible hasta dentro de un par de horas, lo que ya sabía, ya que estaba tan familiarizado con sus hábitos como yo mismo.

—¿Le sirvo yo? —pregunté.

—En principio, sí. —Refunfuñó—.

Anoche una mujer fue asesinada, y tus huellas aparecieron en su equipaje. ¿Cómo llegaron allí?

Le miré a los ojos.

—Ésa no es manera de empezar —objeté—. Mis huellas dactilares se podrían encontrar en los equipajes de

varias mujeres desde Maine a California. Nombre, dirección y descripción de las maletas.

—Priscilla Eads, 618 de la Calle 74 Este. Una maleta y una sombrerera de piel color crudo.

—¿Asesinada?

—Sí. Tus huellas eran recientes.  
¿Qué hacían allí?

El inspector Cramer no era precisamente Laurence Olivier, pero nunca antes hubiera dicho que era mal parecido. En aquellos momentos le encontré feo. Su cara redonda siempre era más roja en verano, pero daba la impresión de estar hinchada y eso hacía que sus ojos fueran más pequeños,

aunque no menos rápidos y agudos.

—Como un mandril —dije.

—¿Qué?

—Nada. —Giré sobre mis talones y llamé por el teléfono interior a los invernáculos. Al instante contestó Wolfe.

—El inspector Cramer está aquí —le informé—. Una mujer llamada Priscilla Eads ha sido asesinada y Cramer dice que mis huellas dactilares han aparecido en su equipaje y quiere saber por qué. ¿La conocía?

—Diablos.

—Sí, señor. Lo mismo digo. ¿Desea usted bajar?

—No.

—¿Subimos nosotros?

—No. Tú sabes lo mismo que yo.

—Seguro. ¿Desembucho?

—Claro. ¿Por qué no?

—Sí, por qué no, está muerta.

Colgué y miré a Cramer.

# 4

Me inclino a pensar que Cramer conoce bastante bien a Wolfe en varios aspectos, pero no en todos. Por ejemplo, exagera en cuanto al ansia de Wolfe por el dinero, lo que supongo que es natural, ya que si continúa siendo un poli honrado, como sin duda es, lo máximo que puede esperar obtener es bastante menos que lo que Wolfe me paga, teniendo en cuenta que los ingresos anuales de mi jefe se escriben con seis ceros. Debo admitir que Wolfe no

mantiene el negocio para hacerme un favor, pero es capaz de dejar que un cliente salga del edificio con dinero para el autobús o incluso con un billete para el taxi.

Sin embargo, Cramer no tiene la misma impresión, por tanto, cuando supo que no teníamos ningún cliente relacionado con Priscilla Eads, ahora que estaba muerta, y al parecer sin perspectivas de tenerlo, y siendo así no había honorarios que defender, empezó a llamarme Archie, lo que ya había ocurrido antes, pero no a menudo. Me agradeció la información que le había proporcionado, había tomado una docena de páginas de anotaciones con su

escritura menuda y había hecho muchas preguntas, no como desafío sino como aclaración. Ofreció un comentario agudo sobre lo que llamó nuestro esquinazo a Helmar, con su pupila arriba, y lo rebatí.

—Muy bien —dije—. Veamos. Ella llegó sin ser invitada y lo mismo hizo él. No nos comprometimos con ninguno de los dos. Ambos no podían tener lo que querían. Veamos cómo lo hubiera solucionado usted.

—Yo no soy un genio como Wolfe. Podía ser que hubiera estado demasiado ocupado para pararse a pensar en el encargo de Helmar.

—¿Y con qué haría luego frente a la nómina? Hablando de ocupaciones,

¿está usted demasiado ocupado para contestar a una pregunta de un ciudadano que paga sus impuestos?

Miró el reloj.

—Tengo que estar en la oficina del fiscal de distrito a las diez y media.

—Bueno, disponemos de horas... es decir minutos. ¿Por qué quiere ser tan preciso sobre la hora en que Helmar salió de aquí? Eran poco más de las diez y Miss Eads se marchó al menos una hora después.

—Hum. —Sacó un puro—. ¿Qué periódico lees?

—El *Times*, pero hoy sólo he visto la primera página y la de deportes.

—No hubiera servido el *Times*.

Poco después de la una de la madrugada se encontró el cadáver de una mujer en el zaguán de una casa de la Calle 29 Este. La habían estrangulado con un cordón o algo parecido, no muy grueso. Hubiéramos sudado para identificarla, ya que se habían llevado el bolso, pero vivía en el vecindario y no nos costó trabajo. Su nombre era Margaret Fomos y trabajaba como sirvienta en el apartamento de Miss Priscilla Eads en la Calle 74. Estaba allí durante el día, pero vivía en la Calle 29 con su marido. Por lo general llegaba a casa alrededor de las nueve, pero anoche telefoneó a su esposo para avisarle de que llegaría a las once. Él dice que parecía

preocupada y que le preguntó el motivo. Ella le contestó que se lo explicaría cuando regresara.

—¿Así que la mataron sobre las once?

—No lo sabemos. El edificio de la Calle 74 es de apartamentos de lujo, uno por planta, excepto el de Miss Eads que tenía un piso doble en el ático. No hay ascensorista, por lo que los inquilinos entran y salen sin ser vistos. El forense la calcula entre las diez treinta y media noche.

Cramer miró de nuevo el reloj, mordió el puro y lo aplastó. Nunca le había visto que encendiera uno.

—Yo estaba en la cama. Rowcliff se

ocupó del caso. Teníamos a cuatro hombres trabajando de forma rutinaria y alrededor de las cuatro uno de ellos, un joven llamado Auerbach, se dio cuenta de que tenía cerebro y decidió utilizarlo. Pensó que nunca había sabido de un ladrón de bolsos que hubiera llegado a estrangular a la víctima y no había señales de tentativa de violación. ¿Qué había en ella o en su bolso que hubiera provocado el asesinato? Según el marido nada, ni por parte de ella ni en el bolso. Sin embargo, al hacer la lista del contenido del bolso con la ayuda del marido, algo llamó la atención de Auerbach. La llave del apartamento donde trabajaba Mrs. Fomos.

—Ese chico ocupará su puesto algún día.

—Se lo regalaría ahora mismo. Se dirigió a la Calle 74, llamó al timbre del apartamento Eads y no obtuvo respuesta. Buscó al portero, le hizo abrir la puerta y echó un vistazo. El cadáver de Priscilla Eads estaba en el suelo, mitad en el cuarto de baño y mitad en el vestíbulo. La habían golpeado en la cabeza con el atizador de la chimenea y después la habían estrangulado con un cordón o algo parecido, no muy grueso. El sombrero estaba a su lado y llevaba puesta la chaqueta, así que lo más probable es que el asesino la hubiera estado esperando cuando ella entró.

Sabremos más de eso cuando demos con el taxista, lo que será muy pronto con la información que me has dado. El forense calcula entre la una y las dos.

—Entonces no fue directamente a su apartamento. Como le he dicho, la dejé en el taxi a las doce menos veinte.

—Lo sé. Auerbach llamó a Rowcliff y los chicos se movieron. La toma de huellas fue menor a la habitual... Supongo que Mrs. Fomos limpiaba a conciencia... y lo mejor que encontramos fueron unas recientes en el equipaje. Al saberse que eran tuyas, Rowcliff me ha telefoneado y he decidido dejarme caer por aquí. Él no sabe cómo tratar a Wolfe y tú le causas el mismo efecto que las

moscas en el rabo de un burro.

—Algún día le explicaré el efecto que él me causa a mí.

—Es preferible que no. —Cramer miró su reloj una vez más—. Había pensado hablar con Wolfe, pero ya sé cómo le sienta que le molesten en casa por una tontería como es un homicidio, y como me has dicho lo que quería, doy por terminada la visita.

—Le he dicho todo lo que sé.

—Por una vez, te creo. —Se levantó del sillón—. Sobre todo porque no hay cliente de por medio ni tampoco a la vista, según parece. Debe de estar de un humor de perros y no te envidio. Me voy. Comprenderás que eres parte

importante de la investigación y tienes que estar disponible.

Le dije que lo comprendía.

Después de haber despedido a Cramer, me disponía a entrar en el despacho, pero de repente di la vuelta y tomé el camino de la escalera. Subí dos pisos y entré en la habitación sur, me quedé en el centro y miré a mi alrededor. Fritz todavía no había estado allí y la cama estaba abierta, tal y como Priscilla la había dejado y con la colcha doblada sobre la otra cama. Levanté la ropa y la dejé caer de nuevo. Levanté también la almohada y miré debajo. Me dirigí a la mesa de tocador y abrí los cajones.

No estaba loco. Era un detective sesudo y con experiencia, se había cometido un asesinato en el que estaba interesado y quería saber más del asunto. Por el momento, lo que tenía más cerca era aquella habitación en la que Priscilla había esperado dormir y desayunar. No tenía la menor esperanza de encontrar nada que pudiera ser de ayuda, así que no tuve ningún desengaño al no hallarlo. De todas formas, en la repisa del cuarto de baño había dejado olvidado un cepillo de dientes y un pañuelo sucio. Me los llevé a mi habitación y los puse en la cómoda. Ahí siguen, dentro de un cajón donde guardo una colección de reliquias

profesionales.

No tenía ningún sentido subir a los invernáculos y empezar una disputa, así que bajé de nuevo al despacho, abrí la correspondencia y me entretuve con trabajos rutinarios. Poco después, cuando me di cuenta de que estaba anotando la fecha de germinación de una *Cymbidium holfordianun* en la ficha de la *Cymbidium pauwelsi*, llegué a la conclusión de que no estaba de humor para esas tareas, devolví los papeles al archivador y me quedé contemplando las musarañas. Había muchas cosas que quería saber y varias personas a las que hubiera podido preguntar, tales como el sargento Purley Stebbins y Lon Cohen de

*La Gaceta*, pero después de todo aquél era el despacho de Nero Wolfe.

A las once bajó, entró y se sentó en su sillón. Repasó la correspondencia que le había dejado sobre la mesa debajo del pisapapeles. No había nada de gran interés ni mucho menos urgente. Ladeó la cabeza, me miró y dijo:

—Lo lógico por tu parte hubiera sido subir a las diez en punto para saber las instrucciones, tal y como habíamos quedado.

Asentí.

—Lo sé, pero Cramer no se marchó hasta cinco minutos más tarde, y ya sabía cómo reaccionaría usted. ¿Quiere saber todos los detalles?

—Adelante.

Le expliqué lo que Cramer me había dicho. Cuando hube terminado se quedó con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados en silencio. Finalmente habló.

—¿Se lo has comentado todo?

—Sí. Usted dijo que desembuchara.

—Es cierto. Entonces Mr. Helmar pronto lo sabrá, si es que no lo sabe ya, todo lo referente a nuestra estratagema y dudo que valga la pena ponernos en contacto con él. Quería a su protegida sana y salva, según dijo, así que no hay cuestión.

Le llevé la contraria.

—Pero es nuestro único contacto, y

por muy resentido que esté, podríamos empezar por él. Tenemos que empezar por algo y por alguien.

—¿Empezar? —Se mostraba displicente—. ¿Empezar qué? ¿Para quién? No tenemos ningún cliente. No hay nada que empezar.

Lo más sencillo y directo hubiera sido subirme por las paredes y hubiera sido una satisfacción, pero después ¿qué? Me negué a ponerme furioso y mantuve el tono de voz tranquilo.

—No digo que ésa no sea una forma de verlo —contesté—, pero como mínimo hay otra. Ésta, por ejemplo: ella estaba aquí, quería quedarse, nosotros la echamos a patadas y la mataron. Creía

que eso habría hecho mella en su amor propio, del que tanto habló anoche. Pensaba que haría algo para investigar el asesinato. Y además tiene un cliente: su amor propio.

—¡Tonterías!

—Tal vez. —Mantuve la calma—.

Me gustaría explicarle de cabo a rabo porque pienso que deberíamos atrapar al tipo que asesinó a Priscilla Eads, pero no quiero quedarme sin aliento ni hacerle perder el tiempo sólo por gusto. ¿Serviría de algo?

—No.

—¿Ni tan sólo va a pensarlo?

—¿Por qué tendría que hacerlo? —

Agitó una mano—. No tengo ninguna

responsabilidad moral ni se me ofrece ninguna recompensa. No.

—De acuerdo. —Me incorporé—. Me parece que sé de qué va la cosa. Comprende usted que tengo un problema personal y que es diferente del suyo. Si la hubiera despedido tan pronto como supe lo que quería, ayer por la tarde, ¿estaría ahora en el depósito de cadáveres? Lo dudo. Cuando usted bajó y se la presenté, me dijo que la sacara de la casa antes de la cena. Si lo hubiera hecho, ¿estaría ahora en el depósito? Probablemente no. Fue culpa mía que no se marchara hasta casi medianoche y que decidiera ir a casa, no importa el porqué. Tal vez sólo para cambiarse de

vestido, o acaso decidió no entrar en el juego. Sea lo que sea, el caso es que fue a su apartamento y la liquidaron. Ése es mi problema personal.

—Archie. —Estaba malhumorado —. Ningún hombre puede sentirse responsable de los resultados de sus defectos psicológicos, especialmente los que comparte con la mayoría de los seres humanos; uno de ellos es la falta de sabiduría. Es una mentira que lo que uno no sabe, no puede hacerle daño; pero sí es verdad que lo que no se sabe, no te puede hacer sentir culpable.

—Sigue siendo mi problema. Puedo soportar vivir sin sabiduría, pero no puedo soportar vivir con un maldito

estrangulador suelto por ahí, agradecido de que le sirviera en bandeja a su víctima, y no voy a hacerlo. Si lo desea, me despido, pero yo preferiría tomar un permiso indefinido, a partir de ahora mismo. Sin cobrar, naturalmente. Puede poner a Saul en mi sitio. Me trasladaré a un hotel, pero supongo que no le importará que venga por aquí si necesito alguna cosa.

Me observó ceñudo.

—¿He entendido bien? ¿Tienes la intención de lanzarte sin ayuda de nadie a la caza del asesino de Miss Eads?

—No sé si será sin ayuda de nadie. Puede ser que tenga que contratar a alguien, pero voy a perseguirle.

—Fiuu. —exclamó con desdén—.

Es una sandez. ¿Es Cramer un chapucero? ¿Y sus hombres? ¿Todos tan ineptos que tienes que asumir su papel?

Le miré fijamente.

—Maldita sea. ¿*Usted* me dice eso?

Negó con la cabeza.

—No te dará resultado, Archie.

Estás tratando de coaccionarme, y no voy a caer en la trampa. No pienso emprender una operación cara y ardua, sin posibilidades de ganancias, únicamente porque te has sentido herido por las circunstancias. Tu farol no servirá de nada. Sería una locura por tu parte que lo intentaras... ¿Para qué quieres eso?

Estaba demasiado ocupado para contestarle. Me había quitado la chaqueta, había sacado del cajón una sobaquera y me la estaba colocando. Después, cogí una «Marley 32» y un cartucho de balas, llené el cargador, deposité la pistola en la sobaquera y volví a ponerme la chaqueta. Era una réplica para causar efecto en Wolfe, pero ése no era el único motivo. Después de una lamentable experiencia, varios años atrás, nunca salía de casa para una misión relacionada con un asesinato sin llevar un arma, así que me limitaba a seguir una costumbre.

Miré a Wolfe.

—Haré todo lo posible para que

quede claro que no estoy trabajando para usted. Algunas personas no van a creermelo, pero eso no puedo evitarlo. Volveré a recoger algunas cosas, y si no puedo hacerlo hasta dentro de unos días, le telefonaré para hacerle saber en qué hotel me hospedo. Si decide que es mejor darme por despedido, de acuerdo. Ahora no tengo tiempo para discutir, tengo que encontrar a un tipo antes del almuerzo.

Tenía los labios tensos y el ceño fruncido. Me di la vuelta y salí. Al pasar por el perchero del vestíbulo recogí mi sombrero de paja, no es que me guste hacer el ridículo con un sombrero en pleno calor, pero podía necesitarlo para

causar impresión. Bajé los siete escalones que conducían a la calle y me dirigí en dirección Este, como si supiera con exactitud a dónde me encaminaba. Dejé atrás la 10.<sup>a</sup> Avenida y giré. En la esquina de la Calle 34 entré en una cafetería, me senté en un taburete de la barra y pedí un batido de chocolate con yemas de huevo.

No había ningún tipo al que tuviera que encontrar antes de almuerzo. Me había marchado porque tenía que hacerlo en cuanto me había dado cuenta de que no existía la oportunidad de que Wolfe me echara una mano. No le censuraba; él no tenía un problema personal como el mío. No le di más

importancia. Hasta nuevo aviso, sólo tenía que preocuparme de utilizar mi tiempo y mis facultades: descubrir quién era el desconocido al que había enviado a Priscilla en taxi para que la estrangulara, y capturarlo para ser entregado en la dirección debida, con o sin ayuda. No tenía delirios de grandeza, tales como galopar por Broadway sobre un caballo blanco con su cabeza en el extremo de una lanza. Sólo quería atrapar a aquel bastardo, o al menos ayudar.

Consideré la posibilidad de la ayuda. Podía ir al inspector Cramer con mi problema y ofrecerme a seguir estrictamente las órdenes, si me

aceptaba como auxiliar para el caso. Tal vez lo hubiera hecho, de no ser porque era probable que Rowcliff hubiera ideado algunas de las órdenes. No hay nada en el mundo que pueda justificar que un hombre se ponga por propia voluntad a las órdenes de Rowcliff. Abandoné la idea. Pero entonces, ¿qué podía hacer? Si iba al apartamento de Priscilla no me dejarían entrar. Si podía entrar en el despacho de Perry Helmar, cosa difícil, se negaría a hablar conmigo. Tenía que encontrar una rendija en alguna parte.

Cuando terminé mi batido me bebí un vaso de agua en lugar de una copita de licor y después entré en una cabina,

marqué el número de *La Gaceta* y hablé con Lon Cohen.

—Ante todo —le dije—, esta llamada es a título personal. Nero Wolfe no está involucrado, ni tampoco tiene el menor interés. Aclarado esto, haz el favor de explicarme los hechos, conjeturas y rumores que tengan relación directa o indirecta con Miss Priscilla Eads y su asesinato.

—Oye chico, el periódico cuesta cinco centavos. Tengo trabajo.

—Yo también. No puedo esperar a que salga el periódico. ¿Ha dejado parientes?

—Ninguno en Nueva York que sepamos. Un par de tías en California.

—¿Sabes algo que no puedas decir por teléfono?

—Sí y no. Nada especial. ¿Conoces el testamento del padre?

—No sé nada en absoluto.

—Su madre murió cuando ella era una niña y el padre cuando tenía quince años. El dinero en metálico, renta y seguro de vida no era nada del otro mundo, pero estipuló un fideicomiso del noventa por ciento de las acciones de «Softdown, Inc.», una firma que gira diez millones de dólares, dedicada a la confección y distribución de toallas y géneros textiles. El administrador sería su amigo y abogado Perry Helmar. El ochenta por ciento de los ingresos de su

parte sería para Priscilla y al llegar a cumplir los veinticinco años todo debía pasar a sus manos. En el caso de que muriera antes de cumplir esa edad, las acciones pasarían a ser propiedad de los directores y empleados de la firma. Los nombres y cantidades que cada uno percibirían constaban en una lista anexa al testamento. La mayoría iba a parar en partes sustanciosas a menos de una docena. Bueno, la han liquidado seis días antes de su veinticinco cumpleaños. Es evidente que se trata de una pista, pero no es nada especial.

—Supongo que no. Maldito estúpido... Me refiero al padre. ¿Qué sabes del sujeto con el que se casó?

Tengo entendido que se largó con él. ¿De quién escapaba? Su padre ya había muerto.

—No lo sé. Tal vez del administrador; era su tutor. No sucedió aquí. Le conoció durante un viaje, creo que en Sudamérica. Hay pocas noticias sobre eso. ¿Qué intentas decir con que Wolfe no está involucrado ni interesado?

—Pues eso. Que no lo está.

—Ja, ja. Supongo que esta llamada es por encargo de un amigo. Salúdale de mi parte. ¿Ha valido la pena el dinero de la llamada?

—Por ahora sí. Te invito a un filete en «Pierre» a las siete y media.

Su voz expresó complacencia.

—Ésta es la mejor oferta que me han hecho hoy. Espero que pueda. ¿Me llamas a las siete?

—De acuerdo. Muy agradecido.

Colgué el auricular, abrí la puerta y saqué un pañuelo para secarme el sudor de la frente. En la cabina hacía un calor terrible. Abrí el listín telefónico de Manhattan, miré una dirección y después salí para cruzar la Calle 34 y tomar un taxi.

# 5

La sede social de «Softdown Incorporated», en el 192 de Collins Street, situada en lo que habían sido campos entre City Hall Park y Greenwich Village, no era una oficina ni un piso, era todo un edificio. La fachada de las cuatro plantas, alguna vez debió ser de ladrillo color claro, pero hubiera hecho falta un cincel o un chorro de arena para hacerle recobrar su tonalidad original. Sin embargo, las dos enormes cristalerías al nivel de la calle, una a

cada lado de la entrada, estaban tan limpias que centelleaban. En la parte interior de una de ellas aparecía una colección de toallas de baño en toda la gama de colores y medidas. Detrás de la otra, se veía un viejo armatoste con un cartel apoyado en uno de los travesaños y que decía:

Hargreaves — Hilandería Jenny  
1768

Las puertas estaban abiertas de par en par y entré. La parte izquierda del amplio vestíbulo se dividía en una serie de puertas, pero la derecha estaba ocupada por varias mesas llenas de

mercancías. Sólo se veían cuatro o cinco personas diseminadas. Detrás de un mostrador, donde aparecía el cartel «Información», había un vejestorio a cargo de la centralita que me pareció demasiado escéptica, por lo que pasé de largo y a la derecha vi a un tipo gordo que se estaba rascándola coronilla. Saqué la cartera, la abrí para mostrarle mi licencia con la fotografía y dije:

—Goodwin. Detective. ¿Dónde está el jefe?

Apenas prestó atención a mis credenciales.

—¿Qué jefe? —exclamó—. ¿Qué es lo que quiere?

Otro escéptico.

—Tranquilo. —Le hablé en tono oficial—. Estoy en un servicio relacionado con la muerte de Priscilla Eads. Deseo ver a alguien de aquí que pasará a poseer una parte del negocio debido a su defunción, si es posible empezando por altos cargos. Bien mirado podría empezar por usted. ¿Nombre por favor?

No parpadeó.

—Usted quiere ver a Mr. Brucker — replicó.

—De acuerdo. ¿Dónde está?

—Su despacho está al fondo, pero ahora está arriba, en el salón de reuniones.

—¿La escalera?

Levantó el pulgar.

—Por allí.

Me encaminé hacia la dirección que me había indicado y atravesé una puerta. La escalera era de la misma época que el edificio, pero los tramos y el suelo eran modernos y de plástico rígido. El segundo piso era un lugar de más ajetreo que el primero. Se veían hileras de mesas con máquinas de escribir, archivadores y armarios, y chicas, alrededor de un centenar. No hay forma más agradable de investigación que el estudio de un entorno animado, variopinto y en plena ebullición, como es el de unas oficinas con mucho personal, pero aquel día estaba

preocupado. Topé con una preciosa criatura de ojos oscuros y piel suave que manipulaba una máquina más grande que ella y le pregunté dónde estaba la sala de reuniones. Me señaló el otro extremo del despacho. Me dirigí hacia allí, encontré una puerta, la abrí y volví a cerrarla a mis espaldas.

Aquella sala estaba insonorizada, ya que tan pronto cerré la puerta, el ruido del despacho precedente se convirtió en un rumor lejano. Me encontraba en una estancia de tamaño mediano, cuadrada, con una hermosa mesa de caoba en el centro y sillas a juego. Una de las cinco personas reunidas a un extremo pudiera haber sido el tal Hargraves de 1768,

fundador de la hilandería, o como mínimo su hijo. Tenía el cabello blanco y el rostro surcado por profundas arrugas. Sus ojos, de un tono azul grisáceo, mantenían aún cierta vivacidad. Mostré mi licencia y dije:

—Goodwin. Detective. Se trata del homicidio de Priscilla Eads. ¿Es usted Mr. Brucker?

No era Brucker. Brucker era el que estaba sentado frente a él y a quien doblada en edad, si bien era medio calvo. Tenía un rostro macilento y la nariz afilada. Dijo:

—Yo soy Brucker. ¿Qué desea?

Ninguno de ellos se molestó en comprobar mi licencia, así que la volví

a guardar en el bolsillo, me senté en una silla y saqué el bloc de notas y el lápiz. Estaba pensando que si no exageraba la confianza en mí mismo, podría sacar algo en claro. Abrí la libreta en una hoja en blanco, sin prisas, y recorrí con la vista a los presentes hasta llegar a Brucker.

—Se trata sólo de unos preliminares. ¿Nombre completo?

—J. Luther Brucker.

—¿Qué significa esa J?

—Jay. J-a-y.

Lo escribí.

—¿Es usted directivo de la firma?

—Soy el presidente. Desde hace siete años.

—¿Cuándo y cómo se enteró del asesinato de Miss Eads?

—Esta mañana. Por la Radio. En las noticias de las ocho menos cuarto.

—¿Ha sido ésa la primera vez?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted anoche entre las diez treinta y las dos? En pocas palabras. Tan rápido como quiera. Sé taquigrafía.

—Estaba acostado. Me sentía cansado después de un día de mucho trabajo y me fui a la cama temprano, poco después de las diez.

—¿Dónde vive?

—Tengo una habitación con alcoba en el «Hotel Prince Henry», en

Brooklyn.

Le miré. Siempre miro dos veces a alguien que vive en Brooklyn.

—¿Es allí donde estaba anoche?

—Claro. Ahí está mi cama y yo estaba en ella.

—¿Solo?

—Soy soltero.

—¿Estuvo usted solo en su alcoba entre las diez y media y las dos de la mañana?

—Eso es.

—¿Podría usted corroborarlo de alguna forma? ¿Una llamada telefónica? ¿Cualquier cosa?

Su mandíbula se movía. Se estaba controlando.

—¿Cómo podría? Estaba dormido.

Le miré sin prejuicios, pero con reserva.

—Supongo que se hace cargo de la situación, Mr. Brucker. Varias personas saldrán beneficiadas de la muerte de Miss Eads, algunas de ellas de forma muy sustanciosa. Este tipo de preguntas deben formularse. ¿Cuánto heredará?

—Eso es del dominio público.

—Sí, por tanto usted lo sabe, ¿no?

—Por supuesto.

—Bien, si no le importa, ¿cuánto?

—Según lo estipulado en el testamento de Nathan Eads, hijo del fundador de la firma, recibiré diecinueve mil trescientas sesenta y dos

acciones del total. Igual parte corresponderá a otras cuatro personas: Miss Duday, Mr. Quest, Mr. Pitkin y Mr. Helmar. Paquetes menores irán a parar a manos de otras personas.

El hombre del cabello blanco me miró con sus ojos grises y profundos y dijo:

—Yo soy Bernard Quest. —La voz era firme y gruesa, sin rastro de debilidad—. Estoy en la compañía desde hace sesenta y dos años y fui jefe de ventas durante treinta y cuatro. Desde hace veintinueve años soy vicepresidente.

—Muy bien. —Lo anoté—. Quiero saber los nombres de todos. —Miré a la

mujer sentada a la izquierda de Quest. Era de mediana edad, tenía el cuello muy delgado y orejas pronunciadas. No llevaba maquillaje y me dio la impresión de que se trataba de una individualista—. ¿Usted?

—Viola Duday —contestó con voz clara y tan agradable, para mi sorpresa, que levanté la vista del bloc—. Fui la secretaria de Mr. Eads y en 1939 me nombró subdirectora. Él era entonces el director. Durante su enfermedad, los catorce últimos meses de su vida, me encargué de dirigir la firma.

—Nosotros ayudamos todo lo que pudimos —puntualizó Brucker.

Ella le ignoró.

—Actualmente soy subsecretaria.

Pasé a otro.

—¿Usted, señor?

Aquel tipo, a la izquierda de Viola, debía ser un hipócrita. Un rictus sospechoso fruncía sus labios. Era la clase de hombre que siempre ha aparentado tener cincuenta años. Al parecer estaba resfriado, ya que no dejaba de sonarse con un pañuelo.

—Oliver Pitkin —dijo con voz ronca—. Secretario y Tesorero desde 1937, cuando murió mi antecesor a los ochenta y dos años.

Empecé a pensar que la reunión que había interrumpido no se había convocado para discutir el precio de las

toallas. De los cuatro que Brucker había nombrado además de él, tres estaban allí, todos excepto Helmar. Eso no probaba nada contra todos o alguno de ellos, pero me hubiera gustado tener una grabación de lo que hablaban cuando yo había irrumpido. Concentré mi atención en la única persona aún sin nombre, y la única de las cinco que pudiera haber sido digna de interés en otro aspecto que el relacionado con el asesinato de Priscilla Eads. Por edad pudiera haber sido la nieta de Bernard Quest. En cuanto al físico, acaso hubiera podido mejorarse, pero era más que aceptable. Cierta tendencia de Brucker a volver la cabeza hacia la derecha, donde ella

estaba sentada, no me había pasado inadvertida. Le pregunté su nombre.

—Daphne O'Neil —dijo—. Pero no creo pertenecer a la lista de su bloc, Mr. Detective, ya que no aparezco en el testamento de Mr. Eads. Sólo era una niña cuando él murió y entré a trabajar en la firma hace sólo cuatro años. Ahora soy la diseñadora de «Softdown».

Su forma de hablar no era exactamente infantil, pero daba la impresión de que en cualquier momento pudiera serlo. Además, me había llamado Mr. Detective, lo cual me hizo pensar que una diseñadora de «Softdown» podía ser contemplada, pero no escuchada.

—Tal vez le interese saber —Viola Duday se ofreció con su clara y cálida voz—, que si Miss Eads hubiera vivido hasta el próximo lunes y se hubiera puesto al frente de la compañía, Miss O'Neil hubiera tenido que buscar otro empleo. Miss Eads no apreciaba el talento de Miss O'Neil. Acaso piense que es un detalle por su parte no hacerle perder el tiempo con ella, pero...

—¿Es esto necesario, Viola? —interrumpió Bernard Quest.

—Creo que sí. —Se mantuvo firme—. Soy una mujer inteligente, Bernie, y más realista que cualquier hombre, incluido tú. Nadie podrá ocultar nada, así que ¿por qué prolongar la agonía?

Van a averiguarlo todo. Que durante diez años antes del fallecimiento de Nate Eads habías intentado convencerle de que te entregara la tercera parte de la firma, y se había negado. Que nuestro Ollie —le miró, pero sin hostilidad— bajo su máscara de modestia y tenaz eficiencia, es un antifeminista convencido y que no soporta que una mujer posea o controle cualquier cosa.

—Querida Viola —Pitkin empezó a hablar, pero ella no le dejó.

—Mi ambición y ganas de poder son tan grandes que vosotros, cuatro hombres, por mucho que os temáis y desconfiéis unos de otros, aún más teméis y desconfiáis de mí, y sabíais que

cuando Priscilla entrara en posesión de la firma, yo sería su mano derecha. Se sabría que Daphne O'Neil... Cielos, vaya un nombre...

—Significa «Laurel» —aclaró Daphne.

—Ya lo sé. Que Daphne estaba jugando con Perry Helmar y con Jay para que se enfrentaran, y como el 30 de junio se estaba acercando, ella empezaba a estar desesperada y lo mismo ellos. Que Jay...

Lo que la hizo callarse fue que Daphne pasó la mano por delante de Pitkin y la golpeó en la boca. Fue algo rápido y certero, ya que a Viola no le dio tiempo a agachar la cabeza ni a

esquivar el golpe. Miss Duday levantó la mano como si se dispusiera a corresponder, pero se limitó a cubrirse los labios.

—Te lo has ganado, Vi —dijo Quest—. Y si pensabas que Ollie y yo estábamos contigo, te has equivocado.

—Hacía tiempo que lo deseaba —exclamó Daphne, en tono infantil—. Y volvería a hacerlo.

Estaba esperando a que Miss Duday continuara lo que había dejado, o que alguien dijera algo, pero al parecer la representación había terminado, así que me decidí a hablar.

—Miss Duday tiene razón —les dije—. No es que piense que esté en lo

cierto en cuanto a lo que ha dicho. De eso no sé nada. Pero es verdad que si tratan de ocultar alguna cosa, sólo prolongarían la agonía. Todo saldrá a la luz, lo bueno y lo malo, por tanto cuanto antes mejor. —Miré al presidente—. No estaría de más, Mr. Brucker, que siguiera el ejemplo de Miss Duday. ¿Cómo están las cosas bajo su punto de vista? Por ejemplo, esta reunión. ¿Qué finalidad tenía? ¿De qué estaban hablando?

Brucker inclinó la cabeza hacia atrás y me observó por encima de su afilada nariz.

—Decíamos que teníamos que aceptar el hecho de que la muerte de

Miss Eads, especialmente en estos momentos, nos colocaba en una situación muy desafortunada. Lo había hablado con Mr. Quest y decidimos hacerlo también con Miss Duday y Mr. Pitkin. Anteriormente se lo había comentado a Miss O'Neil y pensé que debía estar presente. Todos estábamos de acuerdo en que era impensable que nadie de nosotros, ni cualquier empleado de «Softdown» que ahora recibirá acciones de la firma, pudiera estar involucrado en el asesinato de Miss Eads. Nosotros...

—¿Miss Duday estaba de acuerdo en eso?

Ella misma me contestó.

—Por supuesto. Mire, joven, si usted creía que le estaba insinuando motivos razonables para un asesinato, me ha entendido mal. Únicamente le proporcionaba hechos, que a usted le podían parecer motivos razonables para asesinar. Usted estaba seguro de descubrirlos, no hice otra cosa que ahorrar tiempo.

—Ya comprendo. ¿De qué más hablaron, Mr. Brucker?

—Estudiamos qué debíamos hacer. Para ser más preciso, sopesábamos si debíamos asesorarnos legalmente y si bastaría con el abogado de la empresa, o si sería mejor uno especializado en estos casos. También hemos hablado del

asesinato. Ninguno de nosotros sabía de nadie que tuviera motivos para asesinar a Miss Eads, ni conocía a nadie capaz de hacerlo. Hemos comentado la carta de Eric Hagh, el ex marido de Miss Eads, que Perry Helmar recibió. ¿Sabía usted eso?

—Sí. Por Helmar. Asegura poseer un documento que le confiere la mitad de los bienes.

—Eso es. La carta fue enviada desde Venezuela, pero él pudo haber venido a Nueva York por barco o en avión. Incluso no hacía falta que lo hiciera; pudo haber contratado a alguien para que la matara.

—Ya. ¿Por qué?

—Esto no lo sabemos. Sólo tratábamos de encontrar una explicación lógica para el crimen.

Insistí.

—Sí, pero ¿por qué Eric Hagh? Si ella hubiera vivido una semana más, él contaría aún con el documento y hubiera podido reclamar una mayor parte de los bienes.

—Una posibilidad —sugirió Viola—, sería que ella negara que hubiera firmado tal documento, o que pensara que iba a hacerlo y temía quedarse sin nada.

—Pero ella confirmó haber firmado el documento.

—¿Ah, sí? ¿A quién?

No podía decirles que a Nero Wolfe y a mí, así que volví al tono oficial—. Yo soy el que hago las preguntas, Miss Dудay. Tal y como he dicho, se trata sólo de los preliminares, así que seguiré la forma rutinaria. —Miré a Daphne—. Miss O'Neil, ¿dónde estuvo anoche entre las diez treinta y las dos? Como...

Se abrió una puerta a mis espaldas, la misma por la que yo había entrado, y giré la cabeza. Había tres hombres, uno de ellos, el que se adelantaba, era un viejo conocido. Al verme, se quedó boquiabierto y dijo:

—¡Por todos los cielos!

Nunca ha habido una sola vez que la presencia del teniente Rowcliff de la

brigada de homicidios de Manhattan me haya hecho algún bien. No se me ocurre ninguna circunstancia en la que Rowcliff pudiera hacerme saltar de alegría. Pero, si tuviera una lista de momentos en los que nunca debiera aparecer, aquella estaría en el primer lugar.

—Quedas arrestado —dijo, embargado por la emoción.

Tuve que controlar el impulso que siempre tengo cuando le veo y que no voy a describir aquí.

—Por escrito —contesté.

—No necesito ninguna orden. Voy a llevarte... —Se acercó hasta mi silla y contempló al quinteto de Softdown—. ¿Quién de ustedes es Jay L. Brucker?

—Yo.

—Soy el teniente George Rowcliff del departamento de Policía. Abajo, este hombre ha dicho que era un agente. ¿Ha...?

—¿No lo es? —preguntó Brucker.

—No. ¿Ha...?

—Somos una manada de cretinos. —  
Espetó Miss Duday—. ¡Es un  
periodista!

Rowcliff levantó el tono de voz.

—No es periodista. Se llama Archie Goodwin y es el ayudante de Nero Wolfe, el detective privado. ¿Ha dicho que era policía?

Tres de ellos dijeron que sí. Desvió sus ojos saltones hacia mí.

—Te arresto por suplantar a un representante de la ley, lo cual es un delito. Espósale y regístrale, Doyle.

Sus dos colegas se acercaron. Puse ambas manos en los bolsillos del pantalón, me deslicé en la silla, de forma que la mitad de mi cuerpo quedó bajo la mesa. Hacer un registro y poner las esposas a un individuo de 80 kilos en tal posición requiere cierta actitud y músculos y estaba seguro de que sus colegas al menos lo reconsiderarían.

—Debe usted recordar —dije a Rowcliff—, que el tres de abril de mil novecientos cuarenta y nueve, por orden del comisario Skinner, firmó una disculpa por escrito a Mr. Wolfe y a mí.

La de esta vez será sólo a mi nombre, si es que me decido a aceptarla en lugar de hacer que le sancionen.

—Voy a arrestarte ahora mismo.

—No lo hará. Estas personas están nerviosas. Tanto abajo como aquí me he identificado con dos palabras, mi nombre y la palabra «detective». Les he mostrado la licencia, pero nadie se ha tomado la molestia de mirarla. No he dicho que sea policía. Soy un detective y eso es lo que he afirmado. He hecho algunas preguntas y ellos han contestado. Haga el favor de disculparse y olvidemos el asunto.

—¿Sobre qué hacías preguntas?

—Asuntos relacionados con la

muerte de Priscilla Eads.

—Referentes a un homicidio.

—Sí.

—¿Por qué?

—Como ciudadano interesado.

—¿Qué clase de interés? Mentiste al inspector Cramer. Le dijiste que Wolfe no tenía ningún cliente, pero aquí estás.

—No era una mentira. No tenía cliente.

—¿Pero tiene uno ahora?

—No. Ninguno.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Cuál es el interés?

—Propio. Estoy interesado por motivos personales y Mr. Wolfe no tiene nada que ver. Estoy actuando en nombre

propio.

—Cielo santo —por el tono de voz de Rowcliff, comprendí que había llegado al límite de la exasperación. Desde mi posición no podía ver su cara, pero por el rabillo del ojo distinguí su puño cerrado—. Así que Wolfe *tiene* un cli-ii-cliente. —Cuando llegaba a cierto grado de excitación tenía tendencia a tartamudear. Por lo general trataba de provocarle para que lo hiciera, pero en aquella ocasión dejé escapar la oportunidad. Y un cliente que no se atreve a dar a conocer. Y tú tienes el descaro de encubrirle mintiendo y diciendo que estás solo en esto. Tu insolencia...

—Escuche, teniente. —Le hablaba con seriedad—. Siempre ha sido un placer mentirle y siempre lo será, pero quiero que quede claro que mi interés en este caso es estrictamente personal. Tal y como le he dicho, Mr. Wolfe no tiene nada que ver. Si usted...

—Ya es suficiente. —El puño estaba más apretado y temblaba. Algún día sería más de lo que pudiera soportar y lo lanzaría contra mí. Mi reacción dependería del contexto, pero no se podía apostar a que no lo partiría en dos. Prosiguió—: Es más que suficiente. Dar información falsa, ocultar pruebas, obstrucción a la justicia y suplantar a un oficial de la ley. Llévatelo, Doyle, hay

alguien aquí que le soltará un mamporro.

Lo cumpliría. Reconsideré mi actitud con rapidez. A pesar de la situación actual, confiaba en proseguir más adelante mis relaciones con alguno o todos los que formaban el quinteto y no ayudaría nada el que me vieran sacado a rastras por un par de polis. Me incorporé, me apoyé en el respaldo de la silla y dije a Doyle:

—Por favor, tenga cuidado, siento cosquillas con facilidad.

# 6

A las seis menos cuarto de aquella tarde, estaba sentado en una silla de una pequeña habitación de un famoso edificio de Leonard Street. Estaba aburrido, desilusionado y hambriento. Si hubiera sabido lo que iba a suceder en los próximos sesenta segundos, a las seis menos catorce, mi punto de vista hubiera sido distinto, pero no lo sabía.

Me habían movido bastante, aunque todavía no me habían encerrado en el gallinero ni tampoco me habían tomado

declaración. Primero me habían llevado a la comisaría del Distrito 10, en la Calle 20 Oeste, donde está la oficina de Cramer. Me habían dejado abandonado durante media hora y después me habían informado que si deseaba ver a Cramer tendrían que conducirme a otro lugar. Yo no había dicho en ningún momento que quisiera ver a Cramer, pero estaba harto de estar sentado y cuando uno de los hombres uniformados me invitó a acompañarle, así lo hice. Me llevó en un taxi hasta el 240 de Centre Street, subimos en el ascensor y asiendo mi brazo me condujo por varias salas hasta dejarme en un hueco donde había un banco y me dijo que me sentara.

Después de un rato le pregunté a quién o qué esperábamos.

—Escucha, imbécil —preguntó con agresividad—: ¿Te doy la impresión de saber gran cosa?

Le contesté con una evasiva.

—A primera vista, no.

—Eso es. No tengo la menor idea de nada, así que no me preguntes.

Esto pareció zanjar la cuestión. Permanecí sentado. Gente, todo el surtido que uno espera y encuentra en el 240 de Centre Street, circulaba por los pasillos en ambas direcciones. Yo me encontraba en el punto de agitarme en el incómodo banco cada treinta segundos en vez de cada dos minutos, cuando vi a

un tipo con galones de capitán y le llamé.

—¡Capitán!

Se detuvo, dio la vuelta, me vio y se acercó.

—Capitán —dije—. Por favor. Mi nombre es Archie Goodwin, 914 de la Calle 35 Oeste, que es la dirección de Nero Wolfe. Este oficial tiene que estar a mi lado o podría escaparme. Le ruego que me envíe un fotógrafo. Deseo una instantánea con estas cosas puestas. —Levanté las manos esposadas—. Como prueba. Un híbrido de mono llamado Rowcliff me ha hecho esposar y tengo la intención de demandarle por arresto indebido y por exponerme a la

vergüenza, degradación y desprecio público.

—Veré lo que puedo hacer. —  
Contestó con amabilidad y se marchó.

Yo había apelado al capitán como distracción, para hacer algo, así que fue totalmente inesperado que veinte minutos después, un sargento se me acercara y preguntara mi nombre. Se lo dije.

Se encaró con mi carabina.

—¿Cómo se llama este hombre?

—Se lo acaba de decir, sargento.

—¡Se lo pregunto a usted!

—No lo sé con seguridad, sargento.

En Homicidios dijeron que su nombre era Archie Goodwin, tal y como acaba

de afirmar.

El sargento dijo algo no muy agradable, miró las esposas, sacó un manojo de llaves y las abrió. Mis manos quedaban libres. No he vuelto a ver al capitán ni sé cómo se llama, pero si alguna vez alguien se encuentra esposado en esa comisaría que pregunte por un capitán de unos cincuenta a cincuenta y cinco años, nariz roja y doble barbilla que lleva gafas de montura metálica.

Poco después llegó otro sargento con órdenes y volví a ser transportado a Leonard Street, a la planta del Fiscal del Distrito, e introducido en una sala. Allí al menos me prestaron atención. Un tipo

de Homicidios apellidado Randall, al que conocía de vista, y un ayudante del fiscal que nunca antes había visto, llamado Mandelbaum, me interrogaron durante una hora y media y aunque ninguno de ellos dijo nada, tuve la impresión de que no iban a procesarme. Cuando se marcharon, ni siquiera dejaron un centinela, se limitaron a decirme que esperara. La tercera o cuarta vez que miré el reloj después de su marcha eran las seis menos cuarto.

Tal y como decía, estaba aburrido, desilusionado y hambriento. Un encuentro con Rowcliff era suficiente para estropear el día, y eso sólo era una parte. Tenía que encontrarme con Lon

Cohen a las siete y media para invitarle a cenar, como le había prometido, y después ir a casa y hacer el equipaje, antes de buscar una habitación en un hotel. Por ahí ningún problema, pero no había ni que decir lo que habrían fastidiado a Wolfe. Y si regresaba a casa lo más probable es que me estuviera esperando. Tampoco me importaba dormir en un hotel, pero ¿qué haría por la mañana cuando saliera a la calle? ¿Qué planes tenía? Me encogí de hombros y pensé que Lon me proporcionaría algo con qué empezar. Por tanto, decidí llamarle de inmediato en lugar de esperar a las siete. En la sala donde me hallaba no había teléfono, así

que salí al pasillo, miré a derecha e izquierda y me encaminé a la izquierda. Había puertas a ambos lados, todas cerradas. Prefería una que estuviera abierta y con el teléfono a la vista por lo que seguí adelante. No había suerte. Pero, casi al final del pasillo la última puerta a la izquierda estaba entreabierta y al acercarme oí una voz. Ése era el hecho al que me refería, que había ocurrido a las seis menos catorce..., escuchar aquella voz en aquella sala. A doce pasos se oía, a los cinco se reconocía y cuando me encontré a pocos centímetros de la ranura las palabras eran inteligibles.

—Toda esta función —decía Nero

Wolfe—, está basada en una suposición idiota —lo cual es natural e inevitable ya que Mr. Rowcliff es el rey de los imbéciles—, la suposición de que Mr. Goodwin y yo somos unos cretinos. No niego que alguna vez, tiempo atrás, he sido menos que cándido con ustedes. Debo reconocer, para complacerles, que he disparatado y engañado para conseguir mis propósitos. Pero tengo aún mi licencia y ya saben lo que eso significa. Significa que puesto en la balanza, pesa más lo que he ayudado que lo que he perjudicado... no a la comunidad, eso es otro asunto, sino a usted, Mr. Cramer, a usted, Mr. Bowen, y por supuesto a los demás.

Así que la fiscalía de distrito estaba entre la audiencia.

—Quiere decir también que he aprendido a saber dónde tengo que detenerme y Mr. Goodwin también. No hemos fallado a nuestra regla de honor y ustedes lo saben. Pero, ¿qué ha ocurrido hoy? Siguiendo mi costumbre, a las cuatro de esta tarde subí a mi invernadero para pasar mis dos horas de distracción. No llevaba allí mucho tiempo cuando escuché revuelo y bajé a investigar. Era Mr. Rowcliff. Se había aprovechado de la ausencia de Mr. Goodwin, a quien teme y envidia, y había entrado en mi casa por la fuerza y...

—¡No es cierto! —Era la voz de Rowcliff—. Llamé y...

—¡Cállese! —rugió Wolfe y me dio la impresión de que la puerta retumbaba. A continuación prosiguió sin gritar, pero tampoco en tono amable—. Como todos ustedes saben, un policía no tiene más derecho a entrar en una casa que cualquier otra persona, excepto bajo ciertas y bien definidas circunstancias. Pero este derecho es usurpado muy a menudo, como hoy, cuando mi cocinero abrió el pestillo de la puerta y Mr. Rowcliff la empujó con violencia, entró, apartó a mi empleado a un lado e ignorando sus protestas, subió de forma ilegal tres tramos de escalera, irrumpió

en mi invernadero y violó mi intimidad.

Me apoyé en la pared y me puse cómodo.

—Fue lo suficientemente estúpido como para pensar que hablaría con él. Como es natural, le ordené que se marchara. Insistió en decirme que debía contestar algunas preguntas. Cuando reiteré mi negativa y me dispuse a abandonar el invernáculo, me lo impidió, mostró un mandato de arresto como testigo presencial de un caso de asesinato y me puso una mano encima. —Bajó el tono de voz y sonó glacial—. No tolero que me pongan una mano encima, caballeros. Y mucho menos de la forma en que lo hizo Mr. Rowcliff. Le

indiqué que me diera sus instrucciones por la autoridad que le confería el mandato, con el mínimo de palabras y sin tocarme. No me estoy jactando de mi extrema sensibilidad al roce hostil, ya que es compartido por todos los animales, lo menciono únicamente como uno de los motivos que me impulsaron a negarme a hablar con Mr. Rowcliff. Me puso bajo custodia, me sacó de mi casa y en un desvencijado coche de Policía con un chófer impetuoso y presa de paroxismo, me trajo a este edificio.

Me mordí el labio. Aunque el hecho de que también él hubiera sido arrestado y custodiado no dejaba de tener su encanto, la causa adicional de que yo

fuera el responsable no me permitía reírme. Así que no lo hice. Seguí escuchando.

—Me había hecho cargo, con gran generosidad, de que alguna equivocación, incluso comprensible, había llevado a Mr. Rowcliff a tal exceso de celo. Pero, acabo de saber por usted, Mr. Bowen, que se ha tratado tan sólo de una insensatez digna de un bobo. Acusar a Mr. Goodwin de hacerse pasar por un policía es infantil; no sé lo que él dijo o hizo, pero no es preciso. Conozco a Mr. Goodwin y tengo el convencimiento de que no pudo ser tan necio. Acusarle a él, actuando en mi nombre, de proporcionar información

falsa tal vez no sea infantil, pero es una locura. Ustedes sospechan que he sido contratado por alguien relacionado, ya sea de forma inocente como culpable, con la muerte de Miss Eads y Mrs. Fomos, que quería ocultarlo y que Mr. Goodwin fue a esa firma hoy, siguiendo mis instrucciones y que, al negarlo, está mintiendo.

—Sé muy bien que está mintiendo — exclamó Rowcliff.

—El trato era —contestó Wolfe— que hablaría sin ser interrumpido. Afirmo que la acusación no tiene sentido. Si Mr. Goodwin está siguiendo mis instrucciones, ¿piensan que no hubiera considerado las posibilidades?

¿Les parece probable que me hubiera detenido o desviado por banalidades como esposarle... —sí, Mr. Rowcliff se ha vanagloriado de esto—, o como haberme arrastrado hasta aquí en un vehículo inseguro? Sospechan que tengo un cliente, que sé algo que ustedes no saben, y desearían saber y que pueden obligarme a confesarlo. No pueden hacerlo, ya que no sé nada. Pero aciertan al creer que tengo un cliente. Lo admito.

La voz de Rowcliff profirió una exclamación que pareció un grito de triunfo. Yo pensé para mí: «Por fin aquí está, el muy golfo tiene un cliente.»

Wolfe continuó.

—No tenía cliente esta mañana, ni

tan sólo hace una hora, pero ahora sí. Los espasmos de cólera de Mr. Rowcliff, tolerados por ustedes, han hecho el desafío inevitable. Cuando Mr. Goodwin dijo que yo no tenía nada que ver en el asunto y que actuaba por cuenta propia decía la verdad. Como ustedes saben, no es indiferente a esas cualidades de las mujeres que constituyen un gran incentivo en la vida de la mayoría del género masculino. Es especialmente vulnerable a las mujeres que no sólo poseen ese tipo de encantos que saltan a la vista, sino que también tienen el don de estimular su pasión por la gallardía y la aventura. Priscilla Eads era este tipo de fémina. Pasó algún

tiempo con Mr. Goodwin ayer; la encerró en un dormitorio de mi casa. Tres horas después de que la pusiera en la calle por orden mía, fue asesinada brutalmente. No diré que el efecto que eso le causó le trastornara, pero sí que le causó gran impacto. Salió de mi casa como un hombre obsesionado, después de comunicarme que iba a perseguir al asesino y de tomar un arma. Era patético, pero también humano, romántico y digno de admiración, por lo que el trato grosero y cruel a que le han sometido no me deja alternativa. Estoy a su servicio. Él es mi cliente.

La voz de Rowcliff sonaba incrédula.

—¿Está usted diciendo que *Archie Goodwin* es su cliente?

Bowen, el Fiscal de Distrito, puntualizó.

—¿Este galimatías nos ha llevado a eso?

Abrí la puerta y entré.

Ocho pares de ojos se clavaron en mí. Aparte de Wolfe, Bowen, Cramer y Rowcliff, estaban los dos tipos que me habían interrogado y otros dos que no conocía. Me acerqué a Wolfe. Me hubiera gustado decirle que había oído lo que había dicho ante testigos, pero igualmente quería hacerle ver con claridad que su nuevo cliente apreciaba fervorosamente tal honor.

—Estoy hambriento —le dije—. He tomado un batido como almuerzo y podría devorar un puerco espín con las púas. Vayamos a casa.

Su reacción fue humana, romántica y digna de admiración. Como si lo hubiéramos ensayado una docena de veces, se levantó sin decir una palabra, recogió el sombrero y el bastón de una mesa cercana, se acercó, me dio una palmadita en el hombro y gruñó al público.

—Esto es «Un paraíso de puerilidad». —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Le seguí. Nadie nos interceptó.

Como conocía el edificio mejor que

él, le conduje por el pasillo, bajamos y salimos a la calle. En el taxi se mantuvo con los labios apretados y agarrado a la correa. No conversamos. Al llegar a casa pagué al conductor, me apeé y abrí la portezuela para que él también lo hiciera, le precedí en la escalera y abrí con mi llave. No era suficiente. La puerta se abrió unos centímetros y quedó trabada por la cadena del cerrojo, así que llamé al timbre. Fritz acudió y nos hizo pasar. Wolfe nos recomendó:

—Nunca más esa puerta sin la cadena. ¡Nunca más! —A continuación preguntó a Fritz—. ¿Te has ocupado de los riñones?

—Sí, señor. En vista de que no

telefoneaba.

—¿La masa de hojaldre y el azúcar quemado?

—Sí, señor.

—Perfecto. Cerveza, por favor.

Estoy tan seco que parezco oxidado.

Dejó el sombrero y el bastón y entró en el despacho. Le seguí. Durante horas había soportado el sudor en la parte de mi piel cubierta por la sobaquera y me sentí aliviado al desprenderme de ella. Después de eso, no me senté ante mi mesa, sino que me acomodé en el sillón de cuero rojo, el sillón donde se habían sentado miles de clientes, para no hablar de otros miles que nunca habían conseguido serlo. Me recliné hacia atrás

y crucé las piernas. Entró Fritz con la cerveza y Wolfe la abrió, se sirvió y bebió.

Me miró y dijo:

—Bufón.

Negué con la cabeza.

—No, señor. El que me haya sentado aquí no es ninguna broma, sino para evitar malentendidos. Como cliente, cuanto más cerca de usted, mejor. Como empleado, no hay nada que hacer hasta que mi problema personal esté solucionado. Si es cierto lo que dijo antes, haga el favor de comunicarme qué cantidad desea como anticipo y le extenderé un cheque. Si no lo es, lo único que puedo hacer es salir de esta

casa como un hombre obsesionado.

—¡Diablos, no tengo escapatoria!  
¡Me he comprometido!

—Sí, señor. ¿Qué me dice de un anticipo?

—¡No!

—¿Le importaría escuchar cómo he pasado el día?

—Importarme no. Pero, ¿cómo podría evitarlo?

La di una explicación completa. Poco a poco, mientras apuraba el tercer vaso de cerveza, las arrugas de la frente se fueron suavizando. Daba la impresión de que no me escuchaba, pero ya hacía mucho tiempo que había aprendido a no preocuparme por ello. Todo estaría en

su mente para cuando lo necesitara.  
Cuando terminé, dijo:

—¿A cuántas de esas cinco personas podrías citar aquí mañana a las once?

—¿Así, sin más? ¿Sin cebo?

—Sí.

—Apuesto a que a ninguna, pero estoy dispuesto a intentarlo. Puedo enterarme de algo provechoso por Lon Cohen si le invito a un buen filete... y por cierto, debería llamarle.

—Hazlo. Invítale a cenar con nosotros.

A simple vista la sugerencia parecía amable y generosa, y tal vez lo fuera, pero la situación era complicada. Si nos hubiéramos ocupado del caso en la

forma habitual y después de la información, hubiera llevado a Lon a «Pierre», la factura hubiera ido a la cuenta de gastos y nos hubiera sido reembolsada. Pero así, la cosa cambiaba. Si la hubiera anotado como gasto, Wolfe tenía que cargar con ella, a no ser que me la hiciera pagar como cliente. Si no la anotaba, era yo el que debería cargar con la cuenta y por tanto no sería deducida en la declaración de la renta, ni de la de Wolfe ni de la mía, lo cual no podía ser.

Así que telefoneé a Lon, que aceptó y comió riñones al estilo escocés y pastelillos de manzana caramelizados, en lugar del solomillo en «Pierre», lo

cual era práctico y económico, pero tenía un inconveniente. Me explicaré. Por lo general, me hubieran correspondido seis de aquellos pastelillos y en dicha ocasión tuve que conformarme con cuatro. Wolfe tuvo que contentarse con siete en lugar de diez. Se comportó como un caballero, llenando el hueco con ración doble de ensalada y queso.

De nuevo en el despacho, después de la cena, tenía que plantear el caso a Lon. Estaba atiborrado de comida tan sabrosa como cualquier hombre hubiera podido desear y lo mismo de vino, pero no estaba confuso. Al haberle telefoneado dos veces y haberle invitado

a cenar, le había dado la oportunidad de aceptar o rechazar, fueran las que fuesen nuestras intenciones. Sentado en uno de los sillones color crudo, sorbiendo «B & B», sus ojos miraban a Wolfe y a mí alternativamente.

El pecho de Wolfe se hinchó con un profundo suspiro.

—Me encuentro en un apuro, Mr. Cohen —confesó—. Me he comprometido a investigar un asesinato y no tengo ninguna pista. Cuando Archie le dijo hoy que no estaba interesado en el asesinato de Miss Eads era verdad, pero ahora lo estoy y necesito algo con qué empezar. ¿Quién la mató?

Lon negó con la cabeza.

—Tenía la intención de preguntárselo. Como usted debe saber, es del dominio público que ella estuvo aquí ayer, que se marchó poco antes de que la asesinaran, por tanto todo el mundo da por sentado que usted está trabajando en el caso. ¿Desde cuándo necesita una pista?

Wolfe lo miró de soslayo.

—¿Me debe algo, Mr. Cohen, o yo se lo debo a usted?

—Podríamos dejarlo en un empate.

—Muy bien. Entonces supongo que tengo crédito. Leeré su periódico por la mañana y también otros, pero ya que estamos aquí, ¿le importaría hablar de ello?

Lon dijo que no le importaba y se apresuró a demostrarlo. Estuvo charlando durante casi una hora y contestando preguntas de Wolfe y unas pocas más y cuando terminó, puede decirse que estábamos mejor informados, pero no teníamos nada que pudiera parecerse a una pista.

Helmar, Brucker, Quest, Pitkin y Miss Dудay no sólo poseerían el ochenta por ciento de las acciones de «Softdown», sino que controlarían la distribución de otro diez por ciento para los empleados, con poder para decidir quiénes recibirían aquella parte. Eso sumaba el noventa por ciento dispuesto en el testamento del padre de Priscilla.

El diez por ciento restante había pertenecido a un socio de la firma, ya fallecido, y ahora estaba en manos de su hija, una tal Mrs. Sarah Jaffee, viuda. Mrs. Jaffee había sido amiga íntima de Priscilla Eads. Habían matado a su marido en Corea hacía un año.

Entre los periodistas masculinos, el sospechoso favorito era Oliver Pitkin, por ningún motivo convincente. Entre las femeninas, la candidata era Viola Dудay. No se había descubierto que ninguno de los cinco mayores beneficiarios tuviera dificultades financieras o fuera excesivamente rencoroso, codicioso o sanguinario, pero como cada uno de ellos recibiría una certificación

valorada en un millón y medio, el consenso era que tales pruebas no eran necesarias. Por lo que sabía la Prensa, ninguno de ellos había sido descartado por coartadas u otras circunstancias. De los casi sesenta reporteros de todos los periódicos y agencias de noticias que seguían el caso, como mínimo la mitad estaban seguros de que Daphne O'Neil estaba involucrada de una u otra forma y estaban decididos a descubrirlo.

La noticia de que Priscilla había pasado siete de sus últimas horas en este mundo en la casa de Wolfe había llegado hasta Perry Helmar, que lo había sabido por un ayudante del Fiscal de Distrito. Helmar se lo había comunicado a un

hombre de la agencia «City News» a media tarde y una hora después, rehusando hablar con los periodistas, había redactado un comunicado con respecto a su visita a Wolfe y la «crueldad del fraude» del que había sido objeto. El comunicado se había publicado en los periódicos de la tarde. No lo decía, pero insinuaba con bastante claridad, que si Wolfe no hubiera ocultado a Helmar la presencia de Priscilla en su casa, ella no hubiera sido asesinada. El periódico de Lon, *La Gaceta*, dedicaría un apartado de cartas al director con aquel tema. Cuando Lon mencionó ese detalle, hizo una pausa para invitarle a un comentario que no

llegó.

La vida de Priscilla Eads había estado complicada por una serie de fases que había atravesado. Después del fallecimiento de su padre, cuando tenía quince años, su hogar había sido el de los Helmar, pero la mayor parte del tiempo había estado interna en un colegio, donde se graduó con brillantez. De repente, unos meses antes de cumplir los diecinueve años, había dejado la Universidad a mitad del semestre y anunciado a los amigos que deseaba sentirse libre. Alquiló un apartamento en Greenwich Village, contrató una doncella, cocinera y mayordomo y empezó a organizar fiestas. En pocos

meses se hartó del Village, pero la información de Lon sobre sus siguientes pasos era un poco imprecisa. Según tenía entendido un colega de *La Gaceta*, su doncella había decidido ir a Nueva Orleáns para visitar a su madre enferma y Priscilla, dispuesta a aprovechar cualquier excusa para escapar del Village, y especialmente de su celador, Perry Helmar, que no dejaba de repetirle que debía volver a la Universidad, compró billetes de avión para la sirvienta y para ella y se largaron.

Era probable que en Nueva Orleáns, pero podía ser también en alguna otra ciudad de los alrededores, hubiera conocido a Eric Hagh. Sobre este punto

Lon se había mostrado aún menos concreto, pero era seguro que le había conocido, se había casado con él y habían marchado a algún lugar de Sudamérica, donde él tenía algo que hacer. También era seguro que tres meses después apareció de nuevo en Nueva York, acompañada por la doncella con la que se había ido, pero sin el marido. Compró una casa en el campo, cerca de Mount Kisco, y empezó a salir con hombres. Durante dos años cambió de amante como de camisa, al parecer con la idea de que cuanto mayor era el escándalo, más divertido resultaba. Con el tiempo aquello perdió su atractivo y se marchó a Reno, se

quedó el tiempo estipulado, consiguió el divorcio, regresó a Nueva York, y se unió al Ejército de Salvación.

Al llegar a aquel punto le miré fijamente porque creía que Lon se lo había sacado de la manga. Priscilla Eads, tal y como yo la había conocido, con el vestido color melocotón y la chaqueta entallada, era muy difícil de imaginar con vestido negro y pandereta. Sin embargo, Lon lo había dicho en serio, sin ningún toque de fantasía.

Priscilla había permanecido con el Ejército de Salvación durante casi dos años, de uniforme, trabajando siete días a la semana, abandonando a todos sus antiguos amigos y sus costumbres, y

viviendo modestamente, si no de forma frugal. Después, de repente..., siempre lo había hecho todo de repente..., dejó el Ejército, se trasladó a un piso dúplex de la Calle 74 Este y empezó a interesarse activamente, por primera vez, en los asuntos de «Softdown Incorporated». Esto había despertado diversas opiniones. Se sabía que habían habido fricciones entre ella y su antiguo celador, Perry Helmar, todavía administrador de los bienes que pronto serían suyos. También se sabía que algunos meses atrás, ella había despedido a Daphne O'Neil, a quien ordenó abandonar la firma y no volver a poner los pies allí y que tal despido

había sido anulado por los directivos de la compañía, respaldados por Helmar, que ostentaba legalmente el control. No constaban amenazas ni ataques personales.

Los hechos del lunes por la noche estaban perfectamente establecidos. Según el chófer del taxi en el que había dejado a Priscilla, ella le había dicho que la llevara a la Grand Central Station. Una vez allí, le comunicó que había cambiado de idea: quería ir a dar una vuelta por Central Park. La complugo. Cuando, después de rodear tranquilamente Central Park, ella le había explicado que estaba reflexionando sobre algo y que quería

dar otra vuelta, el hombre actuó con prudencia y le habló de dinero. Ella le entregó un billete de diez. Cuando estaban terminando el circuito por segunda vez, le dieron una dirección, 618 Calle 74 Este, y la llevó allí. Llegaron poco después de la una. La ayudó a bajar el equipaje del taxi y a llevarlo hasta la puerta de entrada, que ella abrió con su llave. Regresó después al taxi y se marchó.

En general, tanto la Policía como la Prensa, tenían la impresión de que el asesino estaba en el apartamento esperándola y que había entrado con la llave que la doncella, Margaret Fomos, llevaba en el bolso. Por tanto ya había

matado a Margaret para robarle el bolso, sin que necesariamente lo hubiera planeado de aquella forma. Podía ser que hubiera creído poder conseguir el bolso a menor precio, pero había sido reconocido por ella. Y ella, dado que hacía años que estaba con Priscilla, hubiera reconocido a cualquiera con un cierto grado de amistad con Priscilla.

Llené medio bloc con la información que Lon nos proporcionó, pero creo que con los ejemplos anteriores es suficiente para hacerse una idea. Después de haberle acompañado hasta la salida, volví al despacho y encontré a Wolfe con la barbilla sobre el pecho y los ojos cerrados. Sin abrirlos, preguntó qué

hora era y le contesté que las diez y media.

Gruñó.

—Demasiado tarde como para ser bien recibido. ¿Qué hora es en Venezuela?

—Por Dios, yo qué sé.

Me encaminé hacia el Globo terráqueo que está al lado de la librería, pero él llegó antes. Cualquiera cosa servía de excusa para consultar el Globo. Recorrió con el dedo un meridiano, empezando por Quebec y finalizando en el Ecuador.

—Varios grados al Este. Una hora más tarde, supongo. —Hizo girar el Globo con el semblante contrariado.

Creí que se trataba de un embuste y lo tomé a mal.

—Está cerca del Canal de Panamá —sugerí—. Inténtelo por el otro océano. Por las Galápagos. Allí sólo son las nueve y media.

No se dio por enterado.

—Coge tu bloc de notas —gruñó—. Si estoy metido en este asunto, lo estoy. Tu programa para mañana.

Obedecí.

>

# 7

Es posible que mi concepto de lo que es una viuda se formara durante mi primera infancia en Ohio, debido a un personaje llamado la viuda Rowley, que vivía enfrente de nuestra casa. He conocido a otras después, pero el concepto nunca se me ha borrado del todo, por tanto siempre es un elemento de choque cuando encuentro a una mujer catalogada como viuda y veo que tiene dientes, no refunfuña continuamente y puede caminar sin bastón.

Mrs. Sarah Jaffee no contaba con las desventajas citadas. Podía ser que tuviera algo más de un tercio de la edad de la viuda Rowley, pero no mucho más. Para descubrirlo sólo necesité una ojeada cuando me hizo pasar al apartamento del sexto piso de la Calle 80 Este. Aquel vistazo me proporcionó también un ligero sobresalto. A pesar de que eran las diez de la mañana de un agradable y soleado día de jímio, allí, en el vestíbulo, sobre el respaldo de una silla había un abrigo de hombre y sobre una reluciente mesilla un sombrero de fieltro. No demostré sorpresa, para mis adentros pensé, mientras me hacía pasar a un lujoso salón, que ya que había

telefoneado pidiéndole permiso para visitarla y, por tanto, me esperaba, podría haberse tomado la molestia, como viuda que era, de ocultar aquellas prendas.

Después de atravesar el salón, llegamos a otra pieza donde había dispuesta una mesa de desayuno para dos. No puedo decir que me sonrojara, pero me dio la sensación de que no había sido suficientemente explícito.

—Estaba en la cama cuando telefoneó —dijo, mientras se sentaba y cogía una cucharilla—. Supongo que habrá desayunado, pero, ¿qué le parece un poco de café? Siéntese. No, ahí no, ése es el sitio de mi marido. ¡Olga! ¡Una

taza de café, por favor!

Una puerta se abrió y entró una valquiria con una taza y un plato en la mano.

—En una bandeja, cielo —dijo Mrs. Jaffee y la valquiria se dio la vuelta y desapareció. Antes de que la puerta hubiera dejado de oscilar, entró de nuevo con la taza y el plato en una bandeja y aparté los pies para evitar que tropezara. Cuando se marchó cogí la taza que mi anfitriona me tendía y me dirigí a una silla en el lado opuesto. Ella hundió la cucharilla en el melón.

—No se preocupe —dijo para tranquilizarme—. Estoy loca, eso es todo. —Abrió la boca para introducir la

cucharada de melón y no había duda de que tenía dientes, y muy bonitos. Tomé un sorbo de café, que por cierto era imbebible para un hombre acostumbrado al de Fritz.

—Usted sabe que mi marido murió —afirmó.

Asentí.

—Eso tenía entendido.

Comió un poco más de melón y lo dejó a un lado.

—Estaba en la reserva, era comandante, técnico de transmisiones. Cuando se marchó, un día de marzo, hace un año, dejó el abrigo y el sombrero allí en el vestíbulo. No los guardé. Al saber que lo habían matado,

tres meses después, seguían allí. De esto hace un año y ahí están. Estoy harta de verlos, me pone enferma, pero continúan en el mismo sitio.

Hizo un ademán.

—Éste es su sitio para el desayuno y también me pone enferma. ¿No le sorprendió cuando le dije por teléfono que podía venir en seguida? ¿Usted, un desconocido, un detective que quería hacerme preguntas sobre un asesinato?

—Sí, tal vez un poco —asentí para no contrariarla.

—Claro. —Depositó una rebanada de pan en la ranura de la tostadora y tomó otra cucharada de melón—. El caso es que no tengo valor para

guardarlos. Hace poco decidí dejar de comportarme como una boba y encontré la forma. Un hombre lo haría en mi lugar. Un hombre se sentaría conmigo para desayunar, en el lugar de Dick, mi marido, y le pediría que se llevara el dichoso abrigo y el sombrero. ¿Sabía usted eso?

Contesté que no.

Terminó el melón, sacó la tostada y la untó con mantequilla.

—¡No había ningún hombre a quien pudiera pedírselo! De todos los que conocía, ni uno solo lo hubiera comprendido. Pero estaba decidida a llevarlo a cabo de esa forma. Esta mañana, cuando usted ha telefoneado,

estaba temblando, ha sido tan horrible lo de Pris, la forma en que murió, pero he pensado, este hombre es un desconocido, no me importa que lo comprenda o que no, puede sentarse a desayunar conmigo y después llevarse el abrigo y el sombrero.

Hizo una mueca.

—¿Ha visto lo que he hecho? —Se imitó a sí misma—. Supongo que habrá desayunado. No, ahí no, éste es el sitio de mi marido. —Me ha faltado el valor—. ¿Piensa usted que estoy loca?

Me levanté, rodeé la mesa y me senté en la silla que estaba a su derecha. Desdoblé la servilleta, levanté el plato, alargué el brazo y exclamé:

—Esa tostada, por favor.

Me miró sin comprender durante tres segundos antes de mover una mano para alcanzarme la tostada. La mano era bastante firme.

—Perdone —dije—. Pero supongo que tengo que comer algo si quiere que su plan siga adelante, aunque, ¿no tendría un poco de mermelada o miel?

Se levantó y salió por la puerta batiente. Al instante regresó con una bandeja con diversos tarros de mermelada. Escogí una de ciruela. Ella hizo otra tostada, la embadurnó de mantequilla y la mordisqueó. Sirvió más café. Terminó la tostada antes de hablar.

—Si no se hubiera mostrado brusco

con el pan, creo que me hubiera echado a llorar.

—Sí, eso me pareció.

—¿Se llevará el abrigo y el sombrero?

—Por supuesto.

Me observó con el ceño fruncido. Alargó la mano como si tuviera la intención de rozar mi brazo, pero se detuvo.

—¿Quiere decir que lo comprende?

—Caray, no; sólo soy un desconocido. —Dejé la taza de café—. Mire, Mrs. Jaffee, el asunto es éste. Nero Wolfe está investigando el asesinato de Priscilla Eads para un cliente. Como le he dicho por teléfono,

no tenemos ni idea de lo que pueda saber sobre el asesinato, ya sea de forma directa o indirecta, pero acaso tenga información que pueda ayudarnos. Usted heredó de su padre el diez por ciento de las acciones de «Softdown Incorporated», y durante un tiempo fue la mejor amiga de Priscilla Eads. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—¿Cuándo la vio por última vez?

Después de pasar la servilleta por los labios y los dedos la dejó sobre la mesa, apartó la silla y se levantó.

—Estaremos más cómodos en el salón —dijo, y empezó a caminar. La seguí. Entramos en el salón que parecía

menos caluroso con las persianas venecianas entreabiertas, dejando pasar unos tenues rayos de luz. Los sofás estaban forrados de tapicería azul claro y daban la impresión de que nadie antes había estado sentado en ellos. Ofreció cigarrillos de una caja de esmalte y encendió uno. Ella se sentó en un enorme diván y yo en un sillón.

—¿Sabe? —dijo—. Mi mente es una cosa muy extraña. Me parece que no hay duda de que estoy chiflada. Ahora que acaba de preguntarme cuándo vi a Pris por última vez, me he dado cuenta de que alguien lo hizo.

—¿Hizo qué? ¿Matarla?  
Asintió.

—No sabía nada, hasta que anoche un amigo me lo comunicó por teléfono. No leo los periódicos de la tarde y aún no he visto los de esta mañana. Es probable que tampoco lo hubiera leído, ya que no soporto ese tipo de cosas. Supongo que cierro los ojos para evitar ver lo que no quiero. Así que sabía que Pris estaba muerta, que había sido encontrada estrangulada en su apartamento, pero eso era todo. Cuando me ha preguntado cuándo la vi por última vez, he comprendido de pronto que alguien lo hizo. No fue ella, ¿verdad?

—No, a no ser que alguien la ayudara quitándole después el cordón.

La estrangularon con algo parecido a un cordón.

Mrs. Jaffee se estremeció y dio la impresión de encogerse entre los almohadones.

—¿Debió... tardar mucho?

—Seguramente no.

—¿Cuánto tiempo?

—Si la cuerda era fuerte y apretada, sólo pocos segundos hasta que perdió el conocimiento.

Tenía los puños cerrados y me pareció que las afiladas uñas se clavaban en las palmas de las manos.

—¿Qué puede hacer una mujer si un hombre la está estrangulando y ha ceñido la cuerda con fuerza?

—Nada. Morirse, si el hombre conoce su oficio. —Me estaba poniendo de mal humor—. Lo complica demasiado. Si hubiera empezado a estrangularla cuando usted empezó a preguntarlo hace un minuto, ahora todo habría acabado. —Apagué el cigarrillo que ella había dejado caer en el cenicero—. Volvamos atrás y probemos de nuevo. ¿Cuándo vio a Miss Eads por última vez?

Suspiró profundamente y abrió los puños.

—No creo que quiera hablar de eso.

—Ésta sí que es buena. —Estaba indignado—. Me debe tres dólares.

—¿Qué?

—El precio del taxi por venir a ocupar el sitio de su marido en el desayuno, que ha sido el motivo de que me permitiera venir. Será algo más caro el de vuelta, ya que tendré que detenerme en el local del Ejército de Salvación para librarme del abrigo y el sombrero que he prometido llevarme. Tres dólares serán suficientes y los prefiero en metálico.

Agitó la cabeza.

—¿Nos hemos conocido antes?

—No, que yo recuerde y creo que me acordaría. ¿Por qué?

—Parece saber las palabras exactas para convencerme, como si me conociera perfectamente. ¿Qué día es

hoy?

—Miércoles.

—Entonces la última vez que vi a Priscilla fue el miércoles pasado. Hace justo una semana. Me telefoneó para que almorzáramos juntas y acepté. Quería saber si yo estaría dispuesta a acudir a una reunión especial de accionistas de la «Softdown» el primero de julio, el día después de su cumpleaños.

—¿Dijo usted que iría?

—No. Ésa es otra de mis rarezas. Desde que murió mi padre, hace siete años, y me dejó doce mil acciones de «Softdown», nunca he puesto los pies allí para reuniones ni nada parecido. Me proporciona buenos ingresos, pero no sé

nada más. ¿Conoce usted a Perry Helmar?

Contesté que sí.

—Bien, pues hace años que me intenta convencer de que asista a las reuniones, pero sin resultado, ya que siempre he tenido miedo de meterme en líos si lo hacía. Podía ocurrir algo en el negocio que hiciera disminuir mis ingresos, y la culpa sería mía. ¿Por qué tenía que correr ese riesgo, si todo lo que tenía que hacer era mantenerme al margen? ¿Conoce usted a alguien de allí..., Brucker, Quest, Pitkin o Viola Duday?

Le dije que sí.

—Bueno, pues todos me han

perseguido en una u otra ocasión, para que les otorgara un poder para votar en mi nombre en una reunión y tampoco he accedido a ello. No...

—¿Se refiere usted a un poder común... para todos ellos?

—Oh, no, por separado. Han acudido a mí uno a uno, pero la peor ha sido esa mujer, Duday. ¿No le parece un espanto?

—Supongo que sí. No la conozco tan bien como usted. ¿Por qué quería Miss Eads que asistiera a una junta especial de accionistas?

—Dijo que quería elegir una nueva Junta Directiva en la que todas serían mujeres y que nombrarían a Viola Duday

presidente de la corporación. Se dice así, ¿no?, presidente de la corporación.

—Me parece que sí. ¿Explicó quiénes formarían la nueva junta?

—Sí, pero no... Espere, sí. Estaríamos ella y yo. Viola Duday y una mujer que está a cargo de algo en la fábrica y de la que he olvidado el nombre. Y también la doncella de Pris, la que hacía tanto tiempo que estaba a su servicio. Se llama Margaret, pero no me acuerdo del apellido.

Se lo proporcioné.

—Fomos. Margaret Fomos.

—No, ése no es... Oh, sí claro. Se había casado.

Asentí.

—También la han matado. La atacaron en la calle y la estrangularon el lunes por la noche, un par de horas antes que a Priscilla Eads.

A Sarah Jaffee los ojos le salían de las órbitas.

—A Margaret también la...

—Sí. ¿Ésas eran las que formarían la...?

—¿La estrangularon como a Pris?

—Sí. Al parecer la intención era apoderarse de una llave del apartamento de Miss Eads, la doncella llevaba una llave en el bolso y éste no ha aparecido. ¿Esas mujeres formarían la nueva junta?

—Sí.

—¿Pero usted le dijo que no

acudiría a la reunión?

Las manos de Mrs. Jaffee volvían a estar tensas.

—Y también le dije que tampoco pensaba convertirme en miembro de la directiva. No quería verme complicada en eso de ninguna manera. Ella me contestó que al parecer me complacía recibir los cheques de los beneficios y repliqué que en efecto, así era, y que esperaba que eso continuara toda mi vida y que probablemente así sería si no me entrometía. Le deseé que sus nuevos proyectos con respecto a la junta directiva tuvieran éxito, pero que si no era así, no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

—¿Le había pedido antes que fuera a alguna reunión?

—No, ésa fue la primera vez. Hacía más de un año que no la había visto. Me telefoneó y vino a verme cuando se enteró de la muerte de mi marido.

—Pensaba que era su mejor amiga.

—Oh, eso había sido mucho tiempo atrás.

—¿Cuánto tiempo?

Me miró fijamente.

—Todo esto me disgusta.

—Ya lo sé.

—Tampoco le hago ningún favor a nadie.

—Puede ser. De todas formas, me imagino que valgo un dólar, así que lo

dejaré en dos billetes si insiste.

Volvió la cabeza y gritó.

—¡Olga! —La valquiria apareció y Mrs. Jaffee le preguntó si había quedado café. Ella contestó que sí y que lo traería de inmediato. Al instante regresó con una bandeja. Mrs. Jaffee se acercó al borde del diván, se sirvió y bebió.

—Voy a decirle qué edad tenía cuando conocí a Pris.

Le contesté que se lo agradecería mucho.

Sorbió más café.

—Yo tenía cuatro años. Pris dos semanas. Mi padre y el suyo eran socios y las familias amigas. Como es natural, una diferencia de cuatro años en niños

es muy grande, pero siempre nos llevamos muy bien. Cuando murió la madre de Pris y poco después su padre, Pris fue a vivir con los Helmar, y nos convertimos en poco menos que hermanas. Pasábamos mucho tiempo separadas, ya que íbamos a colegios distintos y yo me gradué en la Universidad el año en que ella ingresó, pero nos escribíamos mucho. Debimos intercambiar cientos de cartas. ¿Sabe usted que dejó la Universidad y se fue a vivir al Village?

Le contesté que lo sabía.

—Ésa fue la época en que estuvimos más unidas. Mi padre murió por aquel entonces y mi madre ya había fallecido

mucho antes, así que prácticamente vivía con Pris, aunque tenía otro apartamento de mi propiedad. El problema de Priscilla es que tiene demasiado dinero.

—Tenía —corregí.

—Oh, sí. Su parte de los beneficios era enorme. Después de unos meses en el Village se cansó y se largó, ¿sabe cuál fue la excusa? Su doncella, es decir Margaret, ¡tenía que llevarla a Nueva Orleáns para que visitara a su madre enferma! ¿Había oído algo parecido? Se marchó y me encargó que cerrara la casa del Village. Seguíamos siendo amigas y me escribió desde Nueva Orleáns para decirme que había encontrado a su príncipe azul, se había casado con él y

se marchaban al Perú, porque él tenía una propiedad en los Andes, o por allí cerca.

Mrs. Jaffee terminó el café, dejó el plato y la taza sobre la bandeja y se echó hacia atrás para recostarse en los almohadones.

—Ésa es la última carta que recibí de Pris. Acaso la conserve aún. Recuerdo que incluía una fotografía de su marido. Me pregunté por qué no habría vuelto a escribir y de repente un día me telefoneó. Había regresado a Nueva York, con Margaret, sin marido y se hacía llamar Miss Priscilla Eads, su apellido de soltera. Nos vimos algunas veces y cuando compró una casa en

Westchester fui a visitarla, pero era una persona totalmente distinta y no volvió a invitarme, aunque yo tampoco hubiera ido. Durante tres años no volvimos a encontrarnos, hasta que regresó de Reno y se unió al Ejército de Salvación. ¿Estaba enterado de esto?

Le contesté que sí.

—También se cansó de eso y al enterarse de la muerte de mi esposo vino a verme. Había decidido hacerse cargo del negocio de su padre, pero sólo podría llevarlo a cabo al cumplir los veinticinco años. Volvió a parecerme la Pris que yo había conocido y hubiéramos podido recuperar la antigua amistad, pero yo acababa de perder a

Dick y no estaba en condiciones de hablar ni ver a nadie. No había vuelto a verla hasta la semana pasada y entonces no...

Se calló de golpe y levantó la barbilla.

—Dios mío, que no hiciera lo que ella quería, no tiene nada que ver con su asesinato, ¿verdad? ¿Por eso quería usted verme?

Negué con la cabeza.

—No puedo contestar a la primera pregunta, pero no es ésa la razón por la que quería verla. ¿Se puso de nuevo en contacto con usted? ¿Por teléfono o por carta?

—No.

—¿Y alguien de los demás, el personal de «Softdown»?

—No.

—¿Dónde estuvo usted el limes por la noche? No pretendo una declaración jurada, pero la Policía lo preguntará.

—¡No lo harán!

—Seguro que sí, a menos que encuentren algo antes de llegar a usted. Practique conmigo. Nombre de las personas con las que estaba jugando a la canasta.

—Nada de eso. Permanecí en casa.

—¿Con alguien? ¿Olga?

—No.

Me encogí de hombros.

—Entonces no necesita hacer

prácticas. —Me incliné ligeramente hacia ella—. Mire, Mrs. Jaffee, estoy dispuesto a admitirlo. He venido con un pretexto falso. Le dije que queríamos información, Mr. Wolfe y yo, y así es, pero también queremos ayuda. Supongo que conoce las disposiciones del testamento del padre de Priscilla. Ahora que ella está muerta, ¿sabe usted que esas cinco personas: Helmar, Brucker, Quest, Pitkin y Miss Duday poseerán la mayor parte de las acciones de «Softdown»?

—Sí, claro. —Me observaba con atención.

—Muy bien. Usted es un accionista. Queremos que presente una demanda

contra esas cinco personas. Puede hacerlo su abogado, o nosotros podemos recomendarle uno. Tiene que obtener un mandato del juez que les impida ejercer ningún derecho de propiedad de dichas acciones hasta que se dictamine que nadie de ellos las ha conseguido a través de un crimen. Pensamos que bajo tales circunstancias, un juez aceptará la petición.

—Pero, ¿qué dice? —Tenía el ceño fruncido—. ¿Por qué debería hacer yo tal cosa?

—Porque tiene intereses legítimos en la buena marcha de los asuntos de la empresa. Porque es la amiga más antigua de Priscilla y había sido la más íntima.

¿Quién cree usted que la mató?

—No lo sé. Me gustaría que... ¡No lo haré!

—Para eso he venido. Puede ser que no sirva de nada. Acaso la Policía lo descubra antes, hoy o mañana, y entonces la cuestión quedaría zanjada. Pero también es posible que nunca le atrapen, ya ha sucedido otras veces, y una semana o un mes puede ser demasiado tiempo para Mr. Wolfe. Además, su cliente no esperará. No podemos avanzar como los polis pueden hacerlo. Es preciso que encontremos una forma para poder llegar hasta esas personas y abrir una brecha; esa demanda podría servir. No voy a

forzarla diciéndole que ha aceptado los cheques de beneficios, aunque es cierto que la han mantenido y muy bien durante mucho tiempo y no sería demasiado pedir que hiciera algo a cambio, y especialmente teniendo la seguridad de que Priscilla Eads también se lo pediría si pudiera hablar. No quiero que...

Me callé, ya que sólo un memo continuaría dirigiendo la palabra a alguien que le deja plantado. Al levantarse del diván y empezar a andar, no dijo nada, pero seguro que se marchaba. Desde la arcada al otro extremo de la sala se dio la vuelta y dijo:

—¡No pienso hacerlo!

Ya estaba fuera. Un momento después oí la puerta que se cerraba, no de golpe, pero de forma definitiva. Después de pensar durante unos momentos y darme cuenta de que no disponía de artillería para aquel blanco, me encaminé hacia la otra puerta, la que conducía al vestíbulo. Antes de llegar a la salida vi el sombrero sobre la mesa y el abrigo sobre el respaldo de la silla.

Qué diablos, pensé, los cogí y me los llevé.

# 8

Eran casi las doce cuando, después de haber hecho tres altos en el camino, pagué al taxista en la esquina de la Calle 29 y Lexington y caminé hacia el Este. La primera parada había sido en una cabina para telefonar a Wolfe e informarle del fracaso; la segunda en el almacén del Ejército de Salvación para donar el abrigo y el sombrero; y la tercera en el restaurante donde, según Lon Cohen, Andreas Fomos prestaba sus servicios como camarero. Informado de

que Fomos se había tomado un día de permiso, me había dirigido a su casa.

No tenía grandes esperanzas. Mi mayor deseo hubiera sido acompañar a Sarah Jaffee a la Calle 3 para una sesión con Wolfe y Nathaniel Parker, el único abogado al que Wolfe había enviado orquídeas, para ultimar los detalles de la demanda. Al haber renunciado a eso, la tentativa con Fomos, siguiendo las instrucciones de Wolfe, me parecía un pobre sustituto. Así que no estaba muy entusiasmado por la misión. Sólo por la rutina de largos años de trabajo, al acercarme a la casa de la Calle 29 Este recorrí con la vista las fachadas del área y me concentré en un lugar al otro lado

de la calle al reconocer algo. Crucé la calzada y entré en la tienda sombría y desordenada de un zapatero remendón. Me planté frente a un hombre allí sentado, que al ver que me acercaba había levantado el periódico para ocultar el rostro.

Le dije:

—Vaya a avisar al teniente Rowcliff. Creo que voy a suplantar a un agente de la ley. Lo veo venir.

Bajó el periódico y reveló los rasgos mofletudos de un servidor público llamado Halloran.

—Tienes buena vista —contestó—. Si lo que quieres es insultar al teniente que has mencionado, adelante.

—Otra vez será. Ahora estoy trabajando. Me he alegrado de verte, porque puede ser que vaya a caer en una trampa. Si no aparezco dentro de tres días, llama a Rowcliff. ¿Le seguís los talones o sólo le vigilas tú?

—He venido a comprar unos cordones para los zapatos.

Me disculpé por la interrupción y volví a cruzar la calle. Según parecía, Homicidios no había sacado nada en claro, ya que creían necesario seguir los pasos de Fomos, quien por lo que sabíamos a través de los periódicos sólo estaba relacionado con el caso por la pena que pudiera sentir. Seguro que Fomos no era un sospechoso, ya que la

reacción de Halloran hubiera sido muy distinta.

Se trataba de un viejo edificio de ladrillo rojo de cinco plantas. En la lista de nombres de las casillas postales de la derecha del vestíbulo, Fomos era el penúltimo. Pulsé el timbre, esperé a que la puerta se abriera y entré. Había tres puertas en cada rellano, una a cada extremo y otra en el centro. Tres plantas más arriba, la puerta de la derecha ostentaba una corona de flores con cintas negras. Me acerqué a ella y pulsé el timbre. Al instante una voz profunda atravesó la puerta.

—¿Quién es?

Como teóricamente esperaba sacar

algo después de una hora y media de trabajo arduo, grité:

—Un amigo de Sarah Jaffee. ¡Me llamo Goodwin!

La puerta se abrió y allí estaba Hércules, con pantalón corto de color blanco, en abierto contraste con su piel bronceada y su despeinado cabello negro como el carbón.

—Estoy de luto —dijo—. ¿Qué quiere?

—¿Es usted Andreas Fomos?

—Soy Andy Fomos. Nadie me llama Andreas. ¿Qué desea?

—Quiero preguntarle si sabía que Priscilla Eads iba a nombrar a su esposa miembro de la junta de «Softdown

Incorporated»).

—¿Qué? —Ladeó la cabeza—.

Repítalo.

Lo repetí. Cuando estuvo seguro de que lo había entendido bien, hizo un gesto con las manos.

—Mire —exclamó—, no lo creo.

—Pues es lo que Miss Eads aseguró a Mrs. Jaffee la semana pasada. Hoy hace siete días.

—Sigo sin creerlo. Mire. Esa Priscilla Eads nació bajo mala estrella. Cada dos años se volvía loca. Conocía toda su historia y la escribí, pero la Policía se llevó esos apuntes. Conocí a mi mujer y me casé con ella hace sólo dos años, pero ella me lo explicó todo.

La época de Greenwich Village, la de Nueva Orleáns, lo de Perú con un marido, el regreso aquí sin él y sus relaciones con otros hombres, el divorcio en Reno, ¡el Ejército de Salvación! —Levantó las manos—. ¿Se da usted cuenta? Mi mujer estuvo con ella durante todas esas fases. Ahora me dice que ella iba a nombrarla miembro de la junta... ¿le he dicho que no podía creerlo? Rectifico, sí lo creo, ¿por qué no? De Priscilla Eads podía esperarse cualquier cosa, pero no estaba enterado. ¿Qué más?

—Creo que sería mejor que me dejara pasar.

—¿Es usted periodista?

—No. Soy...

—¿Es policía?

—No. Trabajo con...

No sé cuántos cientos de veces he evitado que me cerraran la puerta en las narices, pero han sido tantas que mi reacción es rutinaria y automática, de hecho, demasiado automática. Cuando Andy Fomos se hizo a un lado y empezó a cerrar la puerta, mi pie se adelantó como siempre, dispuesto a apoyarse sobre el suelo ejerciendo la misma presión que le era usual, pero con él esa presión no fue suficiente. Era más rápido y fuerte de lo que ya parecía y en lugar de lanzar el cuerpo contra ella, con lo que hubiera perdido un segundo,

utilizó los músculos. Antes de que pudiera obstaculizar la puerta se cerró y oí el cerrojo. Me quedé con la nariz aplastada y un rasguño a lo ancho de la puntera de mi mejor par de zapatos.

Descendí despacio la escalera. No me sentía nada optimista. Siempre que Wolfe me envía a buscar algo o a alguien, me gusta llevárselo si es posible, pero no espero hacer milagros. En aquel caso, sin embargo, empezaba a tener la sensación que nada que no fuera un milagro podría servir y no se trataba sólo de un asunto de satisfacer a un cliente y cobrar los honorarios. Yo era el cliente y había comprometido a Wolfe. Era cosa mía. Pero ya no era

igual que el día antes, que había obrado por mi cuenta liándome la manta a la cabeza y corriendo al edificio de la «Softdown» para irrumpir en una reunión. Ahora Wolfe llevaba el asunto y no podía tomar ninguna iniciativa que no contara con su aprobación. Por si fuera poco, mientras caminaba por la acera y me volvía a la derecha después de decidir no consultarlo con Halloran, había una dificultad. No tenía ni idea de qué iniciativa podía tomar. Al llegar a la avenida Lexington subí a un taxi.

No me gustó la forma en que lo tomó Wolfe. Cuando entré solo en el despacho y le anuncié que no esperábamos a nadie más, gruñó, se acomodó en el sillón y

me pidió un informe completo. Durante toda la explicación, con lujo de hechos y palabras de Sarah Jaffee y Andreas Fomos, no cambió de expresión. Tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas a la altura del ombligo, lo cual era normal. Pero cuando acabé no me hizo ni una sola pregunta, sólo me indicó:

—Será mejor que lo pases a máquina.

—¿Completo? —pregunté.

—Sí.

—Emplearé toda la tarde, tal vez más.

—Supongo que sí.

Cierto que era la hora del almuerzo, no el mejor momento para que se

sumiera en cavilaciones, así que no insistí. Pero después de comer ambos de forma opípara y de que me hubiera proporcionado todo tipo de agudos comentarios sobre los eminentes candidatos republicanos para la nominación a Presidente, volví a intentarlo. De nuevo en su sillón y con una revista en las manos le sugerí:

—Podríamos hacer un programa, si le parece.

Me miró.

—Te he dicho que pasaras a máquina ese informe.

—Sí. Lo sé. Pero era una excusa y usted lo sabe. Si desea que me quede con el trasero en el sillón hasta que le

vengan las ganas de pensar o de hacer algo, dígalo. ¿Qué sentido tiene gastar papel?

Apartó la revista.

—Archie. Deberías recordar que una vez devolví un anticipo de cuarenta mil dólares que un cliente llamado Zimmermann me había pagado, ya que quería decirme cómo tenía que llevar el caso en lugar de dejar que lo hiciera a mi manera. ¿Qué te parece? —Volvió a coger la revista—. Por favor, mecanografía el informe.

Era totalmente cierto, y tal como lo había expresado parecía una acción de gran nobleza, pero no me produjo la menor impresión. Sencillamente odiaba

trabajar y procuraba esquivarlo siempre que podía. Me había dado la oportunidad de empezar por algo y había vuelto con las manos vacías y ahora faltaba ver cuándo, si es que lo hacía, se pondría de nuevo manos a la obra. Me senté y le estuve observando con su maldita revista. Hubiera sido un placer sacar la pistola del cajón y quitársela de las manos de un balazo, desde aquel ángulo no había ningún peligro para su persona, pero hubiera sido también una imprudencia lamentable. También comprendí que nada que hiciera o dijera conseguiría ponerle en marcha en aquellos momentos. Tenía sólo dos alternativas: pedir otro permiso

indefinido u obedecer órdenes y apresurarme con el informe. Me di la vuelta, acerqué la máquina, puse papel y empecé a teclear.

Tres horas y media después, a las seis, habían ocurrido varias cosas. Había escrito nueve folios. Habían telefoneado cuatro periodistas y otros dos habían acudido en persona, sin que se les hubiera recibido. Fritz me había pedido que le ayudara a mover unos muebles de la sala para poder enrollar la alfombra que había que enviar a la tintorería. Wolfe había subido a las cuatro a los invernáculos y poco después se había producido una llamada telefónica... no de un periodista. No

suelo extasiarme cuando personas desconocidas solicitan una cita con Wolfe, pero cuando supe el nombre y los motivos de la visita de aquel hombre, se me hizo difícil no saltar de alegría. Le dije que viniera a las seis menos diez y cuando lo hizo puntualmente, le hice pasar a la sala y cerré la puerta que comunicaba con el despacho.

Cuando Wolfe bajó, como estaba previsto, y se sentó detrás de su mesa, pensé que lo correcto era darle una oportunidad para que demostrara que estaba dispuesto a trabajar. Pero no. Se sentó, pidió cerveza y cuando Fritz la trajo abrió una botella, se sirvió y eligió uno de los libros de encima de la mesa.

Se puso cómodo y suspiró.

Se disponía a pasar un rato ameno y placentero hasta que Fritz anunciara la hora de cenar.

—Disculpe, señor —dije con amabilidad—. Hay un hombre en el salón que desea verle.

Se dio la vuelta y apareció su gesto contrariado.

—¿Quién es?

—Bueno, la cosa ha ido así. Tal como usted explicó anoche, tenía que encontrar un asidero para empezar y esta mañana salí para buscarlo y fracasé. Al ver lo molesto que estaba, pensé que tenía que encontrar una solución y la he hallado. Ese hombre es un abogado que

se llama Albert M. Irby, con bufete en la Calle 41. He telefonado a Parker y no había oído hablar de Irby, pero posteriormente ha llamado para confirmar que es miembro del colegio de Nueva York y tiene buena reputación. Irby asegura que es el representante legal de Eric Hagh, el ex marido de Priscilla Eads y que desea hablar con usted.

—¿Dónde diablos le has encontrado? —Estaba rojo de indignación.

—No le he encontrado. Ha venido. Llamó a las cuatro veintiuno para pedir una cita.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hablar con usted. Ya que no le gusta que un cliente se entrometa en sus asuntos, no le he preguntado los pormenores.

Entonces Wolfe me hizo un gran cumplido. Me contempló y una sospecha pasó por su mente. Evidentemente, pensaba que me había apresurado a buscar a alguien y en menos de dos horas había descubierto a Albert M. Irby y su relación con Priscilla Eads y le había arrastrado hasta allí. No me importaba, pero quería que quedara claro.

—No, señor —afirmé.

Emitió un rugido.

—¿No sabes lo que quiere?

—No, señor.

Apartó el libro a un lado.

—Hazlo pasar.

Fue un placer acompañar a aquel abogado hasta el sillón de cuero rojo, si bien debo reconocer que su apariencia física no impresionaba a nadie. Nunca había visto un hombre más calvo y su cráneo rapado me produjo una peculiar atracción. Estaba cubierto de gotas de sudor que no se movían de su sitio. No se fundían, ni resbalaban, ni aumentaban, ni disminuían. Se limitaban a estar allí. No había nada repulsivo en ellas, pero al cabo de diez minutos la curiosidad se había convertido en inquietud.

Al tiempo que se sentaba, depositó

el maletín sobre la mesita.

—Bien —dijo, con un tono de voz que hubiera requerido un poco más de vinagre y algo menos de aceite—. Deseo ponerme en sus manos. No soy de su categoría, Mr. Wolfe, y no pretendo disimularlo. Voy a decirle cómo están las cosas, y se hará lo que usted recomiende.

Era un mal principio si esperaba algún tipo de miramientos. Wolfe apretó los labios.

—Adelante.

—Gracias. Me alegro de que haya accedido a recibirme, aunque no me sorprende, ya que sé de sus grandes servicios en favor de la Justicia, y eso

es lo que quiero, justicia para mi cliente. Su nombre es Eric Hagh. Se me ha pedido que le represente a través de un procurador de Caracas, Venezuela, con quien he tenido ya otras relaciones profesionales. Se llama Juan Blanco. Esto...

—¿Puede deletrearlo, por favor? —  
pedí, libreta en mano.

Lo hizo y prosiguió.

—Esto ocurrió hace nueve días, el día dieciséis. Hagh ya había enviado una carta a Mr. Perry Helmar, siguiendo el consejo de Blanco, pero ambos acordaron que era necesario que alguien representara sus intereses aquí en Nueva York y Blanco me envió todos los

detalles del caso, así como copias de los documentos. —Indicó el maletín—. Los tengo aquí. Si desea...

—Más tarde —contestó al instante Wolfe—. Primero, dígame, ¿qué es lo que desean? —Sólo lee algún documento cuando es imprescindible.

—Por supuesto, en seguida. —Irby quería agradecer. Tenía la impresión de que las gotas de la calva debían estar pegadas con cola—. Uno de los documentos es una fotocopia de una carta caligrafiada, fechada en Cajamarca, Perú, el 12 de agosto de 1946, escrita y firmada por Priscilla Hagh y actuando como testigo Margaret Caselli. Ése era el apellido de soltera

de la doncella Margaret Fomos, que fue asesinada el lunes por la noche. En dicha carta Priscilla Hagh entregaba a su marido la mitad de sus bienes, sin ninguna reserva, de sus propiedades presentes y futuras.

—¿Algo a tener en cuenta? — preguntó Wolfe.

—Nada específico.

—Entonces es muy vulnerable.

—Puede ser. Este testamento tendrá que ser dictaminado por un juez, pero no hay duda de que es un documento de gran peso, ya que fue otorgado a mi cliente de buena fe y aceptado de buena fe.

—No soy abogado, Mr. Irby.

—Lo sé, Mr. Wolfe. He venido a verle no por un asunto de leyes, sino debido a un hecho. Según un artículo del *Times* y también otros aparecidos en diversos periódicos, Miss Eads, ex Mrs. Hagh, estuvo en su casa el lunes por la tarde y parte de la noche y Mr. Perry Helmar, administrador de sus bienes, estuvo también aquí el lunes por la noche. Le estaría profundamente agradecido si quisiera informarme, ¿mencionaron dicho documento? ¿O la carta firmada por Priscilla Hagh con el testimonio de Margaret Caselli?

Wolfe se arrellanó en el sillón, apoyó el codo en uno de los brazos y recorrió el labio superior con la yema

de los dedos.

—Será mejor que amplíe sus datos —murmuró—. ¿Por qué ha esperado tanto tiempo para presentar la reclamación, Mr. Hagh?

—Lo haré con mucho gusto. Blanco me ha puesto al corriente de todo; pero no sería ético que divulgara información confidencial. Sólo puedo decirle esto. Hagh visitó a Blanco por primera vez hace sólo un mes, a fin de mostrarle el documento y consultarle el sistema a seguir para presentar la demanda inmediatamente después del 30 de junio, día del cumpleaños de su ex esposa y momento en el que entraría en posesión de unos bienes valorados en millones.

Blanco me telefoneó y yo hice las averiguaciones pertinentes aquí... principalmente, en cuanto se refiere al testamento del padre de Priscilla, el cual, por supuesto, es confidencial. Con eso y los detalles proporcionados por Hagh, Blanco le aconsejó que no esperara al 30 de junio, cuando Priscilla debía recibir la propiedad, sino que procediera a presentar la demanda en seguida contra el administrador, Perry Helmar, solicitando que la mitad de los bienes le fueran transferidos a Hagh y no a Priscilla y advirtiéndole a Helmar que se le consideraría responsable de no hacerlo así.

Irby se encogió de hombros.

—Eso podía ser un buen consejo para Venezuela, si era válido aquí lo dudo. El caso es que Hagh lo aceptó y se envió una comunicación redactada por Blanco y firmada por Hagh a Helmar y una copia a Priscilla. Otra copia me ha sido remitida, junto con duplicados de los documentos básicos y un informe completo de la situación, así como instrucciones de Blanco para que incoara un proceso contra Helmar, a fin de impedir que la transferencia se hiciera a Priscilla. Entiendo bastante de leyes y sabía dónde buscar las que ignoro, pero no conseguí encontrar ninguna que pudiera avalar aquella peculiaridad. Incluso en el caso de que

la demanda de Hagh hubiera sido legal...

—Espero su conclusión, Mr. Irby.

—Muy bien. Así se lo hice saber a Blanco. No recibió ninguna respuesta de Helmar ni de Priscilla. Finalmente fui a ver a Helmar, eso fue el martes de la semana pasada, y tuvimos una larga charla, pero totalmente insatisfactoria. No conseguí que se comprometiera a nada. Dadas las circunstancias, pensé que tenía el deber moral de hablar con Priscilla Eads. Ya le había telefonado para preguntarle si Helmar era su representante legal, y ella no lo había afirmado ni negado. Se negó a verme, pero conseguí convencerla y me citó en su apartamento el viernes por la tarde.

Admitió haber firmado el documento, pero poco después se había arrepentido y le había pedido a Hagh que se lo devolviera y él había rehusado hacerlo. Ofreció pagar a Hagh cien mil dólares al contado para que retirara la demanda y me dijo que si Hagh no aceptaba, no recibiría nada, a menos que un juez lo ordenara.

—¿Ella le hizo a usted tal oferta?

—Sí, y yo telefoneé a Blanco a Caracas para comunicársela. Faltaban sólo diez días para el 30 de junio y si la estrategia de Blanco tenía algún fundamento, no había tiempo que perder. A Blanco la oferta de Priscilla le pareció despreciable y no quiso tenerla

en cuenta. Helmar y Priscilla estuvieron fuera durante todo el fin de semana y no pude localizarles. El lunes por la mañana lo intenté de nuevo sin resultado y luego dejé de intentarlo. El martes por la mañana llegó la noticia de que Priscilla había sido asesinada. Ayer.

Irby se recostó en el sillón por primera vez. El movimiento no afectó para nada la posición de las gotas de sudor. Abrió las manos en un gesto de desesperación.

—¡Piense usted! —Rogó—. ¡Vea la situación!

Wolfe asintió.

—Muy insatisfactoria.

—Completamente. —Aceptó el

abogado. Volvió a repetirlo—. Completamente. No he visto la necesidad de gastar nueve dólares para hacer una llamada telefónica a Caracas. Con franqueza, me ha parecido que no obtendría nada a cambio de la inversión. He intentado ponerme en contacto con Helmar, pero no lo he conseguido hasta hoy. Al ponerse al teléfono ¿sabe lo que me ha dicho? ¡Que impugna el documento! ¡Niega que ella lo firmara! ¡Me ha dado a entender que mi cliente se olvidara de todo! ¡El pasado viernes ella me dijo que lo había firmado y que Margaret Caselli había actuado como testigo!

Irby golpeó con el puño el brazo del

sillón.

—¡Entonces sí que he llamado a Blanco a Caracas! —Golpeó de nuevo—. ¡Le he dicho que ponga a Eric Hagh en el primer avión hacia Nueva York! ¡Y que traiga el documento original! Después he venido a verle a usted.

De repente se calmó.

Abrió el puño que quedó convertido en una mano rechoncha.

—Por supuesto —dijo—, que si habían varios millones en litigio, pongo en duda que ésa sea ahora la situación. Pero incluso ignorando las acciones de «Softdown», los bienes de Priscilla deben ser bastante sustanciosos y no necesariamente las acciones deben ser

dejadas de lado. Aunque la titularidad pase legalmente a las cinco personas nombradas en el testamento de Eads, ese documento es todavía una poderosa arma moral, especialmente a la vista del momento y las circunstancias de la muerte de Priscilla. He pensado que usted podría hablar de la autenticidad de dicho documento. Ella vino a consultarle aquel día y pasó varias horas con usted. Seguro que se habló del documento y seguro que ella reconoció haberlo firmado. Helmar también estuvo aquí aquella noche y también debió mencionarlo.

Me miró y después a Wolfe de nuevo.

—Si Mr. Goodwin estuvo presente, también podría testificar y serían pruebas concluyentes. En tal caso estoy en disposición de hacer una oferta concreta después de haberlo consultado con Blanco por teléfono. Su ayuda en la validez del documento sería de gran valor para Mr. Hagh y sería recompensada con el cinco por ciento del total recibido por él, una vez ganada la demanda.

Había como mínimo un par de conceptos erróneos. Uno, que la oferta se hacía partiendo de una base eventual, lo cual, aunque no fuera necesariamente vergonzoso, iba contra los principios de Wolfe. Dos, se trataba de una oferta para

pagarnos bien por decir la verdad, lo que hubiera sido una grosería, o bien para que mintiéramos, lo que hubiera sido un error.

—Como es natural —Irby prosiguió con voz almibarada—, la mejor fórmula sería una declaración jurada, una de cada uno de ustedes. Estaré encantado de redactarlas, encantado y orgulloso. En cuanto al pago, espero sus sugerencias, pero considerando que no sería aconsejable hacerlo constar por escrito.

Eso era una salida perfecta para Wolfe y esperaba que me ordenara sacar a rastras al abogado, pero Wolfe no sería Wolfe si no llevara la contraria.

Hizo una pregunta.

—¿Viene Mr. Hagh a Nueva York?

—Sí.

—¿Cuándo llega?

—Mañana por la tarde. A las tres.

—Quiero verle.

—Desde luego, yo también. Le traeré aquí directamente desde el aeropuerto. Entretanto, en cuanto a las declaraciones juradas...

—No. —Wolfe se mostró brusco—. No habrá declaraciones hasta que haya hablado con su jefe y entonces ya lo veremos. No le traiga desde el aeropuerto; antes llámeme por teléfono. Tengo una idea en la cabeza que tal vez a usted no le guste, pero que

probablemente tendrá que aceptar. Creo que deberíamos tener una reunión con todas las personas relacionadas con este asunto, por ambas partes, en la que usted debería estar presente, que debería llevarse a cabo mañana y en este despacho. Yo me ocuparé de que Mr. Helmar y sus socios estén aquí.

Irby estaba tan concentrado que tenía los ojos semicerrados.

—¿Por qué cree que eso no me gustará?

—Los abogados están convencidos de que ninguna discusión sobre grandes sumas de dinero debe dirigirse por alguien que no sea abogado.

El abogado hubiera aceptado un

comentario mucho peor que aquel sin ofenderse. No se inmutó.

—Iré encantado a la reunión — declaró—. Pero me gustaría tener una idea del terreno que voy a pisar. Si tuviera la seguridad de que usted y Mr. Goodwin están dispuestos a declarar que tanto Priscilla como Helmar reconocieron la autenticidad de...

—No —interrumpió Wolfe—. Al hacerme una oferta tan escandalosamente impropia, ha perdido todos los derechos a su conveniencia. Tendrá que aceptarlo así.

Y eso fue lo único que Irby pudo conseguir, a pesar de mostrarse tan terco al respecto que finalmente tuve que

ponerle su maletín en la mano. Ya era casi hora de cenar. Cuando cerré la puerta a sus espaldas, Wolfe salió del despacho para dirigirse al comedor.

—¿Estás satisfecho? —rugió.

—No, señor —contesté con educación—. Y usted tampoco.

# 9

Al día siguiente, jueves, saqué partido de una inversión.

Necesitaba algo parecido a una oportunidad. No habían surgido novedades con respecto al asunto Irby. Ya había dado por supuesto que el miércoles, después de la cena, era demasiado tarde como para pensar en nada, pero, ¿y el jueves por la mañana? Pensé por enésima vez que no tenía el temperamento adecuado para trabajar con Nero Wolfe. Si lo hubiera tenido,

haría mucho tiempo que hubiera dejado de exasperarme esa actitud flemática de no empezar las actividades detectivescas del día hasta que no bajaba de los invernaderos a las once, excepto en casos de urgencia. Y sin embargo, yo creía que aquél era un caso de urgencia. Así que después de haberme duchado, afeitado y vestido, bajé, saludé a Fritz y desayuné, y al leer el periódico me enteré de que no habían detenido a nadie relacionado con el asesinato de Priscilla Eads o de Margaret Fomos. A continuación entré en el despacho, abrí la correspondencia y al llegar las nueve sin haber recibido ninguna noticia de arriba, llamé por el

teléfono interior a los invernaderos y en cuanto se puso al auricular le pregunté:

—¿Invita usted a esas personas o lo hago yo?

—No haremos nada hasta que no estemos seguros de la llegada de Mr. Hagh. —Estaba de malhumor, claro.

—Aterrizará a las tres.

—O nunca.

Eso era. Una de sus más profundas convicciones era que no podía esperarse que ningún vehículo con tracción mecánica, desde un patinete a un transatlántico, llegara a su destino, y que sólo un zoquete viajaría en esos artefactos. Yo no podía hacer nada al respecto. Después de colgar, telefoneé a

la «Pan-Atlantic» y me informaron de que el vuelo 193 llegaría a la hora prevista. Al levantarme para dejar el correo sobre la mesa de Wolfe, sonó el teléfono, me senté y me puse al aparato.

—Despacho de Nero Wolfe, Archie Goodwin al habla.

—¿Es usted Archie Goodwin?

—Sí.

—Soy Sarah Jaffee, Mr. Goodwin.

—Me lo había parecido por la voz.

Buenos días.

—Buenos días. Quería... ¿Qué tal está?

—Muy bien. ¿Y usted?

—Muy bien. Acabo de desayunar y le he llamado. No había más servicio de

mesa que el mío.

—Estupendo. A la larga eso le ahorrará varios platos rotos.

—Será algo mejor que eso. —Hizo una pausa—. Usted se llevó el abrigo y el sombrero.

—Lo hice y no me diga ahora que quiere que se los devuelva. Me he desprendido de ellos.

—No quiero volver a verlos. — Parecía optimista—. Cuando entré en el vestíbulo, mucho después de que usted se hubiera marchado, y no vi esas prendas, lloré como una niña. Al dejar de llorar me asusté. Temí haber llorado porque el abrigo y el sombrero no estaban allí, pero me di cuenta de que no

había sido por eso, aunque tampoco sabía el motivo de mi llanto. Dejé de preocuparme cuando comprendí que me alegraba de que no estuvieran allí. Supe que usted me había hecho un gran favor, sin tener en cuenta la forma en que me había comportado. Me parece que comprendió el porqué de mi actitud. Soy cobarde. Lo he sido siempre. Tanto que ayer por la tarde intenté tres veces llamarle y no conseguí que el dedo marcara el número.

—Hubiera podido...

—¡No, por favor! Déjeme terminar, o no lo diré nunca. He dormido como hacía mucho tiempo que no conseguía hacerlo. Mientras estaba desayunando lo

he visto todo con claridad. Sé que tengo que hacer cualquier cosa que me pida, sólo que no estoy segura de que pueda hacerlo. Así que dígame de qué se trata.

—Se lo expliqué ayer.

—Lo sé, pero no lo recuerdo bien.

Se lo repetí con todo detalle, pero me dio la impresión de que no escuchaba con atención, por un par de preguntas que me hizo; así que volví a explicárselo. Dijo que estaría en el despacho a las once en punto. Le sugerí que trajera a su abogado, contestó que no quería hablarle del asunto, porque era posible que no lo aprobara y no quería discutir con él. No insistí, ya que Nathaniel Parker iba a ser requerido

para que actuara en su nombre y seguramente sería lo mejor para ella.

Sarah me advirtió.

—Creo que ahora ya no estoy loca, pero sigo siendo cobarde, así que demuestro cierta valentía al hacer esto y confío en que lo tenga en cuenta.

Le dije que lo sabía y que se lo agradecía profundamente.

Esto significó un cambio radical del día. Primero subí a los invernaderos y comuniqué a Wolfe que los treinta centavos que había pagado por el rodeo hasta el almacén del Ejército de Salvación, habían sido una buena inversión y recibí instrucciones. Luego volví al despacho y las cumplí. Lo más

importante era llamar a Parker, porque necesitaba disponer de todos los detalles incluyendo no sólo nombres, direcciones, hechos e intenciones, sino también el propósito y el plan de ataque. No se mostró muy entusiasmado, lo cual no era ninguna novedad, y quiso dejar bien sentado que ya que iba a ser el abogado de Mrs. Jaffee, la defensa de sus intereses sería el punto primordial. Sabiendo que si fuera necesario éste le daría a Wolfe su ojo derecho, le comenté que si le expulsaban del Colegio de Abogados como resultado de la operación, era posible que yo le encontrara un trabajo como doblador de servilletas de papel. Admito que se

trataba de un chiste ramplón, pero aunque hubiera sido una obra maestra del humor tampoco le hubiese hecho gracia. Los abogados son incapaces de aceptar una broma acerca de una expulsión del Colegio, supongo que por lo mucho que les cuesta en tiempo y dinero ser aceptados como colegiados.

El consejo de guerra de las once en el despacho fue un gran éxito, sin objeciones reales por parte de nadie. Mrs. Jaffee llegó diez minutos tarde, aparte de eso me sentí orgulloso de ella y empecé a considerar la posibilidad de llamarla Sarah. No era en absoluto una majadera que asintiese a todo por carecer de criterio. Hubo que

explicárselo todo, lo que había que hacer, el porqué y quién, y dejamos que Parker se encargara de ello, ya que se trataba de su cliente.

Parker, que mide uno noventa y está desprovisto de grasas que le defiendan del frío, tiene el pellejo curtido y se mostró tan escéptico que al llegar a un punto pensé que iba a abandonar, pero finalmente se avino, siempre y cuando la jugada se hiciera sin riesgos indebidos para la virtud jurídica, para su propia reputación o para la vida, libertad o satisfacción de su cliente. Una vez ajustados todos los detalles y efectuado el pago —un billete de un dólar pasó de Sarah a Parker como anticipo simbólico

— cogí el teléfono y marqué un número.

Tuve que insistir. Una agría voz femenina me dijo que Mr. Perry Helmar estaba ocupado y me preguntó qué quería. Contesté que Mr. Nathaniel Parker se lo explicaría a Mr. Helmar y que me informara de cuándo estaría disponible. Ella replicó que no lo sabía. Continué según mi pauta y dejé caer el nombre de Mrs. Jaffee. Al minuto siguiente Helmar estaba al aparato y Parker tomó el supletorio de la mesa de Wolfe. Yo continué con la oreja pegada a mi auricular y cogí el bloc de notas.

Después de identificarse como colega, Parker fue directamente al grano.

—Me dispongo a incoar una

demanda de un cliente, abogado, y le llamo a título de cortesía profesional. El cliente es Mrs. Sarah Jaffee. Según tengo entendido, usted la conoce.

—De toda la vida. ¿Qué clase de demanda?

Parker era acomodaticio y cualquier cosa menos agresivo.

—Tal vez debería explicarle que Mrs. Jaffee ha acudido a mí por recomendación de Mr. Nero Wolfe. Se...

—¿Ese estafador? —Helmar estaba ofendido—. ¿Ese maldito canalla?

Parker sonrió ligeramente, tolerante.

—Yo no le calificaría así, y dudo que usted tenga alguna prueba de ello. Como le iba diciendo, Mrs. Jaffee

decidió presentar esa demanda siguiendo el consejo de Nero Wolfe. La señora desea que se lleve a cabo inmediatamente. Se dirigirá contra Jay L. Brucker, Bernard Quest, Oliver Pitkin, Viola Duday y Perry Helmar. Quiere que solicite a un tribunal que prohíba a esas cinco personas entrar en posesión de las acciones de «Softdown Incorporated», según lo estipulado en el testamento de Nathan Eads, y que se les vete para ejercitar los derechos de tal propiedad.

—¿Qué? —Helmar no podía creerlo —. Repita eso, por favor.

Así lo hizo Parker y después añadió:

—Creo que debemos admitir,

abogado, que éste es un nuevo modo de enfocar la cuestión y me parece muy interesante. Su intención es que el mandato siga en pie hasta que el tribunal dictamine si alguna de estas personas ha adquirido el derecho a las acciones por la ejecución de un crimen. El crimen en cuestión es, evidentemente, el asesinato de Priscilla Eads. Con franqueza, al principio dudé que pudiera concederse tal mandato, pero reflexionando sobre ello ya no estoy tan seguro. Vale la pena intentarlo y Mrs. Jaffee, como accionista de la firma, tiene un interés legítimo en juego. Le he dicho que procederé inmediatamente.

Hizo una pausa. Silencio durante

unos segundos. Entonces Helmar dijo:

—Esto es un acto de malevolencia. Nero Wolfe ha convencido a Mrs. Jaffee para que lo hiciera. Hablaré con Mrs. Jaffee.

—No le servirá de nada. —Parker había adoptado un tono de voz más frío—. Como abogado de Mrs. Jaffee le he aconsejado que no hable del asunto con nadie, excepto con Mr. Wolfe, por supuesto, si lo cree conveniente. Ella está aquí conmigo, en el despacho de Mr. Wolfe. Tal y como le he dicho, le he llamado por cortesía profesional y también porque pienso, y supongo que usted estará de acuerdo, que un contraste de pareceres es preferible a otro tipo de

armas.

—Ningún juez otorgará ese mandato.

—Eso está por ver. —Parker

hablaba en tono cada vez más glacial—.

He estado comentándolo con Mr. Wolfe.

Él opina que no hay tiempo que perder y

que debo ir a mi bufete a preparar la

demanda, pero le he dicho que era

necesario hacer un esfuerzo para

salvaguardar los intereses de todos, sin

acudir a un tribunal. Mr. Wolfe está

convencido de que cualquier esfuerzo

será inútil, pero está dispuesto a

intentarlo con una condición: que el

encuentro se realice esta tarde aquí, en

su despacho, y en presencia de todas las

partes interesadas.

—¿En el despacho de Wolfe? —

Helmar volvía a sentirse ofendido.

—Sí.

—Nunca. ¡Nunca! ¡Es un asesino!

—Tengo la impresión, abogado, de que no mide usted sus palabras. Comprendo que está en tensión, pero ¿qué le parecería un desafío?

—De acuerdo. Pero no crea que va a conseguir que vaya al despacho de Wolfe. ¡No iré!

Y sin embargo, accedió. No lo dijo con claridad, incluso después de haberse dado cuenta de que tenía que elegir entre eso y una citación judicial para un careo alegó que no podía aceptar la convocatoria en nombre de

sus cuatro socios sin consultarles y que no estaba seguro de que pudiera ponerse en contacto con ellos de inmediato. Solicitó un plazo hasta las seis de la tarde, pero Parker se negó. El límite serían las tres y media. Parker procedería a enviar la demanda y lo tendría todo preparado, incluida una cita con el juez. Mantendría la cita si a las tres y treinta no había recibido su palabra de que el quinteto de «Softdown» estaría en el despacho de Wolfe a las nueve de la noche.

Parker colgó el teléfono y se incorporó.

—Vendrán —dijo, confiada pero no alegremente—. Maldita sea, Wolfe.

Tengo entradas para el teatro.

—Úselas —contestó Wolfe—. No le vamos a necesitar.

Parker se enojó.

—¿Y dejar a mi cliente indefensa. Entre ellos, uno de los cuales puede ser un asesino, y ustedes..., bestias salvajes cuando husmean una presa? ¡Ja! —Se dio la vuelta—. Mrs. Jaffee, una de mis tareas como abogado suyo es mantenerla alejada, cuanto más lejos mejor, de personas e influencias peligrosas, y estos dos hombres juntos representan todas las trampas y riesgos que salen en los catálogos. ¿Acepta comer conmigo?

Se marcharon juntos. Eso hizo que me sintiera orgulloso de ella desde otro

ángulo..., ¿o debiera decir curva...?, ya que Nat Parker, soltero, era ampliamente reconocido por su buen gusto en cuestión de mujeres y no invitaría a una a comer si no fuera digna de su reputación. Yo no estaba celoso. Le llevaba una cabeza de ventaja, ya que no había más abrigos ni sombreros en su vestíbulo que él pudiera llevar al almacén del Ejército de Salvación.

Ahora, por supuesto, Wolfe estaba ocupado. No levantó un dedo para coger un libro, un crucigrama o alguno de sus juguetes. Hasta la hora del almuerzo permaneció sentado en el sillón con los ojos cerrados y moviendo los labios de vez en cuando. Le dejé con su pena; yo

sabía que era aguda. Cuando la marcha de un caso nos acerca al rojo vivo, es capaz de entusiasmarse como el que más, aunque se niegue a demostrarlo, pero en este caso todavía trataba de encontrar un punto de partida y debo reconocer que estaba trabajando en ello. Antes de almorzar telefoneé a «Pan-Atlantic» y me dijeron que el vuelo 193 llegaría con adelanto, a las 14.30 y llamé a Irby para decirle que si podía traer a Eric Hagh a casa a las 15.30 lo hiciese, y que en caso contrario vinieran a las seis en punto.

Después de comer las cosas seguían igual. Wolfe tan paciente y sin lamentarse daba lástima y yo hubiera

preferido recibir un par de comentarios suyos desagradables. Poco antes de las tres, Parker había telefonado para comunicarnos que había hablado con Helmar y que la fiesta ya estaba en marcha. Los cinco de «Softdown» llegarían a las nueve y Mrs. Jaffee y él un poco antes. Le pregunté si iría a buscar a Mrs. Jaffee.

—Naturalmente —contestó—. Es mi cliente. ¿Qué es ese ruido que estás haciendo?

—Es algo especial —le dije—. Y requiere mucha práctica. No lo intente de improviso. Es una carcajada burlona.

Me encaminé a la cocina para hablar del suministro de bebidas con Fritz. Era

una norma estricta que una reunión nocturna en aquella casa, cualquiera que fuese el asunto a tratar, debía ser acompañada por bebidas variadas, y Fritz y yo nos encargábamos de ello, a no ser que yo estuviera ocupado. Siempre nos enzarzábamos en una discusión. Fritz insistía en que había que incluir dos tipos de vino, blanco y tinto, y yo mantenía que había que descartar el vino, ya que adormila a los americanos y nosotros los queríamos bien despiertos. Estábamos a punto de llegar a la solución de compromiso habitual — un par de botellas de blanco, pero no tinto—, cuando sonó el timbre y fui a abrir la puerta.

Era Irby, *el sudoroso*, y un tipo vestido con un traje de lino blanco, bastante arrugado y no muy limpio. Quité la cadena del cerrojo y les hice pasar.

—Mr. Archie Goodwin —dijo Irby —, Mr. Eric Hagh.

Se ha hablado tanto de Sudamérica que yo había esperado algo parecido a un cruce de Diego Rivera y Perón, pero si aquel pájaro hubiera sido blanqueado para hacer juego con su pelo rubio y los ojos azules hubiera dicho que era escandinavo. Tal vez era algo mayor que yo y también, a pesar de su aspecto cansado y ojeroso, un poco más guapo.

Después de dejar su equipaje, una

bolsa y una maleta, en el vestíbulo, les acompañé al despacho y presenté Hagh a Wolfe. Hagh tenía cierta tendencia a levantar la voz al hablar, pero aparte de esto, no encontré en él nada censurable y eso me contrarió. Estaba predispuesto contra un sujeto que se había casado con una rica heredera y que había conseguido hacerle firmar un documento tal y como nos habían explicado, y como es natural esperaba que aportara algo para sustentar mi opinión. Me decepcionó. Ciertamente que hablaba con un acento que no conseguía identificar, pero no podía esgrimir eso contra él, con las Naciones Unidas a sólo dos kilómetros de allí.

Al parecer esperaban una larga sesión, por la forma en que se acomodaron en los asientos, pero Wolfe fue breve y no muy amable. En realidad, desde nuestro punto de vista, aquel par no eran ahora más que comparsas. Irby había caído como un regalo del cielo el día antes, cuando había llegado de la nada para traernos un rastrillo con que atraer a los accionistas de «Softdown», pero ahora que Sarah Jaffee nos había proporcionado otro mejor, él y su cliente eran simples figurantes.

Wolfe se mostró bastante educado.

—¿Ha tenido un vuelo aceptable, Mr. Hagh?

—No muy malo —contestó Hagh—.

Algunas sacudidas.

Wolfe se estremeció.

—Me alegro de que esté a salvo. —

Miró a Irby—. Han surgido novedades. No estoy autorizado a describirlo con detalle, pero afecta lo suficiente a Mr. Helmar y a sus socios como para que hayan accedido a venir aquí esta noche a las nueve para hablar del asunto. Aunque...

—Quiero conocerles —exclamó Hagh con énfasis.

—Ya lo sé. Aunque no vienen para tratar de su asunto, no veo ningún inconveniente en mencionarlo, ya que la otra cuestión está estrechamente relacionada. Pero si vienen esta noche,

debe quedar entendido que el procedimiento a seguir será el que yo decida. Ustedes tomarán parte sólo y cuando se les permita el uso de la palabra, y es posible que no les sea concedida. ¿Desean estar presentes en esas condiciones?

—Pero —Irby protestó—. ¡Usted dijo que habría una reunión para discutir de la reclamación de mi cliente! Debo insistir...

—No está usted en posición de discutir, señor. Al hacerme aquella estúpida oferta ayer, ha perdido el derecho a la equidad. ¿Desean estar presentes esta noche?

—Yo sólo quiero —exclamó Hagh

—, lo que me pertenece. ¡Lo que puedo probar que me pertenece!

—Puede ser que hiciera la oferta de forma poco adecuada —admitió Irby—. Acaso interpreté mal la naturaleza de su interés en el asunto. Pero sería una imprudencia por nuestra parte encontrarnos con esas personas sin tener la seguridad de que usted y Mr. Goodwin van a testificar sobre la autenticidad de...

—Entonces no vengán —interrumpió Wolfe.

Hagh sacó un sobre del bolsillo y lo agitó.

—Aquí tengo el documento que escribió mi esposa y que Margaret

Caselli firmó como testigo. Yo estaba delante. Desde aquel momento ha estado en mis manos y no hay ninguna duda de que es genuino. Todo lo que queremos es su ayuda para que la verdad prevalezca.

Hablaba totalmente en serio, posiblemente tanto como lo había hecho el 12 de agosto de 1946, cuando convenció a Priscilla para que firmara. Su petición no me emocionó.

Ni tampoco a Wolfe. Dijo terminantemente:

—No habrá seguridades, caballeros, ni indicios de un pacto. Estaré ocupado toda la tarde. En las condiciones que les he propuesto, serán bien recibidos aquí a las nueve de esta noche, si desean

venir.

Aquello zanjó la cuestión. Hagh quería que echara un vistazo alpreciado documento e Irby era tan testarudo que hizo un par de intentos, pero eso fue todo. Hubieran podido ahorrarse el esfuerzo. Salí al vestíbulo con ellos y de nuevo me sentí contrariado cuando Hagh, que era más joven, más alto y más fuerte que Irby, insistió en llevar la bolsa y la maleta sin ayuda. Continuaba queriendo anotar tantos en su contra y él seguía defraudándome.

Entré en la cocina y dije a Fritz que habría nueve invitados en lugar de siete.

Pero después resultó que ésa no sería la cifra final. Unas cuatro horas

más tarde, cuando estaba en mi habitación cambiándome de camisa y corbata en honor a la velada, sonó el timbre. Un minuto después Fritz anunció que un hombre que no había querido decir su nombre, quería verme. Terminé de arreglarme, bajé y vi a Fritz en la puerta principal que contemplaba la cadena del cerrojo. Fuera, en la escalera, visible a través del cristal, estaba Andreas Fomos en una postura que indicaba un esfuerzo muscular.

—Está empujando —dijo Fritz.

A través de la rendija grité.

—Nunca lo conseguirá, amigo. Soy Goodwin. ¿Qué quiere?

—No puedo verle cara a cara. —Su

voz era todavía más brusca que cuando él estaba dentro de su casa y yo fuera—. ¡Quiero entrar!

—Eso mismo quería yo, ¿y qué conseguí? ¿Qué quiere? Con esta vanidad, queda una a mi favor. Usted me lo preguntó tres veces.

—¿Podría romperte el cuello, Goodwin!

—Entonces nunca entraría. ¿Qué quiere? Ahora estamos en paz.

Oí una voz a mis espaldas.

—¿Qué es este alboroto?

Wolfe había salido del despacho y se acercaba, lo cual no era tan extraño como podía parecer. Era casi la hora de la cena y hubiera salido de su

madriguera de todas formas. Fritz volvió a toda prisa a la cocina, donde algo debía estar ya en su punto.

Informé a Wolfe.

—Es Andy Fomos, el que ayer me estropeó un zapato. —Hablé a través de la rendija—: Dentro de diez segundos cerraremos esa puerta.

—¿Qué me dijo ayer? —vociferó.

—¿Qué? ¿Se refiere a que Priscilla Eads iba a nombrar a su esposa miembro de la junta directiva de «Softdown»?

—¡Sí! Estaba pensando en eso y hace poco que he telefonado a esa tal Mrs. Jaffee. No es que me haya dicho gran cosa, pero me ha informado de

quién era usted y dijo que debía verle. Si esa mujer iba a convertir a mi esposa en algo importante, debía haber una buena razón y quiero que me diga cuál era. Debía estar en deuda con mi esposa y me gustaría saber de qué se trataba, ya que si me pertenece, lo quiero. Mi mujer hubiera querido que fuera mío. Usted tiene que saberlo; si no, no habría venido a verme.

Dije a Wolfe:

—Cuando me envía a buscar algo, lo obtengo, ¿no? Éste completa el pedido. ¿Le interesa?

Estaba contemplando al visitante a través del cristal. Fomos no impresionaba tanto vestido como en

pantalón corto, pero era todo un tipo.  
Wolfe gruñó.

—Si viene esta noche, ¿será incontrolable?

—No, si tengo herramientas a mano, y las tendré.

—Invítale.

Volví a hablar por la rendija.

—Oiga, amigo. Algunas personas van a venir esta noche a las nueve para hablar de todo el asunto y puede ser que lleguemos al punto que le está consumiendo, el porqué su mujer iba a ser miembro de la junta, y puede ser que no. Puede venir si se comporta como es debido. En caso contrario, no le dejaremos quedarse.

—¡No voy a esperar! ¡Quiero entrar ahora!

—¡Oh, no puede ser! Ya me ha oído. Vamos a cenar y la idea de tenerle ahí fuera acampado nos molestaría. Si le veo calle abajo cuando cuente diez, le dejaremos entrar a las nueve. Si no, no. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Se había largado. Wolfe se encaminó hacia el comedor. Yo fui a la cocina y dije a Fritz:

—Uno más. Serán diez. Incluido Mr. Wolfe y yo, una hermosa docena. Si te contamos a ti, trece.

—Entonces no contaremos conmigo —contestó.



# 10

Estaba ligeramente enojado con Nathaniel Parker. Habíamos acordado que él y Mrs. Jaffee llegarían quince o veinte minutos antes, para convenir la línea de conducta, y en lugar de eso se presentaron los últimos, diez minutos tarde. Lo más probable, a juzgar por su actitud, era que hubiesen cenado juntos y no había ninguna ley contra eso. También era probable que Parker hubiera pensado que no era necesario un acuerdo previo, ya que Wolfe se iba a

hacer cargo de conducir la reunión a su manera, pero su tardanza me dificultó las cosas. No tuve ninguna ayuda de Wolfe, ya que su costumbre, cuando íbamos a celebrar una reunión, era quedarse en la cocina hasta que todos hubieran llegado.

Cuando llegaron Parker y Sarah Jaffee, el ambiente estaba algo cargado. El quinteto de «Softdown» no había llegado en grupo, pero inmediatamente habían formado uno al lado del sofá, conversando en voz baja. Al presentarles a Eric Hagh y a su abogado, Irby, no hubo apretones de manos. Los cinco de «Softdown» estaban demasiado asombrados. No di ninguna explicación

por la presencia de Irby y Hagh y nadie me la pidió. Ofrecí algo que beber, pero nadie quería nada. Después había llegado Andy Fomos y tras ser presentado, se había servido un vaso de vino blanco con soda. Sorbiendo su trago largo se había quedado en un rincón mirando a su alrededor, como si estuviera pensando qué cuello tendría que romper en primer lugar. Aparte del mío y tal vez el de Hagh, ninguno le hubiera dado trabajo. En cuanto a mí, le había dicho a Wolfe que tendría herramientas a mano y así era: una «Farger» de cañón corto en la cadera y una porra de caucho en el bolsillo de la chaqueta. No parecía probable que

Wolfe convirtiera la reunión en un campo de batalla; pero si eso ocurría, no había ni que decir con quién empezaría.

Cuando Fritz entró con Parker y Sarah Jaffee en el despacho, ella se quedó en la puerta. Era la primera vez que la veía con luz artificial, y era como una aparición, con el rostro ligeramente sonrosado, un vestido de verano blanco, sandalias y bolso a juego. Perry la llamó por su nombre de pila y se disponía a ir a buscarla, pero le salió al paso y la hice pasar a ella y a Parker al tiempo que decía sus apellidos. Ninguno de ellos había visto antes a Parker. En cuanto a Irby y Hagh, era la primera vez que veían a Sarah Jaffee. Hagh le besó la

mano. No había besado la de Viola Duday. Me dio la impresión de que a Sarah no le desagradó el gesto y tuve que reconocer que él estaba más presentable que por la tarde, ya que iba peinado, afeitado y vestía un traje y zapatos blancos impecables. Coloqué a Perry Helmar en el sillón de cuero rojo y a los demás como habíamos planeado y me dirigí a la mesa de Wolfe para pulsar el timbre. Uno largo y dos cortos.

Wolfe hizo su entrada.

—¿Archie? —dijo.

Identifiqué a los cuatro que no conocía.

—Miss Viola Duday, antiguamente secretaria del presidente de «Softdown»

y actualmente subdirectora. Jay L. Brucker, presidente. Bernard Quest, lleva sesenta y dos años en la firma, durante cuarenta y cuatro jefe de ventas y vicepresidente en los últimos veintinueve. Oliver Pitkin, secretario y tesorero.

Wolfe hizo una inclinación de cabeza de dos centímetros, para él un esfuerzo desmesurado, y se sentó. Antes de haberse acomodado en el sillón, lo cual siempre exigía algunas maniobras, Perry Helmar empezó a hablar.

—He preparado una declaración —anunció—, que desearía leer. —Levantó la barbilla ante la llamada del deber. Tenía un papel en la mano.

—¿Es muy larga? —preguntó Wolfe.

—Tres o cuatro minutos.

—Adelante.

Helmar se ajustó las gafas y empezó a leer.

—«Declaración de Perry Helmar, a veintiséis de junio de mil novecientos cincuenta y dos. En nombre propio y por mi leal saber, recuso la participación del detective privado Nero Wolfe en cualquier discusión de los asuntos relacionados con Priscilla Eads, fallecida, o cualquier cuestión que se refiera a ella, incluida su muerte. Baso esta recusación en el hecho de que el citado Nero Wolfe ocultó al abajo firmante la presencia en su casa, el

veintitrés de junio de mil novecientos cincuenta y dos, de la mencionada Priscilla Eads, y en su engaño premeditado al abajo firmante, contribuyendo así a ponerla en peligro y pudiéndosele considerar por tanto responsable en cierto grado de su muerte violenta. Los detalles de dicho encubrimiento han sido remitidos al fiscal del distrito, junto con mi declaración firmada, de la cual se adjunta una copia a este documento, como complemento de esta recusación. Sostengo que Nero Wolfe es persona impropia e indigna de investigar cualquier asunto relacionado con Priscilla Eads.

»En mi nombre y en el de mis cuatro asociados, Bernard Quest, Jay L. Brucker, Oliver Pitkin y Viola Duday, según acuerdo previo, denunciarnos a Nero Wolfe por instigación de un ataque injustificado de Mrs. Sarah Jaffee contra nosotros. Declaramos que dicha instigación fue promovida con malevolencia y que la amenaza de una acción legal por parte de Mrs. Jaffee es un injustificado y censurable intento de coacción. Hacemos notar que el letrado Nathaniel Parker, que ya anteriormente ha estado asociado con Nero Wolfe en varios casos, actúa en representación de Mrs. Jaffee y contemplamos este hecho como significativo e indicativo de la

naturaleza de dicho intento coercitivo, y solicitamos el derecho de interrogar a Mrs. Jaffee en privado, antes de entrar en conversaciones con el abogado Parker, y en particular en las que Nero Wolfe forme parte.»

Helmar había terminado de leer.

—Ésta es una demanda conjunta — aseguró con agresividad.

—Quisiera... —Nat Parker empezó, pero Wolfe le hizo una señal.

—Si me permite, Mr. Helmar. No se pone en duda su derecho a entrevistarse en privado con Mrs. Jaffee, ni tampoco el de Mr. Parker y mío a aconsejarla que no hable con nadie si no es en presencia nuestra. La única duda es lo que ella

decida. Mrs. Jaffee. No. Pregúntele usted.

Helmar se dio la vuelta hacia la izquierda. Estaba en el sillón de cuero rojo y los otros cuatro de «Softdown» formaban un arco. Sarah Jaffee estaba en el sofá. Al lado estaba Eric Hagh y detrás de él los dos abogados, Irby y Parker. Andy Fomos estaba solo al lado de la estantería.

Helmar se dirigió a Mrs. Jaffee.

—No has querido hablar conmigo por teléfono, Sarah. Me conoces de toda la vida. Te he tenido en brazos cuando eras un bebé. ¿Sabes que haya hecho nunca algo injusto, deshonesto o malvado?

—Sí —contestó Sarah. Exhaló más aire de lo que pretendía y esto produjo una especie de explosión, pero fue perfectamente audible.

Aquello sorprendió a Helmar. La miró con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Qué? ¿Has dicho que sí?

—Sí. Eso es. Todo lo que has preguntado lo hiciste con Pris. Ni la quisiste ni la comprendiste nunca y te portaste mal con ella. —Levantó un poco la barbilla—. Quiero aclarar algo. No he sido coaccionada ni por Mr. Wolfe ni por Mr. Parker. Lo he hecho porque he querido y Mr. Archie Goodwin ha hecho que quisiera. No te servirá de nada hablar conmigo, Helmar,

ni hace falta que lo intente ninguno de los demás, así que olvídenlo.

—Pero, Sarah, ¿no lo entiendes!

—Yo pienso que sí. ¿Y qué si no lo entiendo?

—Olvídalo, Perry —dijo Viola Duday—. Es inútil.

—¿Desea alguien más —preguntó Wolfe— leer una declaración?

Parker intervino.

—Quisiera advertir a Mr. Helmar que no vaya repartiendo copias de ese escrito. Se trata de un libelo, y ya debería saberlo.

Wolfe asintió.

—Está preocupado y no es responsable de sus actos. —Movi6 los

ojos con rapidez a ambos lados—. Podría replicar a Mr. Helmar con respecto a esa acusación, pero esto tomaría tiempo y debemos seguir adelante. Ante todo, quiero que una cosa quede clara: mi postura en este caso. He sido contratado para investigar el asesinato de Priscilla Eads, y ése es mi único interés.

—¿Por Sarah Jaffee? —preguntó Helmar.

—No. La identidad de mi cliente no es de su incumbencia. En mi opinión, es perfectamente lícito que Mrs. Jaffee, como accionista de la compañía, presente la demanda proyectada, pero eso no lo determinará ni mi opinión ni la

de ustedes, sino un tribunal. Se llevará a cabo mañana por la mañana, a no ser que los acontecimientos de esta noche lo hagan innecesario.

—¿Qué acontecimientos lo harían innecesario? —era Oliver Pitkin.

Era evidente que su resfriado no había mejorado.

—Uno entre otros. Por ejemplo, que yo descubra la identidad del asesino.

Los ojos de Wolfe se movían inquietos. Eso duró unos instantes y nadie se movió ni dijo nada.

—Aunque debo confesar — prosiguió— que no confío en una salida tan satisfactoria. Otra cosa podría ser que llegara a la conclusión, después del

interrogatorio, de que ninguno de los cinco está involucrado en el asesinato. Ya que la demanda de Mrs. Jaffee está basada en la posibilidad de que alguien de ustedes tuviera algo que ver con ello y la intención es evitar que el culpable pudiera sacar provecho de su crimen, tal conclusión invalidaría la demanda. El propósito de esta reunión es dicho interrogatorio.

—¡El propósito de esta reunión —contradijo Helmar— es una explicación suya y del abogado Parker de tan indignante proceder!

La mirada de Wolfe le petrificó.

—¿Lo ha dicho en serio?

—¡Claro que sí!

—Entonces váyanse. —Hizo un gesto con la mano—. ¡Fuera! ¡Ya estoy harto de ustedes!

Nadie se movió, sólo las cabezas se volvieron para intercambiar miradas.

—Antes de que se vayan —dijo Wolfe—, aquí tienen una información. Tengo entendido que ustedes aseguran, especialmente usted, Mr. Helmar, que el documento firmado por Priscilla Eads —por aquel entonces Priscilla Hagh—, por el cual le donaba la mitad de sus bienes, es falso. Éste es el motivo de la presencia aquí de Mr. Irby y de su cliente Mr. Hagh, que ha llegado hoy a Nueva York. —Se concentró en Helmar—. Si usted me acusa de engaño, señor,

yo le acuso de mentir descaradamente con intento de estafa. En esta misma sala, el lunes por la noche, Miss Eads aseguró a Mr. Goodwin y a mí que había firmado ese documento y ya...

—¡Bravo! —Eric Hagh se había levantado del sillón y paseaba arriba y abajo con un sobre en la mano—. ¡Esto es honradez, caballeros, aquí está, aquí!

Es posible, a juzgar por su apariencia, que no hubiera heredado la tendencia sudamericana a la exuberancia, pero seguro que se había contagiado de ella y en aquel momento, alguien más se contagió. Andy Fomos irrumpió, se acercó como una flecha, se enfrentó al equipo de «Softdown» y

bramó:

—¡Y antes de que se vayan tendrán que oírme! ¡Ella iba a nombrar a mi esposa directora! ¡Y ahora las dos están muertas! ¿Qué van a hacer ustedes para que todo sea claro y limpio? ¡Lo que tendrían que hacer es nombrarme director y pagarme lo que le hubieran pagado a ella! —Levantó un puño y yo me incorporé, pero sólo tenía la intención de señalar con el dedo a Viola Duday—. ¿Y qué se proponía usted, viniendo a mi casa la semana pasada para hablar en secreto con mi mujer? —El dedo cambió de dirección para detenerse en Brucker—. ¿Y usted, lo mismo?, también vino a hablar con ella.

¿Para pedirle que fuera directora?  
¡Ahora puede pedírmelo a mí! No...

—¡Archie! —gritó Wolfe.

Yo ya estaba avanzando. Otros, aparte de Hagh y Fomos habían abandonado los asientos, causando alboroto.

Hice que Fomos volviera a su sitio sin que se resistiera y después dije al grupo de «Softdown».

—¿Ustedes, se van o no? Si se marchan, éste es el camino. Si no, deben estar sedientos y díganme qué quieren.

—Bourbon con agua, para mí —se apresuró a decir Viola Duday.

Wolfe llamó a Fritz, que entró para servir, y Eric Hagh ofreció su ayuda.

Hubo algo de movimiento durante el proceso del reparto de bebidas y una vez finalizado, noté que Hagh se había sentado en el sofá al lado de Sarah. Andy Fomos era el único consumidor de vino. Wolfe, como de costumbre, tomaba cerveza. Yo bebí un gran vaso de agua..., no es que no me guste algo más consistente cuando no estoy de servicio, pero éste no era el caso. Todo lo que no anotaba en mi bloc de notas, lo archivaba en el seso para cuando lo necesitase, y con aquella pandilla no podía rebajar mis facultades.

La marcha del quinteto de «Softdown» no volvió a mencionarse. Cuando todos hubieron bebido, Helmar

levantó la barbilla y dijo:

—En cuanto a la autenticidad de...

Wolfe le cortó:

—No, señor. Su concepto del propósito de esta reunión, el concepto de Mr. Hagh y el de Mr. Fomos, son todos distintos y todos erróneos. El propósito es un interrogatorio por mi parte para tratar de averiguar si alguien o todos ustedes están implicados en el asesinato de Priscilla Eads. Si llego a la conclusión de que no, la demanda de Mrs. Jaffee se anulará. Si decido que lo están o existe una posibilidad de que así sea, la demanda seguirá su curso.

—Esto es fantástico —declaró Helmar—. ¿Nos somete a un juicio por

asesinato con usted como juez y jurado?

—No, no tal y como lo expone. No voy a aplicar sanciones, ni tampoco tengo una silla eléctrica preparada. Pero, si Mrs. Jaffee sigue adelante y el tribunal escucha las declaraciones, el grado de probabilidades de que uno o varios de ustedes puedan estar implicados en un asesinato se convertirá en el punto sobresaliente y será debatido en el tribunal. Esto sería una experiencia muy desagradable para usted, y acaso lo evite declarando aquí, en privado. ¿Desea intentarlo? Si es así, lo mejor es empezar. Son las diez.

Se intercambiaron miradas.

—¿Qué significa un interrogatorio?

—preguntó Viola Duday—. ¿Quiere usted decir que nos hará cualquier tipo de pregunta, al igual que la Policía? Todos nosotros hemos pasado horas, varias horas, con la Policía.

Wolfe negó con la cabeza.

—Tardaríamos días. Quiero hacerles algunas preguntas..., por ejemplo, le preguntaré a usted sobre la conversación secreta que Mr. Fomos dice que tuvo con su esposa. No serán muchas. Propongo otro sistema. Sugiero una exposición de lo que cada uno de ustedes considere importante. Todos han sido interrogados de modo exhaustivo por la Policía y deben tener los hechos y consideraciones frescos en la mente.

Hagámoslo así: Miss Duday, existen sospechas de que tenga algo que ver con el asesinato de Priscilla Eads y con el de Margaret Fomos, e incluso de que pueda haber cometido esos crímenes con sus propias manos. ¿Qué puede alegar para disipar tales sospechas? Tiene media hora. ¿Qué le parece?

—Eso es una artimaña astuta y peligrosa, Viola —advirtió Helmar.

—¿Cómo puede ser peligrosa para alguien inocente? —preguntó Wolfe.

Miss Duday tomó un sorbo de bourbon con agua, del que ya había bebido medio vaso.

—Creo que me arriesgaré —contestó con su voz clara y agradable—.

Si bien dudo que precise media hora. Al parecer usted no sabe, Mr. Wolfe, que en mi caso el motivo hubiera sido de menor consistencia que el de los demás. Es cierto que voy a obtener un buen paquete de acciones, igual que ellos, pero pueden rechazarme por votación si lo desean. En cambio, si Priscilla hubiera vivido, me hubiera convertido en el puntal de la empresa, con todo el control de la misma. ¿Le parece convincente?

Wolfe asintió.

—Mr. Goodwin me dijo que se lo había comentado y que Miss Eads había explicado a Mrs. Jaffee que tenía la intención de nombrarla presidenta. ¿Sabía usted que Mrs. Fomos sería una

de las directoras?

—Sí. Priscilla quería que todos los ejecutivos fueran mujeres, y precisábamos cinco. Ella, Sarah y yo seríamos tres, Miss Drescher, una de las supervisoras de la fábrica, cuatro, y nos faltaba otra. Margaret llevaba muchos años al lado de Priscilla y le era muy fiel, así que pensamos que no ocasionaría problemas y sería un gesto bonito.

—¿Ése era el único motivo?

—Sí. Tengo que decirle que la idea no me entusiasmaba. Asuntos importantes, transacciones y planes de operaciones futuras son tratados en los consejos de dirección y si Margaret

acudía se enteraría de todo. Priscilla confiaba ciegamente en ella y yo no tenía nada en contra de esa mujer, pero quería saber cómo iban las relaciones con su esposo. Mujeres que son discretas en todos los demás aspectos, son verdaderas chismosas con su marido. Por eso fui a casa de Margaret una noche de la semana pasada, para conocer a su esposo y hablar con ambos para ver qué tal se llevaban. No hubo nada secreto...

—¡No!

Andy volvió a desmandarse. Se adelantó, mientras hablaba entre dientes. Le salí al paso. Él decidió topar conmigo y sólo podía hacer dos cosas,

apartarme para evitar que me arrollara o librarme de él. Escogí lo último. Había sobreestimado su ímpetu y fuerza. El resultado fue que mi golpe de codo y cadera no sólo le apartó sino que le hizo caer al suelo. Cuando se levantó e iba a por mí yo ya tenía un sillón de por medio y la porra en la mano.

—Quieto, muchacho —dije—. No quiero golpearte, pero creo que es la hora de que eches un sueñecito. Siéntate y quédate quietecito. —Mientras le vigilaba por el rabillo del ojo, pregunté a Wolfe—. ¿Quiere dejarle recitar su monólogo?

—Ahora no. Ya veremos más tarde. Siga usted, Miss Duday.

Ella esperó a que Fomos volviera a su asiento y después prosiguió.

—Mi visita y mi charla con Margaret Fomos no tenía otro significado que el que he explicado. Estaba hablando de los motivos. ¿Debo profundizar en eso?

—Todo lo que usted piense que pueda ayudar.

—Será difícil sin producir una falsa impresión, pero, lo intentaré. No quiero dar la impresión de que pienso que probablemente uno de mis socios sea un asesino, pero los hechos son los hechos. A pesar de que Priscilla no me apreciaba personalmente, me tenía una gran consideración por mi inteligencia y

capacidad. También estaba convencida de que las mujeres debían tener más poder en todos los campos. Además de eso, cuando hace dieciocho meses decidió interesarse por los asuntos de «Softdown» y llevar las riendas, se sentía molesta porque los hombres, en especial los cuatro hombres aquí presentes, la trataban con lo que ella veía como servilismo, pero que no ocultaba...

Dos de ellos hicieron ruidos. Ella calló. Wolfe les dirigió una mirada penetrante y ambos enmudecieron.

—Pero que no ocultaba su escepticismo sobre su capacidad para comprender el misterioso proceso de

confeccionar y vender toallas. Si yo hubiera compartido esa duda, tengo el cerebro suficiente para no demostrarlo, y Priscilla lo sabía. Cada vez más acudía a mí, y solo a mí, para que le enseñara. El resultado fue que yo tenía motivos para esperar grandes ventajas personales cuando tomara posesión de la firma y de su control activo. En cuanto a lo que esos hombres podían esperar, ellos se lo dirán.

Hizo una mueca con los labios y reconsideró.

—Puedo añadir esto. En 1941, cuando Mr. Eads vivía y yo era su colaboradora, mi sueldo era de cuarenta mil dólares. El año pasado, con Mr.

Helmar como administrador, percibía dieciocho mil. Priscilla me dijo que mi salario inicial como presidente sería de cincuenta mil. Mr. Brucker cobra sesenta y cinco.

Wolfe gruñó, un poco ofendido creo, posiblemente por enterarse de que un simple vendedor de toallas cobraba la mitad que él. Preguntó:

—¿Sabían estos caballeros que Miss Eads tenía la intención de ponerla a usted al frente del negocio?

—Prefiero que ellos respondan a eso. Si dicen que no, ¿podré rebatirlos?

—Sí. Continúe, Miss Duday.

—Bien. En cuanto a la oportunidad, según tengo entendido, la teoría es que

las mató la misma persona y que Margaret Fomos fue asesinada después de las diez y media, y Priscilla antes de las dos de la madrugada. Durante esas tres horas y media yo...

—Por favor —interrumpió Wolfe—. No vamos a perder el tiempo en eso.

—¿No? —enarcó las cejas.

—No. Si uno de los presentes tiene una coartada convincente y ha sido comprobada por la Policía, puede decirme que me vaya al infierno. De todas formas, una coartada no me convencería de nada. Consideremos los crímenes. Mrs. Fomos fue asaltada en la calle por la noche, arrastrada o atraída hasta la entrada de una casa,

estrangulada y desposeída de su bolso. Dentro estaban las llaves. Con una de ellas el asesino tuvo acceso al apartamento de Miss Eads, la esperó escondido y cuando ella entró, la atacó y estranguló. Al verla, Miss Duday, dudo mucho que hubiera podido cometer esos asesinatos, pero no hay razón para creer que no hubiera contratado a alguien y los hubiera tramado usted. ¿Cuánto hubiera tenido que pagar? ¿Diez mil? ¿Veinte mil? No, dejaré su coartada, la tenga o no, para la Policía.

Wolfe frunció el ceño.

—Como ve, estamos muy limitados. El motivo no precisa examen: es un secreto a voces. Los medios no son un

problema: un pedazo de cuerda de sesenta centímetros. La oportunidad no nos lleva a ninguna parte, ya que los asesinos pudieron obrar por cuenta de otro, con lo suficiente en juego para que valiera la pena idearlo y pagar. ¿Cómo podría acosarla o tenderle una trampa? Todo lo más que puedo hacer es inducirla a hablar y esperar algo. ¿Qué tal se llevaban Mr. Helmar y Mr. Brucker con Miss O'Neil?

Hubo un pequeño revuelo. Brucker, que estaba arrellanado en el sofá, se incorporó con un sobresalto. Pitkin emitió un sonido parecido a una risa sofocada, pero se calló. Helmar se quedó boquiabierto.

Miss Duday guardó la compostura.

—En realidad, no lo sé —contestó—. Claro que todo esto ha cambiado la situación... al menos de momento.

—Usted dijo a Mr. Goodwin que tan pronto como Miss Eads estuviera al mando, Miss O'Neil perdería su empleo.

—¿Eso dije? Bueno, pues ahora ya no.

—También le comentó que ella trataba de enfrentar a Mr. Helmar con Mr. Brucker. ¿Cuál era la relación entre ese hecho y el asesinato de Miss Eads?

—Ninguna, que yo sepa.

—No, eso no puede ser —Wolfe estaba crispado—. Mr. Goodwin le dijo que había ido a investigar el asesinato y

usted le proporcionó voluntariamente esa información. Es usted demasiado inteligente para charlar de detalles irrelevantes. ¿Cuál era la relación?

Ella sonrió con una delgada y tensa sonrisa.

—Cielos, ¿estoy acorralada? ¿Usted supone que en alguna grieta oscura de mi mente tenía la idea de que estos hombres eran incapaces de matar por interés, pero que su ciega pasión por esa criatura... no podía asegurarlo? ¿Y yo me descolgué diciéndole eso a Mr. Goodwin aquel día? ¿Le parezco capaz de algo así?

—No sé qué decirle —contestó Wolfe—. ¿Cuándo y dónde vio por

última vez a Miss Eads?

—Hoy hace una semana. El pasado jueves por la tarde, en el despacho.

—¿Qué despacho?

—Las oficinas de «Softdown», en el 192 de Collins Street.

—¿Qué sucedió y de qué hablaron?

Viola Duday estaba insegura. Abrió la boca, la cerró y dudó un instante. Finalmente habló.

—Ése es un detalle —dijo— donde nos comportamos como idiotas. Esos cuatro hombres y yo. Tuvimos una discusión el martes por la tarde que fue interrumpida por su hombre, Mr. Goodwin. Acordamos el informe que daríamos sobre lo sucedido el jueves.

Sabíamos que habría una investigación sobre el asesinato y nos pusimos de acuerdo sobre lo que explicaríamos. Ha sido la única vez en mi vida que me he comportado como una estúpida. Miss O'Neil estaba presente, ya que estaba preocupada por los acontecimientos del jueves. Como tiene el mismo seso que un mosquito, a un policía competente no le costó más que diez minutos sonsacarla. Como es natural, supieron toda la verdad de lo sucedido el jueves, así que puedo decírselo a usted. ¿Lo quiere completo?

—Lo necesario. Si algo no vale la pena, se lo diré.

—Priscilla vino al centro de la

ciudad y comió conmigo. Me explicó que había hablado con Sarah Jaffee el día anterior y que Sarah se había negado a ser elegida director, que tampoco quería ir a la reunión de accionistas el primero de julio, tal y como habíamos planeado. Priscilla y yo hablamos de buscar a otra persona como director y de otras cosas. Después del almuerzo vino a la oficina conmigo. El ambiente siempre era tenso cuando Priscilla estaba allí y aquel día peor que de costumbre. No estaba en la habitación cuando la escena entre Priscilla y Miss O'Neil empezó así que no sé cómo se inició, pero escuché el final. Priscilla le ordenó que abandonara el edificio y que

no volviera nunca más y ella se negó a obedecerle. Esto ya había ocurrido otra vez.

—En la ocasión anterior —puntualizó Mr. Brucker—, Miss Eads estaba completamente equivocada.

Viola Duday no le hizo el mínimo caso. Ni siquiera le miró. Se dirigió a Wolfe.

—Priscilla estaba furiosa. Telefoneó a Helmar al bufete y le pidió que acudiera, y cuando llegó le dijo a él y a Brucker que había decidido nombrar una nueva junta directiva de la que yo sería el presidente. Ellos convocaron a Quest y a Pitkin y los cuatro pasaron más de tres horas intentando convencerla de que

yo era una incompetente que arruinaría la empresa. No creo que lo consiguieran. Lo supe porque antes de marcharse vino a mi despacho y me dijo que ya sólo faltaban once días y que pasaría el fin de semana fuera. Nos dimos la mano y ésa fue la última vez que la vi.

—Por lo que sabe, ¿le parece que aún tenía la intención de nombrarla presidente?

—Sí. Estoy segura.

—¿Sabe usted que vino aquí el lunes por la tarde y que pasó algunas horas en esta casa?

—Sí, lo sé.

—¿Sabe por qué vino?

—No sé nada en concreto. He oído conjeturas.

—No voy a preguntarle qué ni de quién. Tengo el convencimiento de que no han venido sólo por la amenaza de una acción legal por parte de Mrs. Jaffee. También confiaban saber el porqué de la visita de Miss Eads y de lo que explicó. Temo que voy a desilusionarles. He hecho un informe completo para la Policía, mejor dicho, Mr. Goodwin ha sido el autor y si ellos no quieren hacerlo público, yo tampoco. Pero deseo preguntarle, ¿sabe usted alguna razón por la cual, el lunes, Miss Eads hubiera decidido desaparecer? ¿Se sentía perseguida o asustada por

alguien?

—¿El lunes?

—Sí.

—No lo sé. —Se mordió el labio, mirándole—. No lo sé, sólo puedo ofrecerle una suposición.

—Vamos allá con esa suposición.

—Bien, sé que Perry Helmar tenía una cita con ella en su apartamento el lunes por la tarde. Eso lo supe ayer. Sé también que esos hombres estaban desesperados, y que habían pasado varias horas el lunes en las oficinas de «Softdown» buscando en los archivos y recopilando documentación. Pensé que habían estado recogiendo pruebas para demostrar mi incompetencia y convencer

a Priscilla. Ahora creo que Helmar le solicitó esa entrevista el lunes, a fin de mostrarle esas pruebas para que se diera cuenta de que no podía confiar en mí. Mi suposición es que ella decidió recluírse en alguna parte porque la estaban fastidiando, especialmente Helmar, y ya estaba harta de ellos.

—¿Por qué Helmar en especial?

—Tenía más que perder. Los demás ayudaban a llevar el negocio y podían confiar en seguir percibiendo buenos salarios cuando Priscilla se hiciera cargo de la empresa. Helmar ha tenido muy poco que ver con la marcha del negocio y no es un directivo de la firma, aunque se le han estado pagando

cuarenta mil dólares al año en concepto de consejero, cuando merecía como máximo una décima parte. Después del 30 de junio dudo que hubiera percibido nada y...

—Eso es falso, y lo sabes. —La desafió Helmar—. ¡Es algo totalmente infundado!

—Ya le llegará el turno —dijo Wolfe.

—Puede dárselo ahora —exclamó con desdén Miss Duday—. Es todo lo que quería decir. ¿Tiene usted alguna pregunta?

—No. Bueno, Mr. Helmar. Adelante. Hubo una interrupción educada por parte de Eric Hagh. Solicitó otra copa y

los demás también estaban dispuestos a tomar un trago más. Hagh daba la impresión de haberse convertido en el guardián de Sarah Jaffee, pero yo estaba demasiado ocupado para que eso me molestara. Creo que Nat Parker no era de mi parecer.

Wolfe se sirvió cerveza de su tercera botella, dio unos sorbos y se dirigió a Helmar.

—¿Y bien, señor?

# 11

Por su expresión era evidente que a Perry Helmar se le hacía arduo asumir que se encontraba en tal aprieto. Para él, miembro fundador de un antiguo y prestigioso bufete en Wall Street, tener que sentarse en aquel sillón de cuero rojo y disponerse a convencer a un detective privado llamado Nero Wolfe de que no era un asesino, debía ser insoportable, pero tendría que soportarlo. Su oratoria de barítono era áspera y desdeñosa por la tensión a que

estaba sometido.

—Usted dice que no le interesan — se dirigió a Wolfe—, los factores de los medios y la oportunidad. El motivo es sabido por todos nosotros, pero también está claro que Miss Duday siente rencor. Su afirmación de que después del 30 de junio mis ingresos de la «Softdown» se hubieran acabado, no tiene ningún fundamento. Niego que Miss Eads tuviera la intención de comportarse de forma tan desaconsejable e ilógica.

Sacó un papel del bolsillo y lo desplegó.

—Como usted sabe, cuando fui al apartamento de Miss Eads el lunes por la tarde acudiendo a la cita que tenía

apalabrada con ella, encontré una nota. La tiene la Policía, ésta es una copia. Dice así: .

«Estimado Perry: Confío en que no estés muy enfadado conmigo por haberte dejado plantado. No voy a hacer ninguna locura. Sólo quiero estar segura de dónde me encuentro. Dudo que sepas nada de mí antes del 30 de junio, pero entonces te lo explicaré. Por favor, es un ruego que te hago, no trates de encontrarme. Con cariño. Pris.»

Dobló de nuevo el papel y lo guardó en el bolsillo.

—En mi opinión, el tono y contenido de esta nota no indica que Miss Eads hubiera decidido pagar mis muchos años

de defensa de sus intereses en la forma mencionada por Miss Duday. No era una ingrata ni una loca. Declino ofrecer una justificación de la cantidad que la empresa me ha pagado como asesor, diré sólo que ha sido por servicios prestados. El negocio no se limita únicamente a fabricar y vender toallas, tal y como Miss Duday ha afirmado. La variedad de actividades y sus amplios intereses requieren supervisión constante y capaz.

Envió una fría mirada a Viola Duday y continuó.

—De todas formas, incluso en el caso de que Miss Eads hubiera decidido actuar de la forma insinuada por Miss

Duday, mi situación no hubiera sido desesperada. Mis ingresos como abogado, sin la gratificación de «Softdown», cubren ampliamente mis necesidades. Y aunque me hallara en un estado precario nunca recurriría al asesinato. La idea de que un hombre de mi posición y temperamento pudiera, para conseguir un objetivo, actuar de forma tan perversa y correr un riesgo tan tremendo es algo que repugnaría cualquier norma humana de conducta. Esto es todo.

—Me parece que no —objetó Wolfe—. Ha dejado muchos puntos sin tocar. Si no existía el estado de desesperación, si no le había pasado por la cabeza el

pensamiento de que iba a ser excluido, ¿por qué me ofreció cinco mil dólares para encontrar a Miss Eads en seis días y el doble por entregarla, tal y como usted dijo, «sana y salva»?

—Se lo explicaré. Pensé que era probable que hubiera ido o quisiera ir a Venezuela para ver a su ex marido y quería, si era posible, dar con ella antes de que hablase con él. Yo había recibido aquella carta en la que reclamaba la mitad de los bienes y ella se había trastornado. Yo temía que hiciera alguna locura. Al utilizar la frase tan trillada «Sana y salva», no le daba ningún significado especial. Le dije que lo primero que había que hacer era

comprobar las listas de pasajeros a Venezuela. —Levantó un dedo huesudo—. Y usted la tenía aquí, en esta casa, y me lo ocultó. Y después, cuando me marché, ¡la envió a la muerte!

Wolfe, sabiendo que el dedo no disparaba balas, no le hizo el menor caso. Preguntó:

—¿Entonces acepta que ese documento que Mr. Hagh enseña tanto es auténtico? ¿Que su esposa lo firmó?

—No.

—Pero seguro que ella sabía si lo había firmado o no. Si no lo había hecho, si era falso, ¿por qué hubiera volado a Venezuela?

—Ella era... atolondrada, algunas

veces.

—No puede usted ser tan ambiguo, Mr. Helmar. Hablemos claro. Usted le enseñó a Miss Eads la carta de Mr. Hagh y la copia del documento. ¿Qué dijo ella? ¿Reconoció haberlo firmado o no?

—Me reservo el derecho de contestar a eso.

—Dudo que el tiempo le ayude — exclamó Wolfe en tono brusco—. Ahora que sabe que Miss Eads no fue a Venezuela y puedo asegurarle que no tenía intención de hacerlo, ¿cómo explica que esquivara su cita, su fuga, que le pidiera que no tratara de encontrarla?

—No tengo que explicarlo.

—¿Declina intentarlo?

—No veo que precise más explicación que la que ya tiene. Ella sabía que aquella tarde acudiría con pruebas tangibles de que Miss Duday era totalmente incompetente para dirigir los asuntos de la compañía. Se lo había comunicado por teléfono. Creo que es probable que se hubiera dado cuenta de que debía abandonar la idea de nombrar a Miss Duday y no quería encontrarse cara a cara conmigo y admitirlo. También sabía que Miss Duday no le dejaría un minuto de descanso durante la semana que quedaba.

—Qué mentiroso eres, Perry —

exclamó Viola Duday.

Él la miró. Era la primera vez que le había visto dirigirle una mirada tan directa y explícita. Desde el ángulo en que me encontraba la vi perfectamente. Desmontaba un detalle de la explicación, la afirmación de que un hombre de su posición y temperamento no podría cometer un asesinato. Aquella mirada cuadraba perfectamente con un tipo a punto de rodear un cuello con una cuerda y apretar. Sólo fue una ráfaga, un chispazo y después volvió a fijar los ojos en Wolfe.

—Creo que eso explicaría —dijo— el que se marchara y me dejara una nota. Si eso explica lo que le dijo, no lo sé, ya

que ignoro lo que habló con usted.

—¿Qué hay de Miss O'Neil?

—No tengo nada que decir de Miss O'Neil.

—Oh, vamos. Puede ser que se trate de una voluptuosidad sin importancia, pero necesito saberlo. ¿Cuál era su juego? ¿Mantuvo relaciones íntimas con Mr. Brucker y con usted, o con ninguno? ¿Qué era lo que buscaba..., diversión, dinero, o un hombre?

Helmar apretó la mandíbula. Después dijo:

—Ha sido una estupidez someterme a esto. Con la Policía es inevitable, pero con usted es absurdo. Sus maliciosas insinuaciones con respecto a una joven,

a la cual usted es indigno de mencionar. Con toda su inocencia, modestia y méritos está muy por encima de estas perversiones. ¡He sido un idiota al venir!

Yo le contemplaba asombrado. Era difícil de creer. No es extraño escuchar comentarios sobre un abogado de Wall Street que busca esparcimiento en compañía de una hermosa muchacha, pero cuando uno oye a un hombre de esa mentalidad diciendo disparates se queda asombrado. Ese tipo de hombres son una amenaza para las relaciones saludables y normales entre los sexos. Después de haber oído a Helmar pronunciar aquel discurso moral sobre un ejemplar como

Daphne O'Neil, me mostré precavido con las mujeres. Wolfe preguntó:

—¿Debo entender que ha terminado, Mr. Helmar?

—Eso es.

—¿Mr. Brucker? —preguntó Wolfe.

Brucker era mi favorito. Algunas veces, cuando un grupo de personas está bajo la sospecha de un asesinato, todos te parecen igualmente capaces o incapaces de cometerlo. Eso no ocurre a menudo. Por lo general, por un motivo que a veces se sabe y otras no, se tiene un favorito, y el mío en este caso era Jay L. Brucker, el presidente. No sabía la razón, pero quizá fuese su cara larga, pálida y la nariz afilada, que me

recordaba a un pájaro para el que trabajé durante las vacaciones de verano allá en Ohio, en mis tiempos de la escuela superior y que me había estafado cuarenta centavos. También podía contribuir la forma en que había mirado a Daphne O'Neil en la sala de juntas de «Softdown». No hay ninguna ley que prohíba a un hombre demostrar su admiración por las obras de la Naturaleza, pero habían pasado pocas horas desde que se enteró de la muerte de Priscilla Eads y no le hubiera hecho ningún daño esperar a la caída del Sol para disfrutar.

Ahora no estaba tan animado. Era el único que había tomado tres copas...,

una buena ración de whisky cada vez, con unas gotas de agua... y yo había observado que cuando bebía, su mano temblaba.

—Deseo hacer constar... —empezó. No le salían bien las palabras, carraspeó dos veces y comenzó de nuevo—. Deseo hacer constar, Mr. Wolfe, que la demanda de Mrs. Jaffee me parece justificada. Mi opinión era que las acciones debían quedar depositadas bajo plica hasta que el asunto de la muerte de Miss Eads se hubiera aclarado satisfactoriamente, pero los demás alegaron que a veces un asesinato no se soluciona hasta que han pasado meses o incluso años o quizá

nunca. Comprendo que su postura es válida, pero también la de Mrs. Jaffee, y creo que es posible llegar a un acuerdo. No estoy resentido por su interés en el asunto. Aceptaría y agradecería su ayuda para llegar a un arreglo.

—Está perdiendo el tiempo, señor. Soy un investigador y no un gestor. Busco un asesino. ¿Lo es usted? No lo sé. Le ruego que me hable de esto.

—Lo haría encantado —volvió a aclararse la garganta—, si supiera algo que pudiera ayudarle a descubrir la verdad. Sólo soy un perseverante y trabajador hombre de negocios, Mr. Wolfe, no hay en mí nada brillante ni espectacular. Recuerdo un día de 1932,

el peor año del siglo para los negocios en América. Yo era un muchacho difícil, llevaba tres años en la «Softdown», había entrado a trabajar allí después de terminar mis estudios superiores. Era un frío día de diciembre, un par de semanas antes de Navidad y yo estaba en un tenebroso estado de ánimo. Se había corrido la voz de que por la situación de la empresa, se había decidido una reducción de plantilla y que a finales de año, varios de nuestro departamento seríamos despedidos.

—Si le parece que eso tiene que ver con el caso... —murmuró Wolfe.

—Así lo creo, señor. Ese día de diciembre, Mrs. Eads había acudido a

las oficinas para hablar con Mr. Eads y llevaba consigo a Priscilla, su hija de cinco años. Priscilla se quedó en la planta mientras su madre entraba en el despacho de su esposo, dando vueltas y mirando a las personas y tocando cosas, tal y como hacen los niños. Yo estaba allí, ella se me acercó y me preguntó cómo me llamaba. Yo se lo dije, Jay. ¿Sabe qué me contestó?

—No.

—Dijo: «Jay. ¡Parece una carcajada!» Era encantadora. Aquella mañana había estado haciendo pruebas con un nuevo tejido y tenía unos trozos en el bolsillo de color verde brillante. Se lo anudé alrededor del cuello y le

dije que era un collar que le entregaba como regalo de Navidad. La cogí en brazos para que se viera en un espejo. Estaba muy contenta, aplaudiendo y profiriendo gritos de júbilo infantiles. Después sus padres vinieron a buscarla. La pequeña Priscilla corrió hacia su padre, Nathan Eads, le enseñó su collar verde y, ¿sabe qué le dijo?

—No.

—Le dijo: «Papá, ¡mira lo que me dado Jay! Oh, papi, Jay no tiene que irse con los demás. ¡Quiero que se quede!» ¡Y me quedé! Era el más joven de mi departamento y mientras otros más antiguos fueron despedidos, yo me quedé. Aquélla, Mr. Wolfe, fue la

primera vez que vi a Priscilla Eads. Puede usted imaginarse lo que sentí por ella. Lo que he sentido siempre por ella a lo largo de todos estos años, a pesar de las dificultades, fricciones y desacuerdos. Aquel collar verde, mi trozo de tejido que le puse alrededor del cuello. Por supuesto, se lo conté a la Policía y lo han verificado. Ya puede usted suponer cómo me siento ahora, sabiendo que soy sospechoso de matar a Priscilla Eads. —Extendió las manos—. ¡Con estas manos! ¡Estas manos que ataron aquel collar hace veinte años!

Se levantó y se dirigió al aparador de las bebidas y utilizó las manos, una para sujetar el vaso y la otra para

servirse whisky con un poco de agua. Volvió a su silla y se bebió medio vaso de un trago.

—¿Y bien, señor? —Wolfe le invitó a continuar.

—No tengo nada más que decir —declaró.

—No hablará en serio. —Wolfe estaba estupefacto.

—Oh, sí. Creo que sí. —Viola Duday sonrió complacida—. Hace tres años que escribe el texto de la publicidad de «Softdown», pero no creo que usted la lea.

—No con entusiasmo. —Wolfe miró fijamente a Brucker—. Francamente, señor, o su mente se está deteriorando, o

piensa que la mía lo está haciendo. Remontémonos a anteayer, en lugar de hace veinte años. El martes por la tarde usted dijo a Mr. Goodwin que ustedes cinco, Mr. Helmar no estaba presente, pero Miss O'Neil sí, estaban discutiendo sobre el asesinato y se inclinaban a pensar que Miss Eads había sido eliminada por su ex marido. Se mencionó que...

—¿Quién dijo eso? —Eric Hagh reaccionó. Se abrió paso entre Pitkin y Miss Duday y sus ojos azules recorrieron el semicírculo, al tiempo que repetía la pregunta—. ¿Quién dijo eso?

Wolfe le indicó que se sentara, pero

no le hizo caso. Me levanté con la intención de obligarle a que volviera a su sitio y entonces Irby le dijo algo. Supongo que estaba con los nervios de punta debido a aquella sesión interminable y que no nos llevaba a ninguna parte. Algo de eso debía reflejarse en mi rostro y las ganas de vapulear a alguien que bien pudiera ser Eric Hagh, ya que Wolfe gritó mi nombre.

—¡Archie!

Eso me detuvo. A pocos pasos de Hagh, le dije:

—Vuelva a su sitio. Habíamos quedado en que hablaría si le invitaban a hacerlo.

—¿He sido acusado de asesinato!

—¿Y por qué no? También todos los demás. Si esto no le gusta, vuelva a su sitio, siéntese, escuche y empiece a preparar su defensa.

Irby le había puesto una mano sobre el hombro y el apuesto ex marido se dejó conducir hasta su asiento.

Wolfe prosiguió con Brucker.

—Con respecto a Mr. Hagh, usted dijo que ni siquiera hubiera hecho falta que viniera a Nueva York, que pudo haber contratado a alguien para matar a su esposa. ¿Qué significaba tal insinuación, de suponer que el acto había sido cometido por un asesino a sueldo?

—No lo sé. —Brucker tenía el ceño fruncido—. ¿Tiene alguna importancia?

—Creo que debía tenerla. De todas formas, me causa cierta impresión que se precipitara a buscar un candidato en Venezuela, cuando no le faltaban otros más a mano. Pero, la cuestión sigue en pie, ¿qué le hizo pensar en Mr. Hagh? ¿Qué interés tenía él en su muerte?

—No lo sé.

—Alguien debía saberlo. Miss Duday ofreció la peregrina insinuación a Mr. Goodwin de que Miss Eads negó haber firmado el documento, o que Mr. Hagh pensó que iba a hacerlo, y que, por tanto, tenía que deshacerse de ella. Esto es doblemente infantil. Primero, ella

había reconocido haberlo firmado. Segundo, había ofrecido, a través de Mr. Irby, pagarle cien mil dólares si se olvidaba de la reclamación. Eso fue la semana pasada. Así que Mr. Hagh, en un ataque de ira, se dirige a toda prisa al aeropuerto, llega a Nueva York y la mata, después de haber estrangulado a la sirvienta para arrebatarse la llave. A continuación vuelve a tomar el avión de regreso. ¿Le parece razonable?

—No.

—Entonces aventure algo que lo parezca. ¿Por qué mató Mr. Hagh a su ex esposa?

—No sabría decírselo.

—Es una lástima, ya que la manera

más sencilla que tienen para hacerme dudar de su culpabilidad es ofrecerme un sustituto aceptable. ¿Tiene alguno?

—No.

—¿Puede ofrecer alguna cosa más?

—No.

—¿Desea decir algo respecto a Miss O'Neil?

—No.

—¿Mr. Quest? —preguntó Wolfe mirando a su izquierda.

# 12

A lo largo de las cincuenta y pico de horas que habrían transcurrido desde mi visita al edificio de la «Softdown», en Collins Street, había tenido mucho tiempo disponible para averiguar datos. Uno de éstos era la edad de Bernard Quest. Tenía ochenta y un años. No obstante, no se podía asegurar, como Wolfe había hecho en el caso de Viola Duday, que si hubiera matado a Priscilla Eads hubiera sido como instigador y no como autor. A pesar del cabello blanco

y las profundas arrugas, podía apostar, por la forma en que se mantenía erguido, que aún estaba bastante en forma. Dijo a Wolfe, con voz calmada pero profunda: —En mi larga vida he tenido que tragar dos píldoras verdaderamente amargas. Este asunto es una de ellas. No me refiero al asesinato, a la muerte violenta de Priscilla Eads, aunque ha sido un golpe duro y lamentable. Lo peor es que se pueda pensar en mí, Bernard Quest, como responsable de ello. No sólo ustedes, que no me importan nada, sino los investigadores oficiales y responsables del caso.

Miró a Pitkin y a Miss Duday, después a Brucker y a Helmar y

finalmente de nuevo a Wolfe.

—Estas personas son adolescentes comparadas conmigo. Hace sesenta y dos años que estoy en la firma. Fui jefe de ventas durante treinta y cuatro años y soy vicepresidente desde hace veintinueve. Más de cuatro billones de dólares de nuestros productos han sido ventas realizadas bajo mi supervisión. En 1923, cuando fui nombrado vicepresidente por Nathan Eads, me prometió que algún día recibiría una parte importante del paquete de acciones de la compañía. En los años que siguieron esa promesa se renovó varias veces, pero nunca se cumplió. En 1938, Nathan Eads me dijo que había hecho

las provisiones necesarias en su testamento para el cumplimiento de la promesa. Protesté, y entonces ya estaba lo suficientemente resentido como para expresar mi protesta con hechos, pero era demasiado tarde. Ya tenía casi setenta años y las firmas de la competencia que anteriormente me habían ofrecido incentivos ilimitados ya no mostraban interés por mis servicios. Ya sabía que no podía confiar en la palabra de Nathan Eads, pero había esperado demasiado en hacer efectivas mis demandas por el único método que le hubiera convencido.

«Cuatro años después, en 1942, murió. Al leerse el testamento supe que

una vez más había incumplido su palabra. He dicho que había tenido que tragar dos píldoras amargas; ésa fue la primera. Acaso me puedan preguntar, ¿qué más daba? Yo tenía más de setenta años. Mis hijos eran mayores, felices y en vías de éxito profesional. Mi esposa había muerto. Mis ingresos eran elevados, superiores a mis necesidades. ¿Qué bien me hubiera reportado los tres millones de dólares en acciones? Ninguno. Era probable que sólo preocupaciones para mí y los míos. Pero decidí matar a una muchacha, Priscilla Eads, que entonces tenía quince años, para obtener al menos una parte de lo que me correspondía.

—¡Bernie! —exclamó Miss Duday.

—Sí, Viola. —La miró, asintió y continuó—. Esto no se lo he contado a la Policía, no porque me pareciera importante ocultarlo, sino porque quienes me han interrogado no eran una audiencia estimulante. Sentado aquí hace una hora, me he dado cuenta de que sería..., ¿un placer? No, un placer no, pero sí una excelente oportunidad para aligerar el peso. Después de los ochenta, ése es el mayor objetivo, aligerar el peso.

De repente sonrió, pero no nos sonreía a nosotros; sino a sí mismo.

—Mi sentido de la justicia, de la imparcialidad, se sentía ultrajado. Sabía

que Nathan Eads, que había heredado la firma, había contribuido muy poco a la fenomenal subida que había experimentado durante el cuarto de siglo en que había sido cabeza visible. Aquel auge se había debido en su mayor parte al trabajo de dos hombres, uno llamado Arthur Gilliam, un genio de los negocios, y yo. Eads le entregó el diez por ciento de las acciones de la firma para que no le abandonara y ese paquete es el que ahora posee su hija, Mrs. Sarah Jaffee. Como yo no era tan duro como Gilliam, me quedé sin nada. Y aquella traición final por parte de Nathan Eads en las disposiciones de su testamento fue más de lo que podía

soportar. Mi decisión de matar a Priscilla no la tomé para obtener ganancias materiales, eso hubiera sido una idea racional, y yo no era un ser racional: simplemente estaba desequilibrado. Supongo que mi mente no regía.

»Llegué a la conclusión de que debía estrangularla.

Hubo un pequeño revuelo entre la audiencia. No hizo caso.

—Sabía que muchos criminales eran descubiertos a través de pruebas de laboratorio de uno o varios objetos y tomé toda clase de precauciones ante tal peligro. Como necesitaba un pedazo de cuerda, pasé horas y horas estudiando el

método más seguro para obtenerlo. Mi casa está en Scarsdale, tiene jardín y garaje, y había por allí varios tipos de cuerda que hubieran servido, pero tenía que ser un pedazo de cuerda que no pudieran localizar. Resolví el problema de forma ingeniosa, me parece. Tomé el Metro de Broadway y me apeé al final de la línea. Después caminé. Al cabo de media hora había visto dos o tres que podían servir, pero yo era muy minucioso. La cuerda que escogí estaba en un solar, no lejos de la carretera. Un trozo de cuerda para tender la colada que medía más o menos un metro. No había un alma viviente en varios kilómetros a la redonda, pero fui

prudente. Fingí atarme el cordón de los zapatos y al incorporarme llevaba la cuerda enroscada en la mano.

Viola Duday preguntó:

—¿Estás inventando todo esto, Bernie?

—No, Vi, esto sucedió. Guardé la cuerda de inmediato en el bolsillo y allí se quedó hasta que me encontré de nuevo en casa, a solas en mi dormitorio y con la puerta cerrada con llave. Entonces la examiné, a pesar de que estaba sucia y gastada era sólida. En el cuarto de baño la lavé con agua y jabón y después de escurrirla bien, me encontré con un problema. ¿Dónde podía dejarla para que se secara? En ninguna

parte donde pudieran verla mis dos sirvientes o algún invitado de los que esperaba a cenar aquella noche, y tampoco quería guardarla mojada dentro de un cajón. Así que después de tomar una ducha la anudé en mi cintura antes de vestirme para la cena. Me sentía bastante incómodo con aquella cuerda sobre mi piel, pero no me hubiera sentido seguro si la hubiera puesto en cualquier otro lugar.

Después, cuando se marcharon mis invitados, al desnudarme para meterme en la cama, reflexioné, no por primera vez, sobre otro problema. ¿Debía hacerle perder el conocimiento golpeándola con algún objeto antes de

utilizar la cuerda? Me pareció más aconsejable utilizar sólo la cuerda como instrumento, si era posible. La desaté de mi cintura y traté de rodear algunos objetos con ella... El brazo de un sillón, un libro, una almohada... y apretar con fuerza, pero eso no me servía de nada. Tenía que saber cuánta tensión debía ejercer para que le faltara el aire y se desvaneciera con rapidez. Por tanto, puse la cuerda alrededor de mi cuello, hice un nudo y empecé a apretar.

Todas las miradas estaban fijas en él al levantar las manos y rozar el cuello con los nudillos.

—¡Dios mío! —exclamó alguien.

Quest asintió.

—Sí, pero aquí el interés ya decae. No había llegado mi hora. Recobré el conocimiento, después de haber caído al suelo y quedarme tendido allí durante unos minutos..., no sé cuántos. Desconozco también si mi desmayo fue sólo psíquico o físico, o si fue inducido físicamente al tensar la cuerda. Ha sido la única vez de mi vida en que la idea del suicidio pasó por mi mente. No al rodear el cuello con la cuerda y estirar, sino al recobrar el sentido. Durante unos instantes mi cerebro parecía vacío. Me quedé sentado en el suelo contemplando la cuerda entre mis manos. De repente todo se desbordó como si un dique hubiera reventado. ¡Había estado

planeando en serio y deliberadamente cometer un asesinato! ¿O se había tratado de una pesadilla? A duras penas me levanté y me miré al espejo. Había una señal alrededor del cuello. Si en aquellos momentos hubiera tenido una forma fácil de hacerlo, por ejemplo una pistola cargada, creo que me hubiera matado. Pero no la tenía y no lo hice. Más tarde, al amanecer, creo que hasta conseguí dormir.

—Bien. —Quest hizo un ademán—. Eso fue el final de la historia. Desde hace diez años esa cuerda, cuidadosamente enroscada, ha permanecido sobre una bandeja del aparador, donde puedo verla mañana y

noche. Muchas veces me han preguntado qué es y por qué está allí, pero nunca hasta ahora lo había explicado. Como...

—¿Está aún allí? —preguntó Wolfe.

Quest se mostró alarmado.

—¡Por supuesto!

—¿Ha estado allí en todo momento?

Quest se mostró más asustado. Se quedó boquiabierto y con aquella expresión parecía diez años más viejo. Al hablar, su voz sonó diferente.

—No lo sé. —Parecía aturdido—. No he estado en casa desde el lunes por la mañana. He estado con mi hijo, alojado en su casa de la ciudad. Quiero telefonar. —Se levantó—. ¡Quiero telefonar!

—Aquí —dije. Le acerqué al aparato y me levanté. El hombre se sentó en mi sillón y marcó un número.

—¿Della...? No, no, soy Mr. Quest. Perdone que la haya sacado de la cama... No, no, estoy bien. Sólo quiero pedirle un favor. ¿Sabe aquel trozo de cuerda que hay encima del aparador? Quiero que vaya a ver si está allí, como siempre. Esperaré. Vaya a comprobarlo y dígamelo... No, no la toque, sólo mire si continúa allí.

Apoyó la otra mano sobre la frente y aguardó. Los presentes no le miraban a él, sino a Wolfe, que había acercado el oído a su auricular. Pasaron dos minutos antes de que Quest levantara la cabeza y

hablara.

—Sí, Della... ¿Está allí? ¿Seguro...? No, sólo quería saberlo... No, no, estoy bien. Buenas noches.

Colgó el auricular con firmeza y dijo:

—Hubiera podido utilizarla, Mr. Wolfe, es cierto, pero no hubiera podido volver a dejarla en su sitio, ya que no he estado allí. —Se levantó, sacó un monedero del bolsillo, cogió cuatro centavos y dos peniques y los dejó sobre la mesa—. El importe de la llamada. Gracias. —Volvió a su silla—. Creo que será mejor que me limite a contestar preguntas.

Wolfe gruñó.

—Se ha anticipado, señor. Fue muy bien ideado y magníficamente representado. ¿Tiene algo que añadir?

—No.

—Entonces también sabe hasta dónde puede llegar. —Wolfe miró a su derecha—. ¿Y usted, Mr. Pitkin? ¿También sufrió una catarsis años atrás?

Oliver Pitkin se llevó el pañuelo a la nariz por enésima vez. Le habían servido un whisky con cerveza un par de horas antes, y aún no lo había apurado. Me había equivocado con él cuando el martes pensé que siempre sería un hombre de cincuenta años. Ya se había puesto encima al menos otros cinco, y había encogido. En vez de un hipócrita

ahora me parecía un insecto. Daba la impresión de haber oído en alguna parte que causaba cierto efecto en una conversación mantener la barbilla pegada al pecho y mirar por encima del arco superciliar, como un boxeador en un gancho. Acaso en otra persona hubiera sido admirable.

—No estoy seguro —advirtió con cautela— de saber lo que es una catarsis. ¿Podría definirlo?

—Será mejor que lo deje para otra ocasión. Volvamos a la pregunta que le he hecho a Miss Duday: ¿Qué puede usted alegar para desvanecer la sospecha de haber cometido un asesinato?

—Ésa no es la manera. —Suspiró—.

Es antiamericano. Primero muestre las pruebas en las que basa su sospecha, si es que tiene alguna, y después le contestaré. Ésa es la norma en América.

—No tengo pruebas.

—Entonces no tiene sospechas.

Wolfe le observó con atención.

—Señor, o es usted un imbécil, o simula serlo. Cuando hay alguna prueba de que alguien ha asesinado, no existen sospechas sino convicción. Si tuviera algún indicio de que uno de ustedes es culpable, no me quedaría aquí sentado hasta altas horas de la noche, invitándoles a charlar. Telefonaría a la Policía para que vinieran a detener al

culpable. ¿Tiene algo que decir?

—De esta forma, no. Hágame una pregunta, ¿no?

—¿Piensa usted que sería capaz de cometer un asesinato, no matar en defensa propia o por una explosión de ira, sino un asesinato premeditado?

Pitkin le observaba por debajo de las cejas. No le iban a cazar con la guardia bajada.

—No —contestó.

—¿Por qué no? Muchas personas lo harían. ¿Por qué usted no?

Aquello requería un estudio más profundo. Finalmente dijo:

—Por la forma en que miro las cosas.

—¿Y cómo mira usted las cosas?

—Desde el punto de vista de pérdidas y ganancias. Soy contable, y tal y como lo veo, no hay nada en la vida que no sea contabilidad. Por ese motivo Mr. Eads me promocionó hasta convertirme en secretario y tesorero de la firma. Él sabía cómo miraba yo las cosas. Una regla es ésta: si el riesgo de una operación es muy grande, no se debe llevar a cabo; sin que importe el provecho que pueda ofrecer si tuviera éxito. Ésa es una de las normas básicas que nunca deben romperse. Aplique esa norma a la idea de cometer un crimen y, ¿qué obtiene? Demasiados riesgos, así que no se lleva a cabo. No es una buena

idea. Todo es un asunto de debe y haber, y con un asesinato, el punto de partida ya requiere una operación de mucha envergadura. Todo en este mundo puede ser considerado desde el punto de vista de ganancias y pérdidas y no existe otra manera práctica de resolver cualquier asunto.

Se sonó.

—Al referirme a ganancias quiero decir provecho obtenido, pero no en el sentido legal. Quiero decir *de facto*, no *de jure*. Tomemos los ingresos que percibiré durante el resto de mi vida por la propiedad de las acciones de «Softdown». A eso se le llama ingresos no ganados, pero merecidos debido a

todos mis años de servicios dedicados a la compañía. Como contraste, veamos los provechos, los ingresos, que Sarah Jaffee está recibiendo por la propiedad de las acciones desde la muerte de su padre.

Se dio la vuelta.

—Mrs. Jaffee, me gustaría preguntarle, ¿qué ha hecho usted por la empresa? Dígame una sola cosa, pequeña o grande. El promedio de los dividendos de «Softdown» durante los últimos cinco años que usted ha venido percibiendo han sido unos cuarenta mil dólares. ¿Se ha ganado usted un uno por ciento?

Sarah le miró y dijo:

—Mi padre lo ganó.

—Pero, usted, ¿personalmente?

—No, claro que no. Nunca he ganado nada.

Pitkin se dirigió a Hagh.

—Hablemos de usted Mr. Hagh. Lo que reclama en realidad es una parte de los beneficios de «Softdown». Puede ser que legalmente obtenga algo, no lo sé, pero ciertamente no se ha ganado nada, y nadie relacionado con usted lo ha hecho. ¿Es incorrecto?

La expresión de Hagh era tolerante.

—Es totalmente correcto, señor. No puedo sentir vergüenza ni lamentar que se me ponga en la misma situación que a la encantadora Mrs. Jaffee. —Sonrió a

Sarah que estaba a su lado.

Pitkin volvió a su postura anterior, concentrando la mirada en Wolfe.

—¿Comprende usted lo que quiero decir al considerar la vida como pura contabilidad?

Wolfe asintió.

—No se me hace inescrutable. ¿Qué me dice de Miss Eads? ¿Era su situación en esencia igual a la de Mrs. Jaffee? ¿También era ella un parásito? ¿O el interés que había mostrado en la empresa durante los últimos tiempos la había convertido en merecedora de las ganancias?

—No. Eso no era un servicio a la firma. Era una injerencia.

—Entonces, ¿no ganó lo que percibió?

—Eso es.

—¿Y no merecía nada?

—Correcto.

—Pero faltaba una semana para que entrara en posesión del noventa por ciento de las acciones, dejándoles a ustedes, a los que trabajaban, sin nada excepto los salarios. ¿No era eso deplorable?

—Sí. Todos lo creíamos así.

—Usted tal vez con más intensidad, al ser un ardiente antifeminista y no soportar la idea de que una mujer posea o dirija nada.

Pitkin alegó.

—Eso no es cierto.

—Es lo que Miss Duday dijo a Mr. Goodwin.

—Miss Duday es malévola e indigna de confianza. Con respecto a las mujeres, pienso que también ellas están sujetas a las normas de contabilidad y tienen que poseer sólo lo que ganan, y a la vista de sus defectos, habilidades y carácter, son incapaces de ganar mucho más que una simple subsistencia. Las excepciones son muy raras.

Wolfe apartó el sillón hacia atrás y puso las palmas de las manos sobre la mesa, mientras contemplaba a los presentes.

—Me parece que tengo suficiente —

dijo—. No estoy seguro de que la noche haya sido bien empleada, si, como diría Mr. Pitkin, ha proporcionado ganancias o pérdidas para ustedes o para mí. —Se incorporó—. Mr. Parker, ¿quiere acompañarme? Deseo consultarle algo antes de decidir qué hacer.

Se encaminó hacia la puerta, Parker se reunió con él y salieron juntos. Me levanté e hice un sondeo para ver si alguien quería otra copa y algunos aceptaron. La mayoría se levantaron de sus asientos. Viola Duday se llevó a Sarah Jaffee a una esquina alejada, para hablarle en privado. Andy Fomos se unió a ellas, sin que nadie se lo pidiera, pero a pesar de sus defectos,

habilidades y carácter, ellas no mostraron señales de estar molestas, así que intervine. Cuando todos tuvieron su consumición en la mano, me acerqué al extremo de la mesa de Wolfe, cerré los ojos y escuché el murmullo de las voces. Llegué a la misma conclusión que Wolfe, ya tenía suficiente, sobre todo si teníamos en cuenta que yo no veía ninguna pista. ¿Y él? Me concentré y el rumor de voces evitó que oyera el ruido de la puerta al abrirse, pero el vocerío calló de golpe y levanté los párpados. Habían regresado. Parker se dirigió al lado de Sarah y Wolfe hacia su mesa, pero no se sentó. Les miró a todos.

—Miss Duday y caballeros. No

estoy en disposición de decirles sí o no. Es más de medianoche y tengo que asimilar lo que he visto y escuchado. Me comprometo a esto: Mr. Parker no dará ningún paso con respecto a la demanda de Mrs. Jaffee hasta que tenga noticias más mañana, y se lo comunicará a ustedes por anticipado a través de Mr. Helmar.

Como es natural no fue fácil. Helmar objetó, y también Brucker, pero las protestas más sonoras y tenaces fueron las de Irby, el abogado de Eric Hagh, y las de Andy Fomos. Irby quería que se certificara la autenticidad del documento de su cliente. Fomos deseaba saber cuándo le nombrarían director y cuánto

le pagarían. Mientras se producía aquel pequeño tumulto, Bernard Quest habló en voz baja y con persistencia a Sarah Jaffee, pero observé que ella negaba repetidamente con la cabeza, así que al parecer el hombre no consiguió lo que se proponía.

El primero en abandonar fue Fomos. Hizo un gesto con los brazos y se dirigió al vestíbulo. A continuación se marchó Viola Duday, sin escolta, y a continuación Jay Brucker y Oliver Pitkin juntos. Bernard Quest se marchó solo y Perry Helmar también. El único que creyó oportuno estrecharme la mano cuando salió fue Eric Hagh, que se marchó con su abogado Irby. Los

últimos en dejar la casa fueron Sarah Jaffee y Nathaniel Parker. Me sentí magnánimo al cerrar la puerta y echar el cerrojo tras ellos. Qué caramba, dejemos que la lleve a casa. Yo todavía sigo en cabeza.

Al disponerme a regresar al despacho salía Wolfe camino del ascensor.

—¿Cuál de ellos? —pregunté.

Hizo un alto.

—¿Cuál, qué?

—Perdone. Sólo era una broma. Si está usted tan confuso como parece, que Dios ayude a su cliente.

Me miró fijamente.

—Archie. ¿Sabes quién mató a Miss

Eads y a Mrs. Fomos?

—No, señor.

—¿Piensas en alguien?

—No, señor.

—Yo sí..., mejor dicho..., he pensado en alguien, pero hay una contradicción. ¿Qué me dices de Mrs. Jaffee? ¿Es una tramposa o una traidora?

—No. Mala apuesta, digamos diez a uno.

—Entonces necesito preguntarle algo. ¿Quieres hacer el favor de hacerla venir mañana por la mañana a las once?

Le dije que sí y entró en el ascensor. Mi cama tendría que esperar un ratito, hasta que hubiera ayudado a Fritz a dejar el despacho aseado, especialmente

los ceniceros y los restos de bebidas. Ya estaba allí y me reuní con él.

# 13

Era una noche calurosa y sólo tenía encima una sábana de cintura para abajo, así que al oír sonar el teléfono y despertarme lo suficiente para comprender lo que era, mi brazo estaba libre para alcanzar el auricular y acercarlo al oído. A aquellas horas de la noche no dije: «Nero Wolfe, Archie Goodwin al habla.» En primer lugar estaba demasiado indignado por la interrupción y además despierto sólo en parte y no muy seguro de quién o dónde

estaba.

—¿Sí? —exclamé con sequedad.

—¿Es la casa de Nero Wolfe?

La voz hizo que me espabilara un poco más.

—Sí. Soy Archie Goodwin.

—Yo, Sarah Jaffee. Lo siento mucho, Mr. Goodwin, ¿le he despertado?

—No del todo. Adelante. Diga lo que sea.

—Supongo que hubiera podido esperar hasta mañana, pero he pensado que acaso usted las hubiera encontrado y se preguntara de quién serían. ¿Ha encontrado unas llaves?

—No. ¿Ha perdido unas?

—Sí. Dos en un llavero. La de la

puerta de la entrada y la del apartamento. Estaban en mi bolso.

—¿Dónde está ahora?

—En casa. Pude...

—¿Cómo entró?

—El ascensorista. El de noche tiene una llave. Tal vez las haya perdido en el «Flamingo Club» o en el taxi, pero he pensado que tenía que telefonarle por si acaso las hubiera encontrado. Perdome que le haya molestado. Buenas noches.

—Espere un momento. —Estaba sentado en el borde de la cama con la luz encendida. Eran las dos menos diez. No quería asustarla, pero la situación me intranquilizaba—. No cuelgue —le dije—. ¿Está Olga con usted?

—No, ella no duerme aquí.

—¿Ha ido al «Flamingo» con Parker?

—Sí, hemos ido a tomar la última copa.

—¿Cuándo ha echado de menos las llaves?

—Cuando subía en el ascensor. Iba a sacarlas del bolso, pero no estaban allí.

—¿Por qué no abajo en el rellano?

—No las he necesitado. El ascensorista estaba allí con la puerta abierta.

—¿Parker no ha subido con usted?

—No.

—De acuerdo. Mantenga el teléfono al lado del oído.

—Pero..., que...

—Nada. Apuesto un millón contra uno a que no es nada. Perdió unas llaves, eso es todo. Pero, después de lo que ocurrió el lunes por la noche, las llaves me ponen nervioso y debe usted complacerme. Una vez el ascensorista le abrió la puerta, ¿cuánto tiempo ha pasado hasta que me telefoneó?

—Lo he hecho inmediatamente. Quería hablar con usted antes de que se acostara. ¿Qué quiere decir eso de que las llaves le ponen nervioso?

—Quiero decir que usted me gusta bastante a pesar del asqueroso café que hace Olga y que voy a ir en seguida. ¿Dónde está el teléfono desde el que

habla?

—En el salón.

—¿Al otro extremo del vestíbulo?

—Sí. ¿Ha dicho que viene hacia aquí?

—Eso es. ¿Querrá seguir mis instrucciones?

—Lo haré sí..., sí. Por supuesto. —  
Su voz no era firme.

—Bien. Escuche. Estoy casi seguro de que es una falsa alarma, pero de todas formas escuche. No cuelgue en ningún momento. Cuando yo diga, «Adelante», usted debe responder esto, comillas, «Creo que no, pero si espera un momento voy al vestíbulo a ver si está allí». Cierro las comillas. ¿Quiere

repetirlo?

—No hace falta.

—¿Está segura de que lo ha entendido bien?

—Sí.

—Muy bien. Tan pronto como diga esto, deje el teléfono sobre la mesa. No cuelgue, sólo déjelo sobre la mesa y vaya al vestíbulo y salga del apartamento dando un portazo. Diríjase al ascensor y pulse el botón sin apartar el dedo hasta que el ascensor llegue. Baje con el ascensorista y quédese con él hasta que yo llegue. ¿Comprendido?

—Sí.

—¿Lo hará tal y como le he dicho?

—Sí. Lo haré.

—Buena chica. No olvide dar un portazo, ya que voy a quedarme escuchando hasta que la puerta se cierre para salir disparado. Una vez esté ahí, podrá reírse en mi cara por ser tan mal pensado y después decidiremos qué podemos hacer. Por ejemplo, soy mejor bailarín que Nat Parker y aún es temprano. ¿Me está escuchando?

—Sí.

—Voy a repetirlo. Cuando diga «Adelante», usted contesta: «*Creo que no, pero si espera un momento voy al vestíbulo a ver si está allí.*» Tan pronto haya dicho esto, deja el teléfono sobre la mesa, va al vestíbulo, abre la puerta, sale, cierra de un portazo, llama al

ascensor sin quitar el dedo del pulsador hasta que llegue. Baja y se pega como una lapa al hombre del turno de noche hasta que yo llegue. ¿Seguirá las instrucciones al pie de la letra?

—Sí.

—¿Está preparada?

—Sí.

—Adelante.

—Creo que no, pero ¿espera un momento? Oh..., espere un momento e iré a ver si está en el vestíbulo.

Bastante bien, pensé, para no haber ensayado. Oí un chasquido cuando ella dejó el teléfono. No pude percibir ruido de pasos, pero el salón está alfombrado. Pensé que en quince o veinte segundos

debería hacerlo, y que treinta serían el máximo de tiempo si no encontraba ningún impedimento, por lo que empecé a contar. Siempre que lo hacía no solía equivocarme en cinco minutos más que unos tres segundos. Recordé que cuando Wolfe le había dado a Priscilla Eads once horas para ocultarse, yo le había comentado que era como el juego de «Corre, ovejita, corre», pero éste se parecía más a *La base del prisionero*. El teléfono del salón era una base y el ascensor era la otra, y Sarah Jaffee tendría que hacer el recorrido sin que nadie le pusiera la mano encima. Desde que era niño no había jugado al «tócame tú».

Aquello había pasado por mi mente mientras había contado hasta diez. A partir de entonces estuve en tensión. Si hubiera dado un portazo fuerte lo hubiera oído sin lugar a dudas. Continué hasta quince, veinte... no había portazo. Treinta. Tenía el auricular apretado contra el oído. Cuarenta, cincuenta, sesenta... Un minuto. No era posible que hubiera tardado tanto, pero seguí de forma automática... Noventa y cuatro, noventa y cinco, noventa y seis...

Colgué con la cabeza echando humo, pero una cosa era segura..., tenía que vestirme. Mientras lo hacía, reflexionaba. Si perdía tiempo llamando a la comisaría de distrito, que era la más

próxima al apartamento de Sarah, podía ser que me encontrara con un teniente que se inclinara a actuar y no a discutir, pero no era probable, teniendo en cuenta que lo único que podía aducir es que una mujer había perdido unas llaves. Eran posibles varias explicaciones al hecho de que no hubiera oído el portazo, incluyendo que ella no hubiera logrado llegar a la puerta. Surgieron otras alternativas para telefonar a la comisaría, pero las descarté todas.

Bajé corriendo al despacho, cogí una pistola, la metí en el bolsillo, subí la clavija del teléfono para que sonara en las extensiones de Wolfe y de Fritz, regresé al vestíbulo y descendí hasta el

semisótano, entré en la habitación de Fritz y le desperté. Dejó escapar un grito.

—Salgo para un asunto —le dije—. Volveré cuando pueda.

Me advirtió que tuviera cuidado, tal y como suele hacer siempre que salgo de casa para una misión, pero no oí las últimas palabras porque no me detuve, traspasé el umbral y subí los cuatro escalones que conducían a la calle. Con paso rápido me dirigí hacia el Este. A aquellas horas no circulan muchos taxis por la 10.<sup>a</sup> Avenida y continué hasta la Calle 34, donde encontré uno. Hice que girara hasta Park. Me obedeció, e indicándole que fuera a todo gas,

después de haber deslizado un billete en su bolsillo, enfilamos la Calle 18 con los neumáticos chirriando. Eran las 2.23, habían pasado veintiséis minutos desde que ella había dejado el auricular sobre la mesa. Al llegar a la dirección que le había dado, abrí la portezuela, antes de que el coche se detuviera. Le había dicho al conductor que esperara y le había mostrado mi licencia, para allanar el camino en el caso de que tuviera que hacerle una petición apresurada.

No se veía ni un alma. Traté de entrar, pero la puerta estaba cerrada. Golpeé con los nudillos y miré al interior. Por un ángulo apareció un

hombre uniformado, se acercó, apoyó la frente sobre el cristal y preguntó en voz alta.

—¿Qué quiere?

—¡Entrar!

—¿Para qué?

—Para ver a Mrs. Jaffee. Me está esperando.

—¿A estas horas de la noche? Tonterías. ¿Cómo se llama?

Era inútil. Aquel tipo no me había visto nunca; no estaba de servicio cuando había ido allí el miércoles por la mañana. Se veía a simple vista que era tonto de remate. Perdería unos minutos preciosos si le explicaba de qué se trataba y tampoco me creería. Si trataba

de convencerle para que llamara por el teléfono interior al apartamento de Sarah y no obtenía respuesta, lo más probable es que dijera que estaba durmiendo. Saqué la pistola, se la mostré e hice un agujero en el cristal. Pasé la mano, abrí la puerta y entré. En aquel momento oí el ruido del motor del taxi, y al mirar por encima del hombro vi que se ponía en marcha. Aquel muchacho era de reflejos rápidos.

Apunté al tonto, que se quedó con los brazos levantados lo más alto que podía. Había una oportunidad entre un millón de que pudiera informarme, pero le tanteé para asegurarme.

—¿Ha visto a Mrs. Jaffee durante la

última media hora? ¿O la ha oído?  
Rápido.

—¡No! Ella...

—Al ascensor. ¡Entre! Al sexto piso.  
Obedeció. Empezamos a subir.

—Está loco —dijo—. Ese taxista  
traerá a la Policía en menos que canta un  
gallo.

Ahorré saliva. El ascensor se  
detuvo.

—Fuera. —Le conminé—. El sexto  
B. —Abrió la puerta y me precedió por  
el pasillo. En la puerta del sexto B pulsó  
el timbre.

—Yo me ocuparé de eso —dije—.  
Usted abra la puerta con su llave.

—Pero, yo no estoy auto...

Aquel memo nunca supo lo cerca que había estado de ser golpeado con un pedazo de metal. Sabía muy bien que era demasiado tarde y me hubiera aliviado aporrear a unas cuantas personas, empezando por él. Pero al hacer un movimiento con la pistola el hombre sacó las llaves. Pulsé el timbre, mientras el hombre abría. Después le empujé hacia el interior, pero a dos pasos se detuvo y dejé de empujarle.

Ella estaba tendida a medio camino de la entrada al vestíbulo, con el cuerpo retorcido, una pierna extendida y la otra encogida. Su rostro era claramente visible desde donde estábamos, y no había duda de que era demasiado tarde.

Había sido estrangulada y era irreconocible.

El bobo hizo un movimiento y le cogí por el brazo.

—Dios Todopoderoso —dijo, y me pareció que iba a ponerse a lloriquear.

—Baje con el ascensor —le dije—. Y quédese en la entrada. La Policía lo querrá a mano.

Le hice salir y cerré la puerta. No había tiempo para investigar a fondo, pero una ojeada era suficiente. Había seguido las instrucciones, pero nunca había llegado a la puerta. A tres pasos de donde ella yacía, la puerta de un ropero estaba abierta. El asesino se había escondido allí y cuando ella

pasaba por delante, abrió la puerta y la golpeó con un tigre de bronce, un sujetalibros. Estaba allí en el suelo. Después había acabado con ella utilizando la cuerda de las persianas venecianas, también en el suelo.

Me acerqué a ella y me agaché para sacarle la lengua, pero estaba demasiado hinchada. Aquello y los ojos era suficiente, pero saqué algunas fibras de la alfombra y las puse bajo las aletas de la nariz. No. Me levanté, caminé hacia el salón y hasta la mesa donde estaba el teléfono. Había seguido las instrucciones; no había colgado.

Puse el auricular en su sitio, aguardé diez segundos, lo volví a levantar y

marqué un número. Al cabo de unos momentos escuché la voz de Wolfe. Era un dormilón, pero no se necesitaba un mazo para despertarle.

—¿Diga? —Estaba tan indignado como yo poco antes.

—Soy Archie. Escuche con atención, ya que puede ser que nos interrumpan. Sarah Jaffee me telefoneó. Le habían desaparecido las llaves del bolso y el ascensorista le había abierto la puerta. Le dije que iría en seguida y lo que debía hacer entretanto. Le estoy hablando desde su apartamento. Ella hizo lo que le dije, pero está muerta. Primero la golpearon en la cabeza y después la estrangularon. Si estaba en

peligro más le hubiera valido llamar a otra parte. No sé cuándo volveré a casa.

—Archie.

—Diga, señor.

—Te dije que es absurdo reprocharse la falta de sabiduría. Eso también sirve para la omnipotencia. Mantenme informado.

—De acuerdo. Felices sueños.

Colgué y después volví a coger el auricular. Marqué otro número. Aquí tuve una oportunidad y nunca la había necesitado más. El sargento Purley Stebbins estaba de servicio. No voy a decir que Purley me quiera, pero al menos escucha algunas veces. Hablé con él.

—¿Sí, Goodwin?

—Tengo información para usted — dije—. Pero, primero le agradecería una respuesta a esta pregunta. ¿Tienen a alguien esta noche siguiendo los pasos de algún sospechoso por el caso Eads?

—¿Quién quiere saberlo?

—De acuerdo, olvídalo. Escuche. Esta noche había diez personas en casa. Los cinco de «Softdown»: Helmar, Brucker, Quest, Pitkin y Miss Dудay. Y además Sarah Jaffee y su abogado, Parker, Eric Hagh, el ex marido de Priscilla. Ha llegado hoy de...

—Ya lo sé.

—Hagh y su abogado, Irby. Y también Andy Fomos. Se marcharon

poco después de medianoche. En algún momento de la velada uno de ellos se llevó las llaves del apartamento de Sarah Jaffee. Se las robó del bolso. Ella no las echó en falta hasta que llegó a casa y me telefoneó. Yo estoy ahora en su apartamento. Quien se llevara las llaves entró y la esperó y a las dos menos dos minutos la atrapó y la estranguló. Está en el suelo, muerta. Se lo digo de esta forma porque ahora son las dos y treinta y seis, y treinta y ocho minutos no es mucho tiempo para salir de este edificio y llegar a alguna parte y si usted...

—¿Es eso cierto, Goodwin?

—Sí.

—¿Está usted en el apartamento de Jaffee?

—Sí.

—¡Cielo santo, quédese ahí!

«Suelta ese teléfono y levanta las manos.»

Estaba algo confuso, dos agentes del orden me conminaban a la vez, uno por teléfono y el otro en persona a mis espaldas. Purley Stebbins había colgado, así que ya sabía lo que tenía que hacer. Me di la vuelta con las manos levantadas, lo suficiente para que se viera que estaban vacías. Nunca se sabe cómo puede actuar un torpe elegido por el azar para encontrar un cadáver. Puede tener delirios de grandeza.

Estaba solo. Avanzó con el arma en la mano no muy firme, ya que era una situación peliaguda para un agente solitario que sabía que yo estaba armado. Probablemente estaría enterado de la conexión entre Sarah Jaffee, «Softdown» y Priscilla Eads, ya que había aparecido en todos los periódicos y, ¿por qué no podía ser yo el estrangulador que todo el Cuerpo estaba buscando y, por tanto, una oportunidad excelente para un ascenso, felicitaciones y gloria, vivo o muerto?

—Mire —dije—. Acabo de hablar con el sargento Purley Stebbins, de Manhattan...

—Cierra el pico. —Lo decía en

serio—. Date la vuelta, ve a la pared, despacito, apoya las manos contra el muro y déjalas allí.

Hice lo que me pedía. Era algo rutinario hacer un cacheo y cuando estaba en la posición requerida esperaba notar la pistola en la nuca y una mano que me palpara, pero no. En lugar de eso le oí marcar un número y su voz que decía:

—Soy Casey, ponme con el teniente... ¿Teniente Gluck? Soy Casey. He subido solo al apartamento Jaffee. Le he pillado con las manos en la masa. Está aquí fuera de combate... No, ya lo sé, pero le he atrapado y le mantendré a raya hasta que lleguen...

Ése era el pájaro, avisado por el taxista, que me tenía con las manos contra la pared.

# 14

Durante el período de ochenta y cuatro horas desde las dos menos diez del viernes por la mañana, cuando Sarah Jaffee me había comunicado que le faltaban las llaves, hasta las nueve de la mañana del lunes, cuando había telefoneado a Wolfe desde la oficina del jefe de Policía, tal vez había dormido cinco horas, no más.

Las primeras dos de aquellas ochenta las pasé en el apartamento de la difunta Sarah Jaffee, en su mayor parte,

cuando unos adultos me rescataron de las garras de Casey, sentado en la mesa en la que había desayunado con Sarah el miércoles por la mañana, respondiendo preguntas a un capitán llamado Olmstead de la brigada Oeste de homicidios de Manhattan, que era hasta cierto punto un desconocido. El tercer caso de estrangulamiento tenía todo el departamento en ebullición y los expertos trabajaron de lo lindo aquella noche. El uso del tigre de bronce por el asesino y de la cuerda de la persiana, que había sido cortada de una de las ventanas de la alcoba, demostraba que no había limitado sus movimientos al vestíbulo y, por tanto, no quedó ni un

palmo en todo el apartamento sin polvos para descubrir huellas dactilares y sin ser inspeccionado con lupa bajo la potente luz de un foco.

A las 4.30 de la madrugada fui transportado a la comisaría del distrito 19, de la Calle 67 Este, introducido en una habitación del piso superior con un teniente y otro sabueso con un montón de hojas mecanografiadas y requerido para dar una explicación exhaustiva de la reunión en el despacho de Wolfe, incluyendo todas las palabras y hechos que habían tenido lugar allí. Eso nos llevó cuatro horas y durante la cuarta y última los tres despachamos una docena de bocadillos de jamón, seis melones y

cuatro litros de café, pagados por mí. Cuando acabamos se me permitió utilizar el teléfono y llamé a Wolfe.

—Le hablo desde un teléfono de la comisaría. —Le informé—. A mi lado tengo a un teniente y en el supletorio a un sargento, así que no diga nada incriminatorio. No estoy arrestado, aunque técnicamente soy culpable de haber entrado en una casa con violencia, ya que tuve que romper el cristal de la puerta para hacerlo. Excepto esto, no tengo nada que decirle y no sé cuándo volveré a casa. Les he dado un informe completo de la noche pasada en su despacho y tenga por seguro que irán a molestarle.

—Ya lo han hecho. El teniente Rowcliff vendrá a las once, y he aceptado recibirle. ¿Has desayunado?

No podía pasarlo por alto. Le dije que sí.

A continuación el teniente y el sargento me dejaron y me quedé sentado en la habitación durante una hora larga con un policía uniformado. Empezaba a parecerme que la historia iba a repetirse, a no ser que esta vez no estaba esposado, cuando entró un detective y me dijo que le acompañara, por lo que le precedí escaleras abajo y hasta la calle, donde, ¡vaya por Dios!, nos esperaba un taxi. Nos llevó hasta el 155 de Leonard Street y el detective me hizo

subir y entrar en un despacho y quién podía entrar a visitarme sino mi amigo Mandelbaum, el ayudante del fiscal que había hablado conmigo sin resultado, el martes por la tarde.

Cuatro horas después seguíamos igual. Tenía la sensación altamente insatisfactoria de que estaban haciendo averiguaciones sobre todos mis movimientos, con respecto a algo que había sucedido en algún lugar y algún momento, sólo para saber si yo había pasado por allí cerca, pero que todo aquello no tenía nada que ver con el hijo de perra que yo buscaba. Sabía que tenía que ser paciente y podía conseguirlo si la ocasión lo requería, pero ya habían

pasado más de doce horas desde que había abierto la puerta y la había descubierto tendida en el suelo con la lengua hundida, y había contestado suficientes preguntas.

Al término de esas cuatro horas, Mandelbaum apartó la silla, se levantó y me dijo:

—Esto es todo por ahora. Haré que lo pasen a máquina y enviaré una copia de su declaración a la central. Esta noche o mañana, lo más probable mañana, le llamaré para que vaya a ratificarla, así que quédese cerca del teléfono o manténgase en contacto con nosotros.

Le miré incrédulo.

—¿Insinúa que me vaya?

—Claro. Debido a las circunstancias su entrada por la fuerza en el edificio está justificada y como está de acuerdo en pagar los daños, no habrá denuncia. No salga de la demarcación y esté localizable. —Miró el reloj—. Me esperan. —Se dio la vuelta para marcharse.

Pasaba por una experiencia que no era nueva para mí. Había descubierto de repente que se había tomado una decisión con respecto a mí, después de diversas consideraciones, sin que yo lo supiera. Esta vez, sin embargo, me costó un segundo aceptarlo, ya que no tenía precedentes. Un agente de la ley me

decía que me fuera a casa con Nero Wolfe y yo ni quería ni tenía intención de hacerlo.

—Aguarde —dije al instante y él se detuvo—. Le he dicho todo lo que sé. Quiero algo a cambio, no es mucho. Deseo ver al inspector Cramer y ahora mismo. Está ocupado y tampoco sé dónde se encuentra y quizá tenga que pasar muchas horas tratando de dar con él. Pídame una entrevista con él.

Estaba alerta.

—¿Es con respecto a este caso?

—Sí.

—¿No le sirvo yo?

—Él puede decir que sí a algo y usted no.

Seguramente estaba dispuesto a debatir mi afirmación, si no hubiera tenido a alguien que le esperaba. Volvió a mirar el reloj, se encaminó hacia el teléfono y se puso en marcha. Incluso para él, ayudante del fiscal en el caso de Eads y Fomos, fue una tarea difícil, pero después de diez minutos de hablar a través del hilo, me dijo:

—Está en una reunión en la oficina del jefe de Policía. Vaya allí, diga su nombre y espere.

Le di las gracias al tiempo que salía.

No había almorzado y camino de Centre Street, que no estaba lejos, compré cuatro hermosos plátanos y entré con ellos en una cafetería, donde los

bañé con un vaso de leche.

En la oficina del jefe de Policía Skinner las cosas no parecían prometedoras. No porque hubiera una gran cantidad de ciudadanos de todo tipo en la amplia antesala, sino porque no conseguía averiguar con quién había hablado Mandelbaum y ni tan sólo encontré a nadie que admitiera que Cramer estaba allí. El problema era que había otra puerta de acceso al despacho de Skinner, en una esquina del pasillo, y cubrir ambas no sería fácil. De todas formas, lo intenté. Me coloqué en un ángulo intermedio y allí, de pie, al lado de la otra puerta, estaba el sargento Purley Stebbins. Al verme empezó a

gruñir de forma automática.

Me dirigí hacia él.

—¿Cuándo le he pedido un favor?

—Nunca. —Su voz era ronca, como siempre—. No eres tan estúpido.

—Hasta ahora no. Voy a abordar al inspector Cramer en cuanto salga y le pediré que me conceda cinco minutos. Usted será tan amable de permanecer con el pico cerrado. Si quiere, puede estropearlo todo, pero ¿por qué tendría que hacerlo? Soy un ciudadano, pago mis impuestos y sólo he estado en la cárcel nueve veces.

—Está ocupado.

—Yo también.

—¿Qué quieres preguntarle?

Tenía la respuesta preparada, pero no llegué a utilizarla. La puerta se abrió y Cramer apareció ante nuestros ojos. Se disponía a girar hacia la derecha, tan preocupado que ni siquiera me vio, hasta que le salí al paso.

—¿Tú? —No le gustó. Miró a Purley—. ¿Qué es esto?

Contesté de inmediato.

—Es idea mía, inspector. Tengo algo que decirle. Si hay algún despacho que podamos utilizar, cinco minutos serán suficientes.

—No dispongo de tiempo.

—Que sean cuatro minutos.

Me observaba ceñudo.

—Te ha enviado Wolfe.

—No. Es cosa mía.

—¿De qué se trata? Hablemos aquí mismo.

Se apoyó en la pared y me puse frente a él. Purley cerró el triángulo.

—En la oficina del fiscal —dije—, me han enviado a casa. En lugar de eso, he venido a verle. Ya escuchó a Mr. Wolfe el martes, cuando dijo que yo era su cliente. Era una broma con mar de fondo, pero también respondía más o menos a la verdad..., lo suficiente como hacerme salir a la calle y ver si era capaz de organizar algún disturbio y, con un poco de suerte, lo conseguí y anoche todos vinieron a...

—Sé todo eso.

—De acuerdo. Me sentía responsable en cierta forma por la suerte de Priscilla Eads. Doy por descontado que ha sido un capricho del azar que haberla utilizado para una maniobra terminara así; pero como es natural me gustaría ponerle las manos encima al bastardo que preparó ese final...

—Eso también lo sé. Ve al grano.

—Ya estoy llegando. Sarah Jaffee ha sido algo diferente. Ha sido mala suerte. Mientras me estaba hablando por teléfono de la desaparición de las llaves, el asesino estaba en el ropero esperándola. Me encargué de decirle lo que debía hacer. Pensaba que había una posibilidad entre ciento de que el

hombre estuviera en el apartamento, ya que no sabía que alguien tuviera algún motivo para desear su muerte, y todavía lo desconozco, el caso es que le dije lo que debía hacer. Hubiera podido aconsejarla que abriera una ventana y empezara a gritar y tal vez eso la hubiera salvado. También hubiera podido pedirle que buscara alguna cosa para defenderse, había un taburete al lado del teléfono, al tiempo que chillaba y golpeaba la pared para que alguien acudiera. Eso no sólo la hubiera podido salvar, sino que habríamos capturado al criminal. Pero no lo hice. Tenía algo mejor. No quería que el hombre se tomase la molestia de reptar hasta ella,

así que le dije que acudiera a él. Le ordené que cruzara el vestíbulo y saliera por la puerta, ya que de esta forma estaría a pocos pasos de donde él se ocultaba y cuando la oyera acercarse y pasar, podía abrir la puerta del ropero y zas. La informé de lo que tenía que hacer y siguió las instrucciones, a pesar de que había confesado que era cobarde. Diablos, no puede decirse que fuera afortunada.

—¿Qué pretendes, una medalla? —  
carraspeó Cramer.

—No, gracias. Quiero una oportunidad para echarle el lazo. Tal y como estoy, no pienso ir a casa y quedarme con el trasero en una silla

esperando a que Mr. Wolfe tenga un arranque de genialidad, y acostarme a la hora acostumbrada. Puedo ayudar y deseo hacerlo. Por ejemplo, ya sé que todos los que anoche estuvieron allí han sido interrogados, pero no terminarán con ellos hasta que todo esté explicado. Fue anoche en el despacho de Mr. Wolfe donde le quitaron las llaves. Debió de ser cuando yo estaba de espaldas, ya que tengo buena vista y la estuve utilizando durante toda la velada. Si uno de ellos va a ser interrogado ahora, solicito que se me permita estar presente y ofrecer comentarios cuando mi memoria me diga que son precisos y seguir de esta forma hasta que lo atrapemos. Aseguro estar

cualificado por el hecho de que estaba presente, con los ojos abiertos y sé cuándo pudieron quitarle las llaves y cuándo no, mientras que ustedes precisarían un mes de interrogatorios. También deseo ayudar de cualquier forma que pueda serles útil, excepto que no voy a ir con el teniente Rowcliff ni de aquí a la esquina.

Gruñó.

—Una propuesta muy propia de Wolfe.

—No. Mi única conversación con él ha tenido lugar esta mañana a las nueve con un teniente al lado y un sargento escuchando. Esto es estrictamente personal, tal y como le he dicho,

simplemente porque no me siento capaz de dormir tranquilo.

Se dirigió a Purley.

—Estaba allí y podría ayudar. Le conoces tan bien como yo. ¿Qué te parece? ¿Es de fiar?

—Es posible —contestó el sargento—. Ha sido muy vanidoso hasta ahora y ha recibido una sacudida que no puede soportar. Yo le aceptaría. Siempre podemos despedirlo.

Cramer se volvió hacia mí.

—Si es un truco, sabrás lo que es bueno. Ni una palabra a Wolfe, ni a la Prensa ni a nadie.

—Entendido.

—Esto ya ha sido un escándalo,

como sabes, y ahora, con este tercer asesinato, tenemos a toda la ciudad conmocionada. Se han hecho dos docenas de copias de tu declaración completa, y el jefe de Policía en persona está estudiando una de ellas en estos momentos. El segundo de a bordo, Wade, está en una oficina del vestíbulo con Brucker. En el despacho del Fiscal de Distrito, Bowen está con Miss Duday y Mandelbaum se disponía a empezar de nuevo con Hagh, el ex marido, cuando hubiera terminado contigo. Reúnete con cualquiera de ellos, elige, y les telefonaré para avisarles de que vas. También puedes venir con Stebbins y conmigo, vamos a continuar con Helmar.

—Iré con ustedes para empezar.

—En marcha.

Mi primera aparición como adjunto extraoficial del Departamento de Policía de Nueva York, sentado a la izquierda del inspector Cramer mientras interrogaba a Perry Helmar, duró cinco horas. No era la primera vez que presenciaba una actuación de Cramer, pero las circunstancias eran nuevas, ya que estaba con él sin ninguna clase de reservas por su parte. Como espectador de un trabajo de interrogatorio soy, con toda probabilidad, tan difícil de complacer como los que están a mi alrededor, después de las innumerables veces en que había visto la habilidad de

Wolfe, y pensé que Cramer lo hacía muy bien con Helmar. No podía haber leído mi informe más que una vez, debido al día tan atareado que había tenido, pero su descripción de la reunión en el despacho de Wolfe era clara y precisa. No contribuí mucho a la sesión, sólo hice un par de sugerencias e interpelaciones que no sirvieron de gran cosa. A las nueve Helmar fue enviado a casa sin escolta, después de comunicársele que seguramente sería requerido de nuevo por la mañana.

Cramer se marchó a otra reunión con el jefe de Policía y Purley y yo abandonamos juntos el edificio. Había estado trece horas seguidas de servicio

y su plan era comer y dormir. Le invité a almejas salteadas en «Louie».

No sé cuándo me había enterado que ofrecer a Purley almejas salteadas en «Louie» era como agitar una muleta ante un toro, ya que nuestras relaciones nunca habían alcanzado el apogeo de una comida conjunta. A la vista de mi nueva, aunque temporal, situación con el Departamento, duró sólo cuatro o cinco segundos.

En «Louie» insistí en que me acompañara a la cabina telefónica y con él a mi lado marqué el número de Wolfe.

Me disculpé.

—Hubiera debido llamar antes para avisar que no iría a cenar, pero me ha

sido imposible. He estado con el inspector Cramer y el sargento Stebbins interrogando a Perry Helmar. La idea de Cramer es que como estuve presente en la reunión de anoche podría ayudar y he aceptado. Me dispongo a invitar al sargento Stebbins a mariscos y, después, para ayudar a hacer la digestión, voy a ir al despacho del fiscal para una sesión con Andy Fomos. Puedo elegir entre ésa y otra con Oliver Pitkin. Por tanto no puedo decirle cuando volveré a casa. Este triple homicidio es por supuesto una operación de día y noche para los policías, y puede ser que no me detenga hasta que caiga desplomado. Le llamaré de nuevo en cuanto pueda.

Se oía un ruido como de una trituradora.

—El dichoso timbre no deja de sonar. —Se lamentó—. Pero Fritz y yo nos arreglamos. Mantenme informado.

Colgó. Yo hice lo mismo. Se comportaba de forma pintoresca. Si tuviera la intención de profundizar y trabajar en el caso, hubiera insistido en que volviera de inmediato a casa para ayudar. Si no pensaba hacer nada, me hubiera echado en cara el que confraternizara con nuestros eternos enemigos.

—¿Sabe? —comenté a Purley—. Los excéntricos son gente muy interesante.

—No me lo parecen —objetó—. Cada maldito asesino que he conocido era un excéntrico.

Una vez dimos cuenta de dos raciones de almejas con guarnición, dos rondas de cerveza y dos porciones de pastel de queso y manzana, estaba bien enterado de los aspectos rutinarios. No habían seguido a ninguno de ellos el jueves por la noche, incluido Andy Fomos. Cinco minutos después de recibir mi llamada, Purley había puesto en movimiento a veinte hombres, unos por teléfono y otros en persona, para que cubrieran a todos los que habían asistido a la reunión en el despacho de Wolfe, sin dejar fuera a Nathaniel Parker.

Aunque cuatro de ellos, incluido Parker, tenían al parecer coartadas... Se estaban investigando... Ninguno de ellos estaba eliminado ni tampoco había uno de especial relevancia.

Purley hizo un comentario. Cuando había recibido la llamada de Sarah Jaffee, si hubiera llamado a Purley de inmediato y si él se hubiera movilizado y no sólo hubiera enviado un hombre a la Calle 18, sino que hubiera hecho las comprobaciones de todos los interesados, ahora tendríamos al estrangulado. Estuve de acuerdo, pero le pregunté que si le hubiera telefonado se hubiera puesto en marcha al instante. Reconoció que no, especialmente

porque no existía ningún motivo conocido de que alguno de ellos pudiera estar interesado en la muerte de Sarah. Aun en el caso de que le hubiera hablado de la amenaza de Sarah para emprender una acción legal, hubiera sido hilar muy fino el suponer que uno de ellos quisiera asesinarla por ello.

En cuanto a las coartadas, aparte de que se demostraran firmes o no, la ley era del mismo parecer que Wolfe cuando le había dicho a Viola Duday que aunque no hubiera podido cometer los crímenes personalmente, no había motivos para dudar que hubiese sido la inductora. Purley me informó de que tenían veintiséis hombres, los mejor

cualificados para esas tareas, tratando de encontrar una relación entre alguno de los sospechosos y un asesino a sueldo. Por una parte era lo más sencillo, pero más difícil por otra, ya que iban detrás de un estrangulador y no de un pistolero.

No habían encontrado ningún taxista que hubiera tomado pasaje entre medianoche y la 1.45 hacia la Calle 18 Este o los alrededores, o en sentido contrario después de las dos. Seguían las pesquisas, pero las posibilidades eran remotas. Había una estación de Metro a sólo tres manzanas.

El nombre del ascensorista de noche era William Fisler. Yo estaba en lo

cierto: se trataba de un mentecato. Primero había asegurado que desde las 12.30 a la 1.45, el espacio de tiempo durante el cual el asesino debió entrar y subir al apartamento, no se había movido de su sitio en ningún momento, se había mantenido vigilando la puerta principal, excepto dos viajes de subida con dos inquilinos. Después, al darse cuenta de que si seguía en sus trece el asesino sólo hubiera tenido acceso al inmueble y a las escaleras en los breves períodos de subida y bajada del ascensor, reconoció que había estado en algún lugar de la planta baja comiendo bocadillos y tomando café, por lo que apenas había prestado atención a la

puerta de entrada. Su postura fue la misma en cuanto al período que cubría la 1.58 hasta las 2.23, durante el cual el asesino debió bajar la escalera y salir a la calle. Admitió que alrededor de las dos menos cuarto había estado en la acera, con la puerta del edificio abierta. La afirmación que Sarah me había hecho al teléfono de que ésa era la situación cuando ella y Parker llegaron en el taxi, había sido corroborada por Parker.

La coartada de Parker era incuestionable. Sarah me había dicho que no había entrado en el edificio con ella, el ascensorista lo verificó y el taxista, que había llevado a Parker a casa, había asegurado lo mismo.

El asesinato en sí no presentaba ningún problema. Una vez dentro, el criminal había seleccionado el tigre de bronce y el cordón de la persiana como herramientas y se había escondido en el ropero. Si su plan era atacarla en el mismo momento en que entrara, se había visto obligado a abandonarlo, ya que el ascensorista estaba allí para abrirle la puerta. Sarah se había dirigido inmediatamente al teléfono para llamarme y por supuesto, no era el momento para un acto de violencia con una línea telefónica abierta. Al oír las pisadas en el vestíbulo, o bien no sabía que el teléfono estaba descolgado, o no pudo resistir la tentación de tener la

presa tan a mano, o temía que volviera a salir, la cuestión es que aprovechó el momento. Una vez el trabajo hecho, salió, bajó las escaleras y encontró el vestíbulo principal desierto y se marchó por allí, o bien continuó hasta el semisótano y se largó por la puerta de servicio.

Las huellas dactilares halladas en el apartamento no pertenecían a ninguno de los sospechosos. En el tigre de bronce no había ninguna, ni tampoco en la puerta del ropero.

Buscaban un motivo. Mientras en el caso de Priscilla Eads la razón estaba más clara que el agua y cinco personas hubieran obtenido un provecho, en el de

Sarah Jaffee no lo había. Para cualquiera de ellos, matarla o contratar a alguien para que lo hiciera, por la simple amenaza de una acción legal, hubiera sido una necedad y ninguna de esas personas era necia. Encontrar un motivo de peso por parte de alguna de ellas hubiera sido de gran ayuda y aquél era el objetivo de mayor importancia en el interrogatorio complementario. Dos de las cinco horas que Cramer había consumido, estando yo presente, con Helmar, se había dedicado a una revisión exhaustiva de sus relaciones con Sarah Jaffee.

Purley, como es natural, me hizo un resumen. No me dio la impresión de que

me ocultara nada, y eso me conmovió. Por tanto, cuando el camarero trajo la nota y él insistió en que pagáramos a medias, a la vez que hizo el comentario de que los policías no eran unos muertos de hambre, lo hice una cuestión de honor porque comprendí lo que le consumía. Sabía que lo que yo percibía era al menos cuatro veces superior a su sueldo y no tenía la intención de gorrear almejas salteadas a un condenado plutócrata. Por tanto tuve que decirle que yo le había invitado y no pensaba faltar a mi palabra.

Nos despedimos, él se dirigió en dirección Oeste y yo a Leonard Street. Podía elegir entre Fomos y Pitkin y me

decidí por Pitkin.

# 15

A las cinco de la mañana del sábado me encontraba sentado en una oficina de Leonard Street leyendo los informes que contenía una abultada carpeta. Una hora antes Pitkin había sido enviado a casa. Aquélla era la oficina donde todos los documentos referentes a los tres estrangulamientos, tanto originales como copias, estaban archivados y el que yo estaba leyendo se refería a los movimientos de Jay Brucker desde el jueves por la noche, después de la

reunión en casa de Wolfe. La exactitud de algunas de sus afirmaciones me pareció dudosa, y trataba de encontrar alguna base con respecto a mi opinión de que, en lugar de ir a su casa en Brooklyn, tal y como aseguraba, se hubiera dirigido al apartamento de Sarah Jaffee en la Calle 18, o al de Daphne O'Neil en la Calle 4.

Una voz dijo:

—Eh, Goodwin, será mejor que lo dejes.

Un ayudante del fiscal y dos oficiales estaban allí, clasificando y ordenando documentos y expedientes y la voz pertenecía al ayudante. Me sobresalté. Estaba medio dormido y era

una tontería permanecer allí sentado leyendo.

—Abajo en el vestíbulo hay una habitación con un sofá —informó uno de los hombres—. Y nadie va a molestarle. Es sábado.

Hubiera dado un millón de dólares por un sofá, así que decliné la oferta. Me levanté, anuncié que salía a dar un paseo y que no tardaría en volver. Al salir a la calle tuve un choque. Era de día. Había llegado la aurora y eso me ayudó a despertarme y a cambiar mis perspectivas. Me quedé en la acera y al cabo de pocos momentos apareció un taxi. Hice una señal con la mano y le dije al conductor la dirección que mejor

sabía.

A aquellas horas todo Manhattan era nuestro. La Calle 35 Oeste también estaba vacía. Pagué al taxista y subí los escalones. Al recordar que lo más seguro era que la puerta principal estuviera cerrada con el cerrojo, volví a bajarlos y me dirigí a la entrada del semisótano. Llamé al timbre. Escuché pisadas, Fritz atisbó por la mirilla y a continuación abrió.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. Tienes un aspecto horrible.

Le contesté que precisamente por eso había acudido, para remediarlo. Me disculpé por haberle molestado y subí por la escalera interior. Sin ni siquiera

echar una ojeada al despacho al pasar por delante, me dirigí a mi dormitorio. Me duché, afeité y cambié de ropa. Cuando hube terminado no sé si mi aspecto era mejor, pero yo me sentía como nuevo. Al bajar de nuevo la escalera, oí movimientos en la cocina y entré. Fritz estaba allí poniéndose el delantal.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Sólo son las seis y media.

—Zumos de naranja dentro de dos minutos. Desayuno completo en diez.

—Ya me iba.

—Antes comerás.

Eso es lo que hice, atraque no me pareció muy elegante llenar el buche con

la comida de Wolfe, dadas las circunstancias. Fritz me hizo compañía, sentado en un taburete y bostezando. Hizo una observación.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre.

—¿El qué?

—Los desayunos a primera hora. Ayer, algo más tarde, estaba haciendo huevos escalfados para Mr. Wolfe y Saul.

Un pedazo de bizcocho que me disponía a llevarme a la boca, se quedó a medio camino.

—¿Qué?

—Hacía huevos escalfados para Mr. Wolfe y Saul.

El bocado siguió su camino y lo mastiqué con lentitud. Saul Panzer era uno de los tipos más eficaces que había conocido. Era tan bueno que podía trabajar como independiente y ganar más que cualquier otro que estuviera en nómina. Cuando necesitábamos ayuda, era la primera persona en la que Wolfe pensaba, y había colaborado con nosotros cientos de veces.

—¿Saul ocupará mi sitio? — pregunté aparentando indiferencia.

—No lo sé —contestó Fritz—. No sé absolutamente nada de lo que está haciendo Saul.

Estaba muy claro. Era evidente que a Fritz se le había dicho que si yo me

dejaba caer por allí era conveniente que se me informara de que Saul había desayunado temprano, pero de nada más. No me tomé la molestia de intentar sonsacarle, ya lo había probado un par de veces tiempo atrás sin ningún resultado.

Antes de marcharme entré en el despacho. El correo del viernes, bajo un pisapapeles sobre la mesa de Wolfe, no contenía nada inesperado. Nada en la mesa, en el calendario ni en la agenda mencionaba para qué querría a Saul, pero en la caja fuerte encontré algo que indicaba que no se trataba de un trabajo rutinario. Había abierto la caja porque quería tomar prestado algo de dinero

para gastos. Uno de los cajones tiene una división en el centro, con monedas a la derecha y reservas para emergencias a la izquierda. Cogí cinco monedas de veinte y noté un papel en el otro departamento. De puño y letra Wolfe había escrito «27/6/52 \$ 2000. — NW». La norma era tener cinco de los grandes para emergencias, en billetes de cien, de veinte y de diez. Un recuento rápido demostró que era una operación real; faltaban dos de los grandes. Aquello era muy interesante, tanto que hubiera olvidado despedirme de Fritz. Me oyó que salía del despacho y acudió para cerrar con el cerrojo de la puerta principal. Le dije que podía informar a

Wolfe de que había ido a desayunar temprano, pero nada más.

Mientras regresaba a Leonard Street en un taxi, estuve pensando qué podía estar haciendo Saul Panzer con dos mil dólares, en el supuesto de que se tratara de algo relacionado con el asunto Eads-Fomos-Jaffee. Elaboré una lista de posibilidades, empezando por un viaje a Venezuela para hacer averiguaciones sobre Eric Hagh y terminando por un soborno a Andy Fomos para que dijera algo que su esposa pudo haberle explicado. No me convenció ninguna.

He mencionado que había dormido cinco horas en el período comprendido entre primeras horas del viernes y el

lunes por la mañana. Eso fue el domingo desde las cuatro de la madrugada hasta las nueve de la mañana y en un desvencijado sofá en el cuartel general de la Brigada de Homicidios Manhattan Oeste, en la Calle 20. Con mucho empeño podría hacer un informe detallado de diversas actividades que tuve que compaginar antes y después, pero no creo que sean de importancia, así que sólo haré un resumen: Estuve en una docena de interrogatorios, en la Calle 20, Leonard Street y Centre Street. Leí cientos de informes y sumarios. La mayor parte del domingo la pasé en un coche policial con chófer uniformado y credenciales firmadas por el suplente

del jefe superior de Policía, visitando a personas que podían estar relacionadas de una u otra forma con algo que había dicho alguno de los sospechosos. Al regresar a la Calle 20, alrededor de medianoche, admito que tenía en mente otra cita con el sofá, pero no la cumplí. La coartada de Brucker tenía una grieta. Al darse cuenta de que las cosas se ponían feas para él, había confesado que había ido a casa de Daphne O'Neil y había pasado la noche allí. Ella lo ratificaba. Cuando llegué, el capitán Olmstead empezaba a tomarle declaración, me invitó a quedarme y acepté. Terminó a las seis de la mañana del lunes. Aunque en mi cabeza se

dibujaba la silueta del sofá, no me acosté. Tenía que elegir entre una camisa limpia o esconderme, por tanto volví a la Calle 35 y repetí la escena del sábado, incluido el desayuno con Fritz.

Como era de suponer, no vi a Wolfe. Le había telefonado a diario, pero no habíamos mencionado para nada el último asesinato ni a Saul Panzer. Él era una persona malhumorada y yo era susceptible. Volví a mirar en la caja fuerte y del fondo de emergencia no se había vuelto a retirar nada.

De regreso a la Calle 20, aceptablemente aseado, pero bastante fatigado y sin perspectivas de que el asunto se fuera a solucionar a corto

plazo, me disponía a subir al vestíbulo superior cuando uno de mis colegas... (tengo que enfrentarme a ello y admitir que durante aquel período los polis de la brigada de homicidios eran mis colegas...) que salía de uno de los despachos me vio y exclamó:

—¡Eh!, ¿dónde diablos te has metido?

—Mírame —le indiqué la camisa y la corbata—. ¿No se nota?

—Sí. Ya iba a dar la alarma general. Quieren verte en la oficina del jefe.

—¿Quién quiere verme?

—Stebbins ha llamado dos veces. Está allí con el inspector. Abajo hay un coche. Vamos.

Algunos conductores de los coches policiales necesitan una excusa para pisar el acelerador, y otros no. Éste no la precisaba. Supongo que cuando estudiaba, algún maestro inadaptado le habría hecho copiar quinientas veces «Más vale tarde que nunca» y aquello le produjo un rechazo. Al apearme le dije que debería llevar impresos para un seguro de vida como el que se facilita en los aeropuertos y el hombre me sonrió con complacencia.

—¿Impresionado, no?

Sí, me había impresionado, pero menos que cuando vi a las personas que me esperaban en el despacho amplio y bien amueblado del jefe de Policía

Skinner. Aparte de él y del fiscal de distrito, Bowen, había dos ayudantes, Cramer y otro inspector, un capitán y el sargento Purley Stebbins y no había duda de que esperaban ansiosos mi llegada, ya que lo noté en sus caras cuando entré.

Skinner me indicó que me sentara.

Preguntó a Bowen:

—¿Quieres hacerlo tú, Ed?

—No, adelante —contestó el fiscal.

Skinner me miró fijamente.

—Supongo que sabe tan bien como nosotros el punto en el que nos encontramos.

Me encogí de hombros.

—No sé ustedes, pero yo estoy

rendido.

—Todos lo estamos. —Asintió—. La mayoría de nosotros nos hemos quedado sin fin de semana y ya veremos lo que va a durar esta situación. Durante las últimas cuarenta horas hemos tenido más hombres de servicio en este caso que nunca desde que ocupó este cargo, y no veo que hayamos avanzado nada. Es evidente que hay que hacer algo. Lo hemos estado hablando hasta llegar a una conclusión que le afecta a usted. Queremos que nos ayude.

—He estado intentando ayudar.

—Lo sabemos. Incluso desde que leímos su informe el viernes hemos estado pensando que la mayor

oportunidad reside en las llaves. Esas llaves fueron robadas del bolso de una señora mientras había doce personas en la habitación. Me parece imposible que nadie reparara en algún movimiento significativo. Como sabe, han sido interrogados una y otra vez y el único resultado ha sido centrar las sospechas en Hagh, el ex marido, ya que fue el que estuvo más cerca de ella durante la velada. Sin embargo, todos ellos tuvieron la ocasión, tal y como usted asegura en el informe y, de hecho, ninguno de ellos lo niega. Como es natural, no podemos acusar a Hagh sólo porque tuvo más oportunidades que los demás. Y, aparte de eso, ¿qué motivos

podía tener, y a dónde nos llevaría con respecto a los otros dos asesinatos? ¿Tiene usted algo que oponer a eso?

—No, ya no me quedan argumentos.

—De todas formas, los argumentos no atrapan asesinos. Queremos concentrar todos los esfuerzos para sacar el hilo del robo de las llaves. Más interrogatorios no servirían de nada. Deseamos llevarles a todos al despacho de Nero Wolfe para hacer una reconstrucción con usted y Wolfe tomando parte, por supuesto. Palabras y hechos. Queremos que repitan, lo más parecido posible, todo lo que dijeron e hicieron el jueves por la noche, con tres o cuatro de nosotros presentes y hacer

una grabación.

Enarqué las cejas.

—Principalmente —prosiguió—

para tratar de saber quién se llevó las llaves, pero hay algo más. Si alguien quería matar a Mrs. Jaffee, ¿por qué esperó hasta entonces para hacerlo? ¿Por qué no la asesinó antes? ¿Acaso antes no tenía un motivo? ¿Hubo algo aquella noche que le proporcionó el motivo? También queremos averiguar esto. No hemos conseguido encontrar nada en los informes y declaraciones, pero puede ser que de esta forma lo logremos. Nos gustaría intentarlo y precisamos su cooperación y la de Wolfe. No podemos exigirle que nos

permita llevarlo a cabo en su casa y mucho menos obligarle a que haga su papel. Queremos que le llame o que vaya a verle, lo que usted crea más conveniente, y que le haga la petición.

—Hay que aclarar, Goodwin —intervino el fiscal—, que me parece de vital importancia llevarlo a cabo. Hay que hacerlo.

—Amigos —dije con énfasis—, tienen mucha frescura.

—Vamos —exclamó Cramer—, no empieces a hacerte el duro y el gracioso.

—Muchachos, el pasado martes, hace seis días, yo estaba sentado en un banco de este edificio con las esposas puestas. También deben de recordar que

Mr. Wolfe fue conducido a Leonard Street con una orden de arresto, y ya saben cómo le sentó. Quiso hacer una de sus representaciones y les anunció que yo era su cliente, por lo que quedó comprometido. Tuvo que emprender algunas acciones y lo hizo y, siguiendo sus instrucciones, metí a Sarah Jaffee en el asunto y la mataron. Eso me desequilibró y cometí un error. Les pedí trabajar con ustedes, porque pensé que de esta forma estaría más en el ajo, y supongo que así ha sido. Pero, ¿qué hemos obtenido? Además, Mr. Wolfe está ofendido y ustedes lo saben y aún tienen el descaro de pedirme que se lo solicite yo, ya que creen que de hacerlo

ustedes les diría que no. Yo así lo creo, pero asimismo estoy convencido de que también a mí me contestará con una negativa. Pueden elegir, ¿prefieren que les diga no a ustedes o a mí?

—Queremos que diga sí —afirmó Skinner.

—Yo también, pero no veo la posibilidad. ¿Lo intentamos?

—Sí.

—¿Cuándo quieren la función? ¿Hoy?

—Lo antes posible. Podemos tenerlos allí dentro de media hora.

Miré el reloj: eran las nueve menos diez. Podría hablar con él antes de que subiera a los invernaderos. ¿Qué

teléfono utilizo?

Skinner me indicó uno de los cinco que estaban sobre su mesa y hasta tuvo la gentileza de levantar el auricular y dármelo. Canté el número y al instante oí la voz de Wolfe.

—Archie. ¿Has terminado de desayunar?

—Sí. —No parecía malhumorado. Le conocía tan a fondo y conocía también todos los matices de su voz, que sólo una palabra me bastaba para saber su estado de ánimo. Añadió—: Fritz me ha dicho que has estado en casa.

—En efecto. Necesitaba asearme. Le llamo a instancias del Estado de Nueva York.

—Ya.

—Representado por un buen surtido.

El jefe de Policía y dos de sus ayudantes, el Fiscal de Distrito, un grupo de inspectores y ayudantes además del sargento Purley Stebbins. Le estoy hablando desde el despacho privado del jefe... Usted ya lo conoce, ha estado aquí. Después de estos días y noches de camaradería, ¿es así como se dice...?

—Eso creo.

—Bien. Me tienen en gran estima por todo el asunto, desde el jefe hasta el teniente Rowcliff, lo cual es toda una escala. Al querer demostrarme lo que piensan de mí, me conceden el gran

honor de hacerle una solicitud. Están todos mirándome con tal ternura que tengo un nudo en la garganta. Debería usted verlos.

—¿Cuánto va a durar esta lata?

—Ya he terminado. Voy al grano. Estamos perdidos. Tenemos que intentar algo nuevo, por ejemplo, esto: queremos hacer una repetición de la sesión que hubo en el despacho el jueves por la noche, con el reparto original, y efectuar una grabación. Traeríamos al personal, a excepción de Sarah Jaffee, y la grabadora y todo lo que usted tendría que hacer es dejarnos entrar y hacer su papel. He informado a mis socios de que estoy prácticamente seguro de que nos

enviará al infierno, pero como nada le produce más placer que llevarme la contraria, aquí tiene una oportunidad para disfrutar. Sólo tiene que...

—Archie.

—Diga, señor.

—¿Cuándo queréis hacerlo?

—Hoy. Lo antes posible. Ya sé que no bajaré de los invernaderos hasta las once...

—Muy bien. —Se mostraba brusco, pero no indignado—. Como ya sabes, he afirmado en presencia de testigos que eres mi cliente en este caso y nunca rechazo una petición razonable por parte de un cliente. Por tanto, hecho.

Era inesperado, pero mi reacción no

fue de sorpresa. Sus nobles sentimientos para complacer a su cliente, especialmente si era yo, no era más que una farsa. Algo tramaba, pero ¿qué?

Siguió adelante.

—Sin embargo, las once es demasiado temprano. ¿Digamos a las doce?

—Sí, señor, es buena hora. Vendré antes para preparar las cosas, sillas y todo lo demás.

—No. No hace falta. Fritz y yo nos arreglaremos. Tus amigos de la Policía te necesitan más que yo. Os espero a las doce. —Colgó.

Yo también y dije al auditorio:

—Mr. Wolfe acepta. Debemos estar

allí a mediodía.

No añadí que tenía la sospecha de que habrían algunas rectificaciones del guión, no por nuestra parte ni por nadie del reparto.

# 16

La idea, no sé de quién, fue acudir en grupo, después de habernos reunido en la comisaría 10, y casi parecía un desfile con las dos limusinas, la de Skinner y la de Bowen, y cuatro coches de la Policía.

Fui invitado a subir al automóvil de Skinner y, teniendo en cuenta mi sugerencia, encabezamos el cortejo. Había pensado entrar el primero y al cruzar el umbral, convertirme en anfitrión, pero me di cuenta en seguida

de que se había planeado de distinta forma. No fue Fritz quien nos franqueó la entrada, sino Saul Panzer y me recibió como a un invitado más, ofreciéndose a tomar mi sombrero. Hubiera podido reírse de mí, a menudo lo hacía, pero no en presencia del jefe de Policía. Wolfe así se lo había ordenado, no había duda. Por tanto le dije:

—Gracias, amigo —al tiempo que le entregaba el sombrero y él contestó:

—De nada, agente.

Wolfe y Fritz, con la ayuda de Saul, lo habían hecho muy bien. Las sillas estaban dispuestas exactamente igual que el jueves por la noche y el mueble bar con bebidas surtidas. Hubo que

hacer algunos desplazamientos cuando Purley y un policía procedieron a instalar el magnetófono, pero después todo quedó en su sitio. Como era considerado un invitado, pensé que debía comportarme como tal, así que me senté en mi mesa, que era el lugar que me correspondía como miembro del reparto. Los demás se colocaron en sus sitios respectivos y ninguno precisó indicaciones. La más cercana a mí era Viola Duday, después Oliver Pitkin, Jay Brucker y Bernard Quest y en el sillón de cuero rojo Perry Helmar. El sofá, a mi derecha, no estaba ocupado. Sarah Jaffee se había sentado allí el jueves por la noche. En un sillón se acomodaba

Eric Hagh y detrás los dos abogados, Irby y Parker. Andy Fomos estaba sólo al lado de la biblioteca.

Otras sillas adicionales, algunas de las color crudo, se habían alineado a lo largo de la pared, detrás de la mesa de Wolfe, para la audiencia. No parecía elegante colocar a personas de la categoría del jefe de Policía, el Fiscal de Distrito y el inspector Cramer en el anfiteatro, mientras Helmar, un simple abogado de Wall Street, ocupaba butaca de platea, pero la ocasión lo requería. En la fila de la audiencia se sentaban también el asistente del fiscal Mandelbaum, el capitán Olmstead y Purley Stebbins. La grabadora estaba

sobre una mesita al lado de Purley.

Saul Panzer permaneció de pie contemplando a los actores. No hay nada impresionante en Saul. Es bajito, la nariz y las orejas son demasiado grandes y los hombros caídos. Varios malhechores se habían equivocado con él por fiarse de lo que veían.

—Creo que así es como estaba todo el jueves por la noche cuando entró Mr. Wolfe. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo? —preguntó Panzer. Todos guardaron silencio. Saul prosiguió—. Me sentaré en el sofá, donde estaba Mrs. Jaffee. He sido informado de todo, pero si cometo algún error pueden corregirme. Archie, ¿quieres llamar a

Mr. Wolfe, tal y como hiciste el jueves por la noche?

Ocupó su sitio en el sofá. Me dirigí a la mesa de Wolfe y pulsé el timbre, uno largo y dos cortos. Volví a mi lugar. Entró Wolfe. Debido a la fila del auditorio no pudo hacer el mismo camino de siempre para llegar a su sillón, así que se abrió paso entre los actores. Contempló a los presentes. Al ver a los representantes del Estado de Nueva York, murmuró:

—Caballeros, no me parece que estén muy cómodos.

Ellos contestaron que no importaba. Noté un hormigueo en la espina dorsal. Conocía su mirada tan bien como su voz

y no tuve ninguna duda, iba a hacer alguna de las suyas, o al menos lo intentaría.

Dirigió la palabra al Fiscal de Distrito.

—Doy por supuesto, Mr. Bowen, que estas personas saben el porqué de su presencia aquí.

—Sí, se les ha explicado y han aceptado cooperar. —Bowen asintió—. Mr. Helmar, Mr. Parker y Mr. Irby han declarado ciertas reservas sobre el uso del magnetófono, que han quedado reflejadas por escrito. ¿Desea verlas?

—Si Mr. Parker ha dado su aprobación, no hace falta. ¿Podemos empezar?

—Sí, por favor.

Wolfe se dio la vuelta.

—Miss Duday y caballeros. Ustedes comprenden que el propósito de esta reunión es para repetir nuestras palabras y hechos del último jueves por la noche. Lo primero que se hizo después de mi entrada en el despacho fue la presentación, por parte de Mr. Goodwin, de Miss Duday, Mr. Brucker, Mr. Quest y Mr. Pitkin, a quienes yo no conocía. Después me senté. A continuación Mr. Helmar dijo que tenía una declaración que deseaba leer y aquí es donde supongo que debemos empezar, pero antes deseo hacer algunas observaciones.

Se oyó un rumor de una persona, que no era nadie del reparto. Se trataba de Cramer y el rumor era un cruce entre un gruñido y un ronquido. Cramer conocía tan bien como yo a Wolfe.

Wolfe se acomodó.

—El jueves por la noche les dije que mi único interés era investigar el asesinato de Priscilla Eads, y esto es aún cierto, pero ahora se le ha unido también el de Sarah Jaffee. Cuando ustedes se marcharon pensé que sabía quién había asesinado a Miss Eads y a Mrs. Fomos. Aquella conjetura, que era lo único que entonces tenía, estaba basada en dos cosas: una, la impresión que me merecieron aquella noche

ustedes cinco; dos, el hecho de que Mrs. Fomos hubiera sido asesinada.

»La suposición de que el ataque a Mrs. Fomos hubiera sido únicamente con el propósito de quitarle las llaves del apartamento de Miss Eads no podía ser aceptado si hubiera existido alguna alternativa. Si aquello era todo lo que quería, hubiera bastado robarle el bolso. En esta ciudad se da el tirón a una docena de bolsos de mujeres cada día. El asesinar a Mrs. Fomos incrementaba en gran medida el riesgo de matar a Miss Eads. Si el cadáver hubiera sido descubierto antes, cosa fácil, y el detective Auerbach, ¿se llama así, Mr. Cramer...?

—Sí. —Los ojos de Cramer le contemplaban con atención.

—Si hubiera caído en la cuenta de lo de las llaves antes, hubiera acudido al apartamento de Miss Eads antes de que ella regresara y habría encontrado al asesino oculto allí. Seguro que el asesino fue capaz de calcular tal peligro y no hubiera matado a Mrs. Fomos, a no ser que tuviera un motivo de peso. Esta idea también la tuvo la Policía, ya que tengo entendido que creyeron que al intentar arrebatarse el bolso de las manos de Mrs. Fomos, el asaltante fue reconocido y se vio obligado a matarla. Esta suposición no es inverosímil, pero implicaba que el asesino era un

chapucero y en esto no estoy de acuerdo. Preferí creer lo contrario..., que Mrs. Fomos fue asesinada, no porque hubiera reconocido a su asaltante, sino porque él sabía que ella no le reconocería.

—¿Es esto un efecto especial? —preguntó Skinner—. ¿O piensa que nos lleva a alguna parte?

—Ya estoy en alguna parte —replicó Wolfe—. Acabo de decirles quién es el asesino.

Purley Stebbins se levantó con la pistola en la mano.

—Vamos, diga el nombre —gruñó Cramer.

—Quería las llaves, claro —prosiguió Wolfe—. Pero no era

necesario haber matado a Mrs. Fomos para obtenerlas. La asesinó porque era un gran peligro para él, tanto como Miss Eads. No le hubiera servido de nada matar a una sin matar a la otra. Ésta era mi hipótesis el martes; pero había otras alternativas, más fáciles de comprobar, que tenían prioridad. El miércoles, Mr. Goodwin visitó a Mrs. Jaffee y a Mrs. Fomos y aquella misma tarde Mr. Irby vino y me proporcionó un cebo para atraerles aquí. El jueves por la mañana vino Mrs. Jaffee, como resultado de una brillante maniobra de Mr. Goodwin el día anterior, y me entregó una carnada mucho mejor que la de Mr. Irby y, tal y como ustedes saben, la utilicé. De no ser

por la maniobra de Mr. Goodwin, Mrs. Jaffee no hubiera venido a verme y es casi seguro que ahora estaría viva. Esto me parece una base mucho más firme para su sentimiento de culpabilidad con respecto a su muerte, que la posterior llamada del jueves por la noche y sus consecuencias. Es lamentable, pero no sorprendente, que su sentimiento fuera tan intenso que alterara su proceso mental y desvirtuara su juicio. Yo le comprendo.

—¿Es necesario todo esto? — preguntó Bowen.

—Tal vez no —contestó Wolfe—. Pero estoy desenmascarando a un asesino y reclamo tolerancia. Debían

dar por descontado que pasarían aquí varias horas. ¿Les parezco aburrido?

—Continúe.

—El jueves por la tarde, Mr. Irby volvió con su cliente, Mr. Hagh, que había volado desde Venezuela. Ya no les necesitaba como cebo para ustedes, pero les invité a reunirse con nosotros aquella noche, dejando claro que acudirían como observadores y no como participantes. ¿Qué ocurre, Archie?

—Cosas mías —contesté. Me había levantado de mi asiento. No puedo decir que estuviera al corriente, pero al menos veía por dónde iban los tiros y, además había visto a Saul Panzer que sacaba una pistola del bolsillo y la mantenía sobre

el muslo. Yo no saqué ningún arma. Me limité a rodear el sofá y detenerme a menos de un palmo del hombro derecho de Hagh. No volvió la cabeza, pero sabía que yo estaba allí. No apartaba la vista de Wolfe.

—De acuerdo —dije a Wolfe—. No estoy tan alterado como para romperle el cuello. ¿Cómo termina la historia?

Se convenció de que no iba a caer en una de mis rabietas y prosiguió con el quinteto de la «Softdown».

—Cuando se marcharon de aquí el jueves por la noche, no sabía nada nuevo de ustedes con respecto al asesinato de Miss Eads, pero me pareció más dudoso que nunca, teniendo

en cuenta mi hipótesis, que se pudiera encontrar un motivo en alguien de ustedes para matar a Mrs. Fomos. Como les he dicho, comenté a Mr. Goodwin que creía saber quién había cometido los asesinatos, pero que había una contradicción. A fin de resolverla, le pedí que citara a Mrs. Jaffee a las once de la mañana siguiente. —Se dio la vuelta—. ¿Cuál era la contradicción, Mr. Cramer?

Cramer negó con la cabeza.

—No acabo de verla. Supongo que el punto principal era que este Eric Hagh no es Hagh, es un impostor, teniendo en cuenta lo que usted dijo de que mató a Mrs. Fomos porque sabía

que ella no lo reconocería, pero ¿a qué conclusión llegó?

—Me enfrentaba con una contradicción.

—¿Cuál?

—Debería saberla. Entre los documentos que facilité al teniente Rowcliff el viernes había una copia de un informe, redactado por Mr. Goodwin, de su conversación con Mrs. Jaffee el miércoles en su apartamento. Seguro que lo ha leído y esto es un extracto: «Ésa fue la última carta que recibí de Pris. Acaso la conserve aún. Recuerdo que incluía una fotografía de su marido.»

»Mrs. Jaffee dijo esto a Mr. Goodwin. Eso contradecía mi hipótesis

de que el hombre que se hacía llamar Eric Hagh fuera un impostor, ya que si Mrs. Jaffee había visto una fotografía de Hagh, ¿por qué no lo dijo cuando le vio aquí? Quería una respuesta a esta cuestión y por eso le pedí a Mr. Goodwin que la citara aquí el viernes por la mañana.

—¿Por qué no se lo preguntó en aquel momento?

—Si es una recriminación, Mr. Cramer, voy a ignorarla. Si es una demanda de información, la...

—Es eso.

—Bien. Las circunstancias no eran favorables. Mi sospecha con respecto a Hagh no tenía ninguna base, sólo era una

suposición y tampoco estaba seguro de la buena fe de Mrs. Jaffee. Quería recabar la opinión de Mr. Goodwin y Mr. Parker sobre ella y Mrs. Jaffee iba a marcharse con Mr. Parker. Era muy tarde y me encontraba cansado. No hay que decir que lo lamento. Empezó a pesarme sólo dos horas después de haberme acostado, cuando el teléfono me despertó y Mr. Goodwin me informó del asesinato de Mrs. Jaffee. Entonces, ya demasiado tarde para ella, tuve la certeza. Incluso salí de la cama y me senté en mi sillón, algo que nunca hago.

—Esto se está grabando, Wolfe — advirtió Bowen—. Acaba de decir que conocía la identidad del asesino. ¿A

quién se lo notificó?

—Esto es infantil, Mr. Bowen. No tenía pruebas. Le hubiera proporcionado información hasta el último detalle si las hubiera tenido y los servicios de Mr. Goodwin por añadidura, lo cual es de gran ayuda cuando tiene la cabeza en su sitio. Yo había empezado, recuérdelo, con una simple hipótesis, como resultado de suponer el asesinato de Mrs. Fomos como preámbulo para el de Miss Eads. En realidad, tenía en mente varias conjeturas, pero de lejos ésta era la más atractiva: alguien en Caracas tenía el documento que Miss Eads, antes Mrs. Hagh, había firmado, otorgando a su marido la mitad de sus propiedades y

estaba suplantando a Hagh para hacer la reclamación. Cuando cayó en la cuenta de que debía acudir a Nueva York en persona para presionar sobre la demanda, no le quedaba otro remedio que librarse de las únicas dos personas que, al conocer a Hagh, descubrieran el engaño. Podía hacerlo él o contratar a alguien.

»Se convirtió en algo más que una suposición cuando Mrs. Jaffee fue asesinada. El asesino se había apoderado de sus llaves aquí aquella noche, y por lo que sabemos, nadie más de los presentes tenía el menor motivo para desear su muerte. La contradicción estaba resuelta. Mrs. Jaffee vio que Eric

Hagh no era el hombre cuya fotografía le había sido enviada por su amiga seis años atrás, pero no había dicho nada debido a su forma de ser. Había revelado su carácter con bastante claridad a Mr. Goodwin. No le gustaba verse comprometida en nada o con nadie. Nunca había acudido a las reuniones de la firma que le proporcionaba su única fuente de ingresos. Vino aquí el jueves para que se iniciara en su nombre una acción legal, sólo porque se sentía en deuda con Mr. Goodwin. No, ella no denunció al impostor, pero no hay duda de que puso sobre aviso a este hombre de que sabía que no era Eric Hagh. Tal vez sólo fuera

por la forma en que le miraba, o porque le hizo alguna pregunta ingenua pero reveladora. En cualquiera caso, él la consideró un peligro para sus planes y actuó con rapidez, audacia y destreza, quitándole las llaves del bolso. No, no es un chapucero, pero...

Irrumpió una voz. Era Irby y su tono no sonaba melifluo.

—Quiero declarar que yo no...

—¡Cállese! —le gritó Cramer.

—Pero yo quiero...

—Tendrá lo que desea. Se lo entregaré personalmente.

—¿Puedo terminar? —preguntó Wolfe.

—Sí.

—Como he dicho, me levanté de la cama y me senté en un sillón. No tuve que pensar mucho para darme cuenta de que mi hipótesis había sido violenta, trágica y totalmente corroborada. No llamé a su despacho, Mr. Cramer, porque no es mi costumbre regalar a la Policía, sin que sea requerido, el producto de mi cerebro, porque me sentía personalmente involucrado y porque sabía cómo estaba herido el amor propio de Mr. Goodwin. Pensé que se sentiría recompensado si nosotros, no ustedes, descubriéramos al asesino. Hice una llamada poco después de saber la noticia a través de Mr. Goodwin y a las tres de la madrugada conseguí hablar

con un hombre en Caracas, al que conozco y que merece toda mi confianza. Cinco horas más tarde me telefoneó para decirme que Eric Hagh era nuevo en Caracas y que al parecer no tenía antecedentes allí.

—Yo hubiera podido decirle esto —gruñó Cramer—. Hacía dos meses que vivía en el «Hotel Orinoco».

—Es una lástima no habérselo preguntado, me hubiera ahorrado veinte dólares. Mientras esperaba los informes de Caracas, telefoneé a Saul Panzer. Desayunó conmigo y le entregué dinero de la caja de emergencia. Desde aquí se fue a la redacción de un periódico y obtuvo fotografías del hombre que se

hacía llamar Eric Hagh, y desde allí al aeropuerto. A las diez tomó un avión con destino a Sudamérica.

—No a Caracas —objetó Purley Stebbins. Seguía en pie con la pistola en la mano—. No a las diez.

—No fue a Caracas, sino a Cajamarca, Perú. El documento firmado por Priscilla Eads se hizo allí. En Cajamarca encontró algunas personas que conocieron a Hagh y dos de ellas incluso recordaban a Mrs. Hagh y averiguó, uno, que Hagh era jugador profesional; dos, que no estaba en Cajamarca desde hacía tres años; y tres, que las fotografías que llevaba consigo no eran de Hagh. Voló a Lima, despertó

el interés de la Policía con un método no totalmente desconocido en nuestra ciudad y doce horas después tenía material suficiente para telefonarme. Saul les explicará en qué consistía. Saul, sé breve.

Saul levantó el tono de voz, ya que no daba la cara a todo el público. Tenía los ojos clavados en Hagh y pocas intenciones de apartarlos.

—Todos habían conocido a Eric Hagh —dijo—. Era un jugador profesional que durante años había trabajado a lo largo y ancho de toda la costa. Por lo que sabían, únicamente había estado en América del Norte en dos ocasiones: una, pasó una temporada

en Los Ángeles y la otra, en Nueva Orleáns. De allí regresó con una rica heredera norteamericana. Todos estaban al corriente de la existencia del documento firmado por su esposa en el que le cedía la mitad de sus bienes. Hagh fanfarroneaba mucho con aquel papel. Solía decir que había sido idea de su esposa, pero que hubiera herido su hombría sacar provecho del dinero de una mujer y que sólo lo guardaba como recuerdo. Aseguraron que hablaba en serio, ya que ésa era su forma de ser. No se lo pude preguntar, porque estaba muerto. Quedó atrapado bajo un alud hace tres meses, el diecinueve de marzo. Nadie supo decirme qué había ocurrido

con el documento.

Saul se aclaró la voz. Suele estar algo ronco.

—El hombre de las fotografías, el hombre al que estoy mirando en estos momentos, se llama Siegfried Muecke. Veintiséis personas en Lima le reconocieron por las fotografías. Se le vio allí por primera vez hace unos dos años y no se sabía de dónde había llegado. También es jugador profesional y solía acompañar a Hagh. Estaba con él en las montañas, regentaban un centro turístico, cuando Hagh murió en una avalancha de nieve. Desde entonces nadie ha vuelto a ver a Muecke en Lima. ¿Quiere más detalles?

—Por ahora no, Saul —contestó Wolfe.

Purley Stebbins se puso en movimiento. Pasó frente a Helmar y entre Brucker y Quest y se colocó exactamente detrás de Siegfried Muecke, que en aquellos momentos ya estaba perfectamente vigilado, con Saul colocado a su izquierda, Purley por detrás y yo a la derecha.

Wolfe continuó.

—Los preparativos de Mr. Muecke para el golpe, atravesando los Andes hasta Caracas, a fin de operar desde una base en la que tanto él como Mr. Hagh fueran desconocidos, pueden ser comprobados. En Caracas escogió un

abogado, con sumo cuidado probablemente, y decidió presentar la reclamación por carta... no a la ex Mrs. Hagh, sino al administrador de sus bienes, Mr. Helmar. Llegó un momento en que pensó que la demanda sería más efectiva si se personaba en Nueva York y sería fatal para sus planes si Miss Eads o Mrs. Fomos llegaban a verle. Sólo tenía una forma de solucionar el problema: matarlas.

—Pero no hasta después del 30 de junio —indicó Bowen.

—Aquí hay un punto, cierto, pero no inexplicable —asintió Wolfe—. Viéndole la cara, que está rígida y paralizada, dudo mucho que nos lo

aclare, al menos, no por ahora. Ofrezco dos alternativas: algún incidente le alarmó y precipitó la acción, o bien no sabía que si Miss Eads moría antes del 30 de junio las acciones de la «Softdown», la mayor parte de su fortuna, iría a parar a manos de otros. Me parece más probable esta última, ya que se le ofrecieron, a través de Mr. Irby, cien mil dólares al contado y ni tan sólo quiso considerarlo.

»Hay otra cuestión que será aclarada pronto, tanto si Mr. Muecke quiere ayudar como si no. ¿Contrató a alguien para que cometiera los asesinatos de Miss Eads y Mrs. Fomos, o los llevó a cabo él mismo? Esto se puede

comprobar investigando en Caracas y por medio del personal de la compañía aérea. Yo creo que lo hizo él en persona. Deberían poder verificar su primer vuelo a Nueva York y con toda seguridad no tendrán problema en cuanto al regreso a Caracas, ya que debió abandonar Nueva York el martes para estar en Caracas el miércoles, a fin de hablar por teléfono con Mr. Irby. Además, tuvo que salir de nuevo de Caracas el miércoles por la tarde o noche para estar de regreso a Nueva York el jueves, como sabemos que así fue.

Los ojos de Wolfe se clavaron en Muecke y por primera vez, le dirigió la

palabra.

—En cuanto a mí respecta, Mr. Muecke, no me cabe la menor duda. Usted trazó su plan y lo siguió a pies juntillas. Asaltó a Mrs. Jaffee, la golpeó y la estranguló, tal y como había hecho con Miss Eads y anteriormente con Mrs. Fomos. Ya dije que no era un chapucero, pero lo cierto es que... ¡Archie!

Ya había notado cuando me había cerrado la puerta de su apartamento en las narices que Andy Fomos podía ser muy rápido si quería. Como un rayo salió disparado desde su rincón hasta donde estaba nuestro pequeño grupo. Vi claramente que su intención era atacar a Muecke a puñetazo limpio como

respuesta personal a lo que había hecho con Mrs. Fomos. No era el momento de pensar. Ahora, ya calmado, puedo y debo completar el informe.

La cuestión era que lo peor que hubiera podido ocurrir, habría sido que Fomos desfigurase a Muecke y, ¿por qué tuve que intervenir? ¿Por qué no le dejé vía libre e incluso frené a Purley? ¿Por qué me abalancé sobre él y golpeé su mandíbula de acero con tanta fuerza que saltó por los aires antes de quedar tendido en el suelo? La respuesta es que si hubiera tocado a Muecke le hubiera matado, pero tenía que ponerle las manos encima a alguien y Andy Fomos, gracias a su ciento y pico kilos, me

sirvió de excusa.

Cramer y Skinner se habían acercado y me aparté a un lado. Con los nudillos sangrando contemplé cómo Purley le poma las esposas a Siegfried Muecke.

**FIN**



V.1 Diciembre 2011